

PARA TÍTULOS PROFESIONALES DE ESPECIALISTAS (CUARTO NIVEL)

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN

Yo, ÁNGEL ANÍBAL TAPIA ERAZO con Cédula de Identidad No. 172297219-5, autor del trabajo de graduación intitulado: "JESUCRISTO, SALVADOR ABSOLUTO", previa a la obtención del título profesional de LICENCIADO EN TEOLOGÍA en la Facultad Eclesiástica de Ciencias Filosófico-Teológicas:

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, 30 de septiembre de 2015



Ángel Aníbal Tapia Erazo  
C.I. 172297219-5

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR**  
**FACULTAD ECLESIAÍSTICA DE CIENCIAS FILOSÓFICO TEOLÓGICAS**  
**ESCUELA DE TEOLOGÍA**

DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE  
LICENCIADO EN TEOLOGÍA

**JESUCRISTO SALVADOR ABSOLUTO**

**Autor:** Ángel Aníbal Tapia Erazo

**Director:** Mgtr. David de la Torre ssc

QUITO, 2015

## **DEDICATORIA**

El presente trabajo lo dedico a todos aquellos cristianos que son perseguidos injustamente a causa del Evangelio. Quienes por medio del sacrificio de su vida y derramamiento de sangre, hacen posible el nacimiento de nuevos cristianos y además permiten descubrir una verdad superior a la propia vida.

## **AGRADECIMIENTO**

Agradezco en primer lugar a Dios por haberme regalado el don de la vida y brindarme la oportunidad de conocerle para poder amarle y servirle. A mi padre y hermano quienes siempre han estado junto a mí, y que por medio de su testimonio y entrega en momentos difíciles me han permitido vivir en la esperanza. A todos mis profesores, quienes por medio de sus enseñanzas y conocimiento me permiten dar explicación al hombre de hoy que pide razones de nuestra esperanza. Finalmente a todas aquellas personas que durante este tiempo de trabajo me estuvieron motivando para la finalización del mismo.

## ABSTRACT

Tras la venida de Jesucristo, el hombre no puede seguir viviendo como si el mal y la muerte no existieran, ni mucho menos acostumbrarse a su presencia y acción en medio de la realidad, y peor aun justificarlas por medio de su “naturaleza humana”, lo “humano” no debería ser utilizado como pretexto para acciones y comportamientos que con toda razón pueden ser identificados como “inhumanos”.

Jesucristo al asumir la condición humana, busca en primer lugar revelar al hombre lo propio del hombre, su perfección, autenticidad e imagen verdadera; en segundo lugar, llamando al hombre a la responsabilidad muestra las consecuencias y acciones de una vida vivida bajo la sombra de los sinsentidos; y finalmente librando una batalla que el hombre no podía ganar, deviniendo en otro sin dejar de ser lo que es, Dios derrota el mal y la muerte para sembrar esperanza en el corazón del hombre. Por lo tanto, Jesucristo por medio de su resurrección gloriosa, ubica al hombre en un nuevo estado y condición, Dios que es el amigo fiel del hombre no deja que el mal y la muerte por terribles que parezcan tengan la última palabra.

Es Dios mismo quien toma nuestra condición, la asume y se hace uno de nosotros para poder elevar nuestra naturaleza y que esta sea capaz de Dios, revelándonos así la auténtica naturaleza del ser humano, es decir que él nos enseña a ser verdaderamente hombres, además Él al asumir nuestra naturaleza humana nos hizo partícipes de esa victoria. Dios viene a convertirse en el compañero de camino del “homo viator”.

Finalmente, la salvación traída por Jesucristo y continuada por su Iglesia revela signos que muestran un Dios cercano, amoroso y misericordioso. Así por ejemplo vemos un Jesús que por medio de sus milagros restablece la dignidad en el hombre; una Iglesia que da una nueva vida al bautizado y que por medio de la misericordia continua transmitiendo la imagen de un Dios que antes de condenar acoge; e incluso el amor, el perdón, la paz, la creación etc. pueden ser percibidos como signos de una salvación eficaz y operante.

**Palabras clave:** Salvación, mal, muerte, Jesucristo, misericordia, amor, Iglesia y hombre.

# ÍNDICE

|                     |     |
|---------------------|-----|
| Dedicatoria .....   | i   |
| Agradecimiento..... | ii  |
| Abstract .....      | iii |
| Índice.....         | iv  |
| Introducción.....   | 1   |

## I. CAPÍTULO I

### APROXIMACIÓN FILOSÓFICA A LA MUERTE Y AL MAL .....11

|            |   |           |
|------------|---|-----------|
| <b>1.1</b> | <b>Hacia una adecuada antropología .....</b>        | <b>13</b> |
| 1.1.1      | <i>¿Qué es la vida? .....</i>                       | 14        |
| 1.1.2      | <i>Fin y perfección del ser.....</i>                | 15        |
| 1.1.3      | <i>El origen y destino del ser humano .....</i>     | 18        |
| <b>1.2</b> | <b>El drama de la muerte humana .....</b>           | <b>21</b> |
| 1.2.1      | <i>El existencialismo filosófico.....</i>           | 22        |
| 1.2.2      | <i>Más allá de la muerte .....</i>                  | 26        |
| 1.2.3      | <i>Una visión cristiana de la muerte.....</i>       | 28        |
| 1.2.4      | <i>Gabriel Marcel y la dialéctica del amor.....</i> | 31        |
| <b>1.3</b> | <b>El enigma del mal.....</b>                       | <b>33</b> |
| 1.3.1      | <i>¿Qué es el mal? .....</i>                        | 35        |
| 1.3.2      | <i>Las tres máscaras del mal.....</i>               | 37        |
| 1.3.3      | <i>Una ontología sobre el origen del mal .....</i>  | 38        |

## II. CAPÍTULO II

### LA SALVACIÓN CRISTIANA.....40

|            |  |           |
|------------|--|-----------|
| <b>2.1</b> | <b>Fuimos Hechos a su Imagen y Semejanza.....</b>              | <b>42</b> |
| 2.1.1      | <i>La auténtica libertad como imagen de Dios .....</i>         | 44        |
| 2.1.2      | <i>La caída y la deformación de nuestra imagen .....</i>       | 46        |
| 2.1.3      | <i>En búsqueda del sentido de nuestra Libertad .....</i>       | 50        |
| <b>2.2</b> | <b>Jesucristo como acontecimiento salvador del hombre.....</b> | <b>52</b> |
| 2.2.1      | <i>Gracias a Jesucristo somos justificados .....</i>           | 54        |

|                                  |   |    |
|----------------------------------|---|----|
| 2.2.2                            | <i>El amor como acontecimiento salvador</i> .....             | 56 |
| 2.2.3                            | <i>Jesucristo, frente a las tres mascararas del mal</i> ..... | 59 |
| <b>2.3</b>                       | <b>Esperanza de nuestra salvación</b> .....                   | 62 |
| 2.3.1                            | <i>Los milagros como signos de esperanza</i> .....            | 64 |
| 2.3.2                            | <i>El “ya” pero “todavía no”</i> .....                        | 65 |
| 2.3.3                            | <i>Signos de esperanza hoy</i> .....                          | 68 |
| <br>                             |   |    |
| <b>III. CAPÍTULO III</b>         |   |    |
| IGLESIA, MUNDO Y SALVACIÓN ..... |   | 70 |
| <br>                             |   |    |
| <b>3.1</b>                       | <b>Signos sacramentales de salvación</b> .....                | 71 |
| 3.1.1                            | <i>El sacramento del Bautismo</i> .....                       | 75 |
| 3.1.2                            | <i>El sacramento de la Reconciliación</i> .....               | 78 |
| <br>                             |   |    |
| <b>3.2</b>                       | <b>El tiempo de la Iglesia</b> .....                          | 81 |
| 3.2.1                            | <i>Un sacerdote que ora, cura y anuncia</i> .....             | 83 |
| 3.2.2                            | <i>Misericordia Pastoral</i> .....                            | 86 |
| 3.2.3                            | <i>El papel del cristiano frente al mal</i> .....             | 89 |
| <br>                             |   |    |
| IV. CONCLUSIONES .....           |   | 92 |
| <br>                             |   |    |
| V. BIBLIOGRAFÍA .....            |   | 96 |

## INTRODUCCIÓN

El término “salvar” desde siempre ha sido utilizado en situaciones en las cuales alguien se encuentra en problemas, dificultades, aprietos, conflictos, etc. En ese sentido, éste término revela una profunda connotación antropológica, ya que es utilizado con mucha frecuencia dentro de nuestra cotidianidad.

Uno de los pilares del anuncio evangélico propuesto por la Iglesia ha sido el de la SALVACION acontecida en la persona de Jesucristo; pero en la sociedad actual este anuncio parece haber perdido importancia y significado ya que, la mayoría de personas no se sienten partícipes de la salvación que Jesucristo nos ha traído. Algunos piensan que Jesucristo nos salva del mal, sin embargo, éste sigue estando presente en el mundo; o nos salva de la muerte, pero ésta sigue amenazándonos con su aguijón. El mundo tras la venida del Logos de Dios no ha cambiado mayormente; en definitiva decimos ser salvados por Jesucristo, pero la pregunta que se inscribe dentro del imaginario colectivo es: ¿en qué se nota que estoy salvado si aun existe el mal y la muerte?

La sociedad actual no siente la necesidad de una salvación a nivel ontológico o trascendental, solo ve la necesidad de una salvación en términos “contingentes”. Por ello, resulta difícil anunciar la salvación de Jesucristo en medio de una sociedad del confort, del buen vivir, del consumo, etc.; en definitiva en medio de una sociedad que parecería no necesitar nada. El hombre que siente que ha llegado a la cumbre del pensamiento y de una razón adulta, busca sustituir a Dios por falsos ídolos – ideologías, religiones, ideas de progreso, etc. – se persigue una salvación “materialista-inmediatista”.

El hombre de hoy, busca una salvación cómoda y mágica, que sea capaz de introducirlo en una nueva realidad que elimine todas sus limitaciones. Una mentalidad utilitarista y hedonista ha conducido a que el bien del hombre sea reducido a la búsqueda de placer y eliminación del dolor; el secularismo y la indiferencia religiosa también han contribuido a esta crisis, eliminando la esperanza cristiana de un más allá, de una eternidad bienaventurada, han propuesto un bienestar simplemente terreno.

La muerte que siempre aparece dentro del horizonte de la existencia, demuestra cuán corta puede resultar la vida; todos en algún momento deben morir, y es en ese momento en el que de manera personal el hombre conocerá qué hay en verdad después de la muerte. Dudas, sátiras, orgullo, no serán capaces de cambiar la realidad que se presentará después de la muerte: la nada o la eternidad, dos palabras que a la larga son lo que definirán al ser humano después de su muerte.

Por tanto, el hombre lejos de pensar su vida como un “comer y beber porque mañana morirá”, debe sentirse comprometido con la realidad que lo rodea, es llamado a construir de una manera responsable su vida; resulta necesario dar espacios a las realidades últimas que permitan comprender de mejor manera el sentido de la vida terrena. La sabiduría cristiana manteniendo vigente el imperativo de amar, manifiesta cómo el hombre, al final de su vida, será juzgado del amor.

Ahora bien, es necesario explicar a breves rasgos cómo debe ser entendida la salvación que Jesucristo realiza y que la Iglesia anuncia, pues bien, esta salvación en primer lugar no puede ser concebida dentro de un ámbito materialista, ya que de ser así, perdería su esencia y rápidamente se convertiría en una ideología que busca alcanzar una utopía terrena. La salvación cristiana lejos de restar un esfuerzo humano o de introducir al hombre en una realidad mágica, debe ser vista como el estado en que la humanidad se encuentra gracias a la Encarnación del Hijo de Dios en Jesucristo y por su muerte redentora. Esta situación consiste primordialmente en un estado fundamental de salvación: vida sobrenatural, que se alcanza gracias al Bautismo, el hombre por la gracia de este sacramento es capaz de Dios, y por tanto, capaz de trascender.

Jesucristo que revela al hombre el verdadero ser del hombre, restituye la auténtica imagen de la humanidad que a causa del pecado se encuentra deteriorada; la salvación cristiana respondiendo a los deseos más profundos del corazón humano, es capaz de devolverle su esperanza.<sup>1</sup> El hombre gracias a los méritos de Cristo ya no se estrella contra un muro infranqueable, sino que teniendo la confianza de que el mal y la muerte “ya” fueron vencidos por Jesucristo, lucha y combate contra ellos.

---

<sup>1</sup> Cfr. *Documentos del Vaticano II*, Constitución Gaudium et Spes 22, Bilbao, Mensajero, 18<sup>a</sup> ed. A partir de ahora los textos de la Constitución serán citados en su abreviación latina y con su respectivo numeral.

Es decir, que esta salvación se desarrolla dentro de la perspectiva escatológica del “ya” pero “todavía no”, la humanidad ya es participe de ciertos beneficios de la muerte y resurrección de Cristo, entre ellos: el perdón de los pecados, signos de paz y fraternidad, perfección de la naturaleza humana, resurrección y sobre todo aquellas virtudes que animan la vida cristiana. Por ejemplo vemos que por medio de la esperanza se puede creer, esperar y aguardar aquellas realidades que una vez nos fueron prometidas; el cristiano espera el advenimiento del Reino prometido, pero no por esto le resta importancia a su misión en medio del mundo, ya que está llamado a ejercer la caridad con los más necesitados, para poder convertirse en verdadero anunciador del mensaje de salvación; y todo esto lo consigue teniendo una actitud de fe en el Señor.

En este sentido podemos entender que Jesús nos salvó, nos salva y nos salvará; jugando aquí un papel esencial la libertad del ser humano, ya que la salvación de Dios no conoce límites o fronteras, excepto, las del corazón y del espíritu del hombre pecador.

El presente trabajo en un primer momento abordará estas interrogantes desde un punto de vista antropológico, mediante el cual tratará de mostrar cómo el mal y la muerte siendo los fenómenos más “naturales” son a la vez los más “antinaturales” que el hombre puede experimentar; la muerte lejos de ser aceptada con resignación, genera un sentimiento de rechazo y más aun cuando se trata de un ser amado; por su parte el mal resulta ser un verdadero enigma dentro de la existencia humana que tiende hacia la búsqueda de su felicidad. Es necesario por tanto, que el hombre se descubra a sí mismo, sepa quién es, de donde viene y a donde va, para que descubriendo su verdadera identidad y origen, pueda tender hacia su perfección última, que es el Sumo Bien.

En un segundo momento, se abordará el problema en un nivel teológico bíblico, mostrando a Jesucristo como el modelo de la humanidad, quien nos mostrará que los sin sentidos pueden ser vencidos por el Amor, y que ya no tienen la última palabra; también se hablará de la importancia de la auténtica Libertad humana en el desarrollo de los contenidos de la salvación. Además se tratará el tema dentro de la perspectiva escatológica del “ya” pero “todavía no”, manifestando una salvación ya operante en la actualidad por medio de signos que alimentan la esperanza del hombre, pero que a la vez no se desarrolla en su totalidad, y que además tiene importantes implicaciones salvíficas.

Finalmente, en un tercer y último momento dedicado al tema de la pastoral, se dará a conocer los retos pastorales que la salvación cristiana pide hoy a la Iglesia; se empezará mostrando cómo varios fenómenos culturales tales como: el secularismo, la indiferencia religiosa y el consumismo al ofrecer una salvación materialista-inmediatista, buscan eliminar el anuncio gozoso de la salvación cristiana, es por ello que resulta necesario que la Iglesia guiada por la misericordia sea capaz de reflejar una salvación operante y eficaz dentro del campo pastoral. La vida sacramental de la Iglesia la acreditan como continuadora y propagadora del Reino anunciado por Jesús, y por ende de su salvación, de manera especial el bautismo y la reconciliación que otorgan una nueva vida al hombre pecador. Y por último trataremos el tema de la actividad pastoral del sacerdote, quien comprometido con el anuncio de salvación debe practicar misericordia orando, curando y anunciando.

# CAPÍTULO I

## APROXIMACIÓN FILOSÓFICA A LA MUERTE Y AL MAL

La muerte y el mal si bien son fenómenos que afectan a todos los seres vivientes, no todos los seres vivientes se detienen a elaborar una reflexión en torno a estas realidades. En ese sentido se puede decir que la muerte y el mal afectan principalmente al hombre – ser dotado de inteligencia y voluntad, cuerpo y espíritu – y a toda su existencia que tiende a la búsqueda de la felicidad. Ahora bien, tratar de negar su presencia equivaldría a una falta de realismo, ya que basta con una mirada a nuestro alrededor – guerras, hambre, desastres naturales, injusticias, sufrimiento, enfermedades, e incluso muertes de seres queridos, vecinos, niños, ancianos, etc. – para darnos cuenta de su acción dentro de nuestra realidad.

En primer lugar, habría que afirmar que la muerte aparece como condición necesaria para todos los seres vivientes, y es que *“entre todas las cosas del mundo, la muerte es la única que no es incierta. Todo lo demás que hay en nosotros es incierto”*<sup>2</sup>. Así por ejemplo alguien puede crecer o no crecer, llegar a viejo o no, ser rico o pobre, muchas posibilidades pueden darse en el ser viviente, el quizás es lo que unifica todas las posibles posturas. Pero en la muerte no hay lugar para el quizás, ya que en cuanto hombre que se nace hay que decir que no se podrá escapar de la muerte, y es que ella nos aguarda a todos y cada uno en una hora desconocida, pero con seguridad; además estamos seguros de que con la muerte sucede algo que es en una forma definitivo, un irse de esta vida de forma irreversible, algo que no puede deshacerse ni volverse atrás.<sup>3</sup>

Es por ello que todo ser viviente que es llamado a la vida, recorre un ciclo vital – nacer, crecer y reproducirse – que concluye con la muerte, es parte de su condición natural el tener que dejar de existir, el tener que morir. *“La muerte es un destino que está dentro de nosotros y forma parte de nuestra vida”*<sup>4</sup>, así como hay un tiempo para nacer, hay también un tiempo para morir (cfr. Qo. 3,2).

---

<sup>2</sup> Pieper, Josef, *Muerte e inmortalidad*, Barcelona, Ed. Herder, 1970, p. 25.

<sup>3</sup> Cfr. *Ibíd.*, p. 26.

<sup>4</sup> Lucas, Ramón, *Antropología y problemas bioéticos*, Madrid, BAC, 2001, p. 111.

Y es que el organismo viviente, en cuanto cuerpo, no contiene nada que trascienda su naturaleza física, y por consiguiente es natural que se destruya al no encontrar las condiciones ambientales necesarias para vivir, e incluso aunque no muera por causas accidentales, el envejecimiento irá poco a poco deteriorando las diversas funciones y órganos hasta que se produzca la muerte del individuo.

La certeza de la muerte está siempre presente de alguna manera en el horizonte de la vida: la conciencia de la vida va unida a la conciencia de la muerte, y, como dice Sciacca, <<la implicación metafísica existencia-vida-muerte conlleva una dialéctica de sentido no unívoco: para que exista la muerte es necesario que exista la vida del existente en el mundo. Sin embargo no es unívocamente necesaria la relación inversa – para que exista la vida del existente es necesaria la muerte – quedando firme que, en el estado actual, esta última es una experiencia inevitable y sería absurdo que el hombre no muriera>>. <sup>5</sup>

En segundo lugar, si la muerte puede ser vista como algo natural e inevitable; porque no se podría postular una idea similar respecto del mal existente, en donde este sea justificado por la finitud del mundo, por el grado de perfección de los distintos entes o incluso como parte del proceso evolutivo de las distintas especies.

No lejos de este último razonamiento se podría incluso incluir el pensamiento de Charles Darwin, que en su obra: “El Origen de las especies” de 1859, plantea la teoría de la evolución basándose en el principio de la lucha por la vida y de la selección natural, “*la lucha se entablaría dentro de las especies entre diversos individuos (...) el individuo más adaptado se afirma y se multiplica, mientras que el menos adaptado desaparece...*”<sup>6</sup>

Con lo dicho se puede llegar a la conclusión de que el mal se presenta como aquello que no puede ser evitado, porque de una u otra forma conseguirá actuar, ya sea por medio de la colaboración del hombre o incluso sin su consentimiento. Sin embargo esto no puede ser así, ya que “*una constante de nuestra ya larga historia humana es la existencia de un exceso de sufrimiento y de mal inmerecido y absurdo, que no encuentra explicación, interpretación, justificación o racionalización alguna*”<sup>7</sup>. Y esa es la gran paradoja del hombre, que por una parte mira a la muerte y al mal como algo *natural-inevitable*, pero por

---

<sup>5</sup> Lucas, Ramón, *El Hombre, Espíritu Encarnado, Compendio de Antropología Filosófica*, Salamanca, Ed. Sígueme, 2013, p. 314-315.

<sup>6</sup> Sgreccia, Elio, *Manual de Bioética*, Madrid, BAC, 2014, p. 103.

<sup>7</sup> Tamayo, Juan José, *Para comprender la crisis de Dios hoy*, Navarra, Ed. Verbo Divino, 1998, p. 199.

otro lado sabe que esto no debería ser así, hay algo dentro de él que le impulsa a rechazar esta idea de aparente *natural-inevitable*.

Ahora bien, si la muerte y el mal son *naturales-inevitables* que le queda al hombre sino adoptar un sentimiento de angustia y desesperación frente a la realidad, ya que no tendría sentido luchar una batalla que parecería estar perdida incluso antes de haber sido siquiera iniciada. O quizás el hombre, por miedo a suicidarse ha aprendido a convivir con estas realidades, mostrando una actitud de indiferencia, aceptación e impasibilidad.

Sin embargo, el hombre a pesar de sentirse afectado por el mal y la muerte sabe que ellas no tienen la última palabra; movido por la idea de un principio de orden y justicia (Dios) que le dice que esto no debería de ser así, sabe que su indignación tiene sentido y por ende no puede aceptar a vivir en complicidad con el mal y la muerte.<sup>8</sup>

## **1.1 Hacia una adecuada antropología**

Es necesario empezar esta reflexión desde una sana antropología, la cual nos revele lo que verdaderamente es el hombre, ya que toda pregunta que se realice sobre el mal o la muerte, no es sino una pregunta sobre el hombre, su ser, su origen y destino – ¿Quién soy yo? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? – y es que el hombre es el único ser capaz de preguntarse sobre el sentido de las cosas e incluso sobre su propio destino, el hombre no existe como existe un perro o una piedra, sino que existe como sujeto personal, es decir, como sujeto existente libre, capaz de decir “yo”, de reflexionar, de distanciarse de las cosas. Su reflexión es construida a partir de su interioridad – capacidad de ensimismarse – la cual le permite entrar dentro de sí. En la medida en que el hombre consiga comprender quién es, podrá descubrir su propia identidad, la verdad de su ser, de su existir, de su actuar. Si el hombre no es capaz de responder a su identidad difícilmente descubrirá el sentido de estar en el mundo y de vivir.

No estamos, en efecto, ante un problema sectorial, sino global. La pregunta sobre la muerte y el mal desata en cascada otras cuantas, de forma irreprimible: el sentido de la vida; el significado de la historia; la validez de imperativos éticos absolutos (justicia, dignidad, libertad...); la dialéctica

---

<sup>8</sup> Cfr. Grison, Michael, *Teología Natural o Teodicea*, Barcelona, Ed. Herder, 1972, p. 220.

presente-futuro; la posibilidad de la esperanza y la localización de su sujeto. (...) Pero sobre todo la pregunta sobre la muerte es una variante de la pregunta sobre la singularidad, irrepetibilidad y validez del individuo concreto, que es en definitiva quien la sufre.<sup>9</sup>

Las diferentes respuestas dadas a lo largo de la historia, al problema del mal y de la muerte, tienen que ver en gran medida con la visión o idea antropológica que se tenía del hombre, es por eso que, según cuál sea nuestro pensamiento sobre el hombre, así será nuestra visión de la muerte y el mal.<sup>10</sup> En ese sentido, es necesario iniciar con un tratado filosófico preliminar que ayude a comprender de mejor manera la vida, el hombre y su finalidad en relación con la muerte y el mal.

### 1.1.1 ¿Qué es la vida?

La vida es un acto de movimiento que surge del interior del viviente y tiende a perfeccionar al sujeto mismo, en ese sentido afirmamos que se puede llamar ser vivo a aquel ser que es capaz de un movimiento inmanente autoperfeccionante. Ya esta primera aproximación permite distinguir un ser viviente de un ser inerte, en donde el primero es caracterizado por el dinamismo; el otro por la inercia. El primero es y hace; el segundo está y yace. El uno se mueve; el otro, por ejemplo una piedra, permanece quieta si no es movida. El primero reacciona; el otro no responde.<sup>11</sup>

Al decir que los seres vivos realizan operaciones inmanentes, se entiende que ellos son los receptores de su propia acción. Por ejemplo: leer, comer, llorar; no solo son acciones que se quedan en lo externo, sino que son acciones que de un modo u otro quedan en el sujeto que las realiza, en su interioridad. Pero también es autoperfeccionante, es decir, que el ser vivo crece y se desarrolla encaminado hacia un fin, hacia la perfección o plenitud. El ser se va realizando en el tiempo por medio de su libertad.

---

<sup>9</sup> Ruiz de la Peña, Juan, *La muerte destino humano y esperanza cristiana*, Madrid, Ed. Fundación Santa María, 1983, p. 16.

<sup>10</sup> Cfr. *Ibíd.*, p. 21. Ruiz de la Peña, enfatiza en este punto, al decir que las dos preguntas radicales son: ¿Quién soy yo? Y ¿qué será de mí? Pues bien; “si a la segunda pregunta tengo que contestar al final “nada” (...), esto anula la primera, me obliga a responder igualmente. Si muero del todo, todo dejará de importarme alguna vez (...) Nada importa verdaderamente, luego nada vale la pena”.

<sup>11</sup> Cfr. Lucas, Ramón, *op. cit.*, p. 33.

En cada ser viviente hay – una diferencia de los cuerpos materiales – un núcleo o un centro que es el auténtico *primum movens*, desde el cual, inicia el movimiento propio. Tal núcleo es por el cual se puede decir en sentido estricto que el ser viviente vive. Así por ejemplo en las plantas será la nutrición, crecimiento y reproducción; en los animales se añade la actividad sensorial y finalmente el hombre se caracterizará por aquella capacidad de conciencia intelectual y de la libertad. En el pensamiento clásico – Aristóteles y Tomás – tal principio de la vida es llamado alma: de hecho llamamos animados a los seres vivos e inanimados a los privados de la vida.<sup>12</sup>

La vida para el hombre, es ante todo un proceso o una capacidad de sentirse vivo, de percibir ese auto-movimiento. El hombre es capaz de sentir su vida a través de su corporeidad y de todos los movimientos físico-orgánicos que se inscriben en su ser. El fundamento de ese ser vital, se da además cuando se conoce, se ama, se opera, etc.

Si miramos la materia animada, una flor que nace, un niño que crece, llega la esperanza de una mañana que podrá ser mejor que hoy, pero ¿qué le ha sucedido a esta materia que en el fondo es igual a la otra? Ha sucedido que en ella ha entrado este misterio que se llama vida que combate el deterioro entrópico construyendo incansablemente orden a pesar de saber que la materia será siempre objeto del deterioro entrópico que lo conducirá a la muerte.<sup>13</sup>

### 1.1.2 *Fin y perfección del ser*

Las cosas que integran el universo son muy diversas, hay una multiplicidad de seres que se pueden revelar dentro de la creación, y ello implica la consiguiente desigualdad de todos esos seres. Dicha variedad existente entre los distintos seres creados, es una desigualdad y una diversidad de perfecciones; unos seres son más perfectos que otros. Por ejemplo: el hombre que posee la vida será más perfecto que la piedra en cuanto ser carente de vida, o el animal que por su capacidad sensitiva será más perfecto que una planta.

Dentro de la perfección que cada ser posee, un aspecto importante consiste en su operación, cada ente debe obrar según su ser, es por ello que el hombre está llamado a obrar según su ser, para que paso a paso se vaya perfeccionando. Se podría decir además

---

<sup>12</sup> Cfr. *Ibíd.*, p. 38.

<sup>13</sup> Losito, Massimo, *Sulle orme di un principio di umanità*, Morolo, Ed. If Press, 2010, p. 3. (La traducción es mía).

que el grado de perfección de una cosa no consiste solamente en la perfección con la que la cosa está constituida, sino que consiste igualmente en la perfección de la operación que la cosa realiza. Así, en un automóvil, podemos admirar, cuando está inmóvil, la perfección de su diseño; pero en él debemos admirar igualmente la perfección con que corre.<sup>14</sup>

Ahora bien, la perfección con la que el ente actúa, dependerá de la perfección con que el ente está constituido: un cuchillo afilado cortará de acuerdo a su filo, la fuerza de un hombre dependerá de su musculatura, etc. Es por ello que para conocer una cosa es necesario saber cómo obra. *“Si desconocemos la operación de una cosa, no conocemos lo que es.”*<sup>15</sup>

Todos los seres se mueven hacia una determinada meta, que es su fin, en el que está la plenitud de la perfección que corresponde a la naturaleza de cada ente. Ese fin es el bien del ente, y es que mientras más cerca de aquel fin se encuentre el ser, más perfecto será. El fin del hombre, como veremos más adelante solo puede ser descubierto en un Dios lleno de Amor. Se debe afirmar entonces que el bien es lo que todos los entes apetecen, y en ese sentido todas las cosas son apetecibles por la perfección que tienen. La perfección de una cosa no es sino su grado de ser. Las nociones de fin, de perfección, de bien y de ser, son convertibles entre sí.<sup>16</sup>

Los entes del universo no están inmóviles, sino que actúan, se mueven, realizando las operaciones propias de su naturaleza. El movimiento no debe de ser entendido como un simple desplazamiento de un lugar a otro, sino que además debe de ser visto como algo interior, que cambia o transforma la sustancia, este puede ser cuantitativo o cualitativo. Los entes, no se encuentran de un golpe con toda su perfección, sino que están en constante movimiento hacia su fin, así por ejemplo una semilla de árbol tenderá a llegar a ser un árbol frondoso. Cuando se alcanza la perfección o el fin hacia donde estaba dirigida la tendencia, esta última descansa en ese fin. No se debe olvidar que hay fines parciales que conducen al último fin.

---

<sup>14</sup> Domenge, Enrique, *¿Por qué existe el mal?*, México, Ed. Jus, 1971, p. 24.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, p. 25.

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 26.

Como se dijo anteriormente, solamente lo bueno es aquello que es apetecible y conveniente para el ser (alimento, verdad, salud, amor, etc.), en ese sentido todo lo que conduzca a la naturaleza y vaya de acuerdo al obrar del ser, será bueno, aquello que le conduzca a su fin. Se podría afirmar entonces, que el ser humano por medio de su voluntad iluminada por la inteligencia tenderá exclusivamente a lo que considera deseable, apetecible y bueno. *“No podemos querer por sí mismo, algo que no sea deseable, apetecible, que no creamos que tiene algo bueno para nosotros.”*<sup>17</sup>

Un ente se presentará como algo apetecible de acuerdo a la perfección que encierra, y *“el grado de perfección de un ente no es sino el grado de ser que tiene, cada ente será perfecto en la medida en que tiene el ser, o sea en cuanto es ser. Ser es la perfección de todo ente.”*<sup>18</sup> Como todas las cosas son, de alguna manera se puede decir que son apetecibles. Aquí puede surgir la pregunta sobre el mal, a lo que habría que responder que en la búsqueda de un particular bien a veces se puede producirse un mal a otras personas, mal que no es buscado en sí, sino que es producto de la tendencia del ser que busca un bien. Por consiguiente, si una cosa al moverse hacia su bien, produce el mal de otra, al que no tiende, este mal no se habrá producido porque la tendencia de la cosa que se movía lo haya buscado, sino que se habrá producido al margen de lo que la tendencia intentaba, o sea por accidente.<sup>19</sup>

Resulta importante afirmar que un ser que sea malo en su esencia es algo contradictorio, es un sinsentido, ya que un ser nunca puede no ser. Un ser así no tendría ninguna perfección que lo hiciera apetecible a otro ser. Ese ser no sería bueno, no tendería hacia su perfección, es decir, que no tendería hacia nada. No sería nada. Ya que la noción de ser, necesariamente lleva a la de bien; un ser que no fuera bueno, no tendría ser, sencillamente no existiría. Todo ente que tiene un determinado grado de ser es puesto por encima de la nada, esto implica que ese ente posee en sí mismo, por el hecho de existir, un nivel de perfección, una determinada actividad que lo hace bueno.<sup>20</sup>

---

<sup>17</sup> *Ibíd.*, p. 31.

<sup>18</sup> *Ibíd.*, p. 35.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, p. 38.

<sup>20</sup> *Ibíd.*, p. 40.

Dice Santo Tomás: “*Todo ser es bueno, en la medida en que es ser.*”<sup>21</sup> Todo ser, en cuanto tal, de algún modo es perfecto. Pues bien, lo perfecto tiene razón de apetecible y de bueno. Se puede afirmar además que todos los seres están formados de partes. Todos los seres que encontramos, son partes de un todo que es el universo, e incluso cada organismo tiene diversas partes. Un ser es más perfecto en la medida en que es más unificado. El orden en el ser es la forma de unidad propia de los seres que están formados de partes y que actúan con miras a un fin, lo cual es común a todos los seres del universo.<sup>22</sup>

### 1.1.3 *El origen y destino del ser humano*

Ahora bien, el hombre en cuanto organismo viviente al igual que el resto de entes debe buscar alcanzar su fin, su perfección. Está llamado a descubrir su ser, para poder obrar de acuerdo a su finalidad. Antes de iniciar habría que decir que el origen del hombre ya le fue dado, de alguna manera se esconde en su ser, que se va formando a través del tiempo. Origen y destino en muchos de los razonamientos tienden a coincidir – si el origen está en el azar-casualidad, el destino final será reducido a una simple desintegración del viviente – y es que el ser despliega el dinamismo de la forma originaria, es decir, cumple las potencialidades de su propia forma. El origen y el destino se identifican, el destino busca el origen, es decir, la forma misma que constituye la naturaleza del hombre, busca su perfección.

Respecto al origen, el hombre no puede hacer nada. Se dio, sin su permiso. Tuvo el carácter de don para el nuevo ser. En cambio, respecto al destino, entra en juego la intervención humana, que con su libertad y sus elecciones va construyendo de algún modo su propio destino. “*El hombre llega hasta donde puede, pero al final el destino se le impone de forma misteriosa a través del instante de la muerte,*”<sup>23</sup> la cual llega de diversas formas a la vida del hombre.

Sin embargo, no se puede afrontar la cuestión del destino de una manera unilateral, olvidándose del origen. Y es que el impulso que conduce al destino está oculto en el

---

<sup>21</sup> S. Tomás, *Summa theologiae*, I, q. 5, a. 3.

<sup>22</sup> Domenge, Enrique, *op. cit.*, p. 40-41.

<sup>23</sup> Fuster, Ignasi, *El comenzar y el destinarse de la persona humana*, Barcelona, Ed. Balmes, 2013, p. 34.

movimiento originario de la forma constitutiva – sustancial – del ser. Por ello se debe afirmar que siempre una pregunta por el destino conduce a su vez a una interrogante por el origen, todo intento de hallar sentido a la vida humana exige un movimiento originario que revela la autenticidad de mi ser. El progreso lineal hacia el destino exige la curvatura hacia el origen. El hombre busca su destino en la medida que se pone en búsqueda de su origen.

Se hace necesaria una memoria de los orígenes, para poder aclarar el sendero que conduce al final. Pero el camino hacia los orígenes resulta complicado; el camino hacia el destino es más fácil, ya que se impone por el mismo devenir obligatorio del vivir humano, que le conduce irremediamente hacia el destino. La existencia humana una vez que es arrojada al mundo, necesariamente tiene que vérselas con el destino.

Y es que la interrogación sobre el origen, es más difícil, más aun en nuestro tiempo en donde precisamente ha desaparecido casi por completo el pensamiento originario, quizás la preocupación por el bienestar futuro ha cegado el anhelo por el origen. El hombre busca un jardín delicioso para su destino, pero no está dispuesto a adentrarse en el desierto silencioso del propio origen.<sup>24</sup>

¿De dónde vienen las montañas más altas?, pregunté en otro tiempo. Entonces aprendí que vienen del mar. Este testimonio está escrito en sus rocas y en las pruebas de sus cumbres. Lo más alto tiene que llegar a su altura desde lo más profundo. Las expresiones más elevadas del espíritu humano – pues, el espíritu no es ya para mí más que un modo de expresarse –, nacen de las profundidades originarias del mismo hombre. La clarividencia sobre el destino del hombre reclama profundizar en sus orígenes. (...) Debemos ir hacia los orígenes. El destino del hombre depende de esta exploración originaria.<sup>25</sup>

Santo Tomás, reflexionando en torno a los orígenes del hombre, muestra a un Dios que crea al hombre, en su cuerpo y en su alma.<sup>26</sup> Antes no existía nada, pero ahora comienza el tiempo de un nuevo ser. El origen de la novedad del hombre contrasta respecto a la nada. No era y ahora es. El ente se contrasta con el no-ente. Sin embargo, para comprender completamente la noción de creación no basta con un origen de la nada (creación ex nihilo)<sup>27</sup>. Hay que entender también que la creación es fruto de un acto

---

<sup>24</sup> Cfr. *Ibíd.*, p. 35-37.

<sup>25</sup> *Ibíd.*, p. 38.

<sup>26</sup> Cfr. S. Tomás, *Summa theologica*, I, q. 75, a. 1.

<sup>27</sup> Dios no utilizó ninguna materia prima para crear el Universo. Lo creó totalmente; ese es, por cierto, el significado originario de «crear»: hacer algo completamente, en su totalidad. Un carpintero no hace la totalidad de una silla, pues la madera ya existía; un poeta no hace la totalidad de un poema, pues las

creador – de causación del ser – del Ser Supremo, que posee el ser por sí mismo. El Ser Eterno, que no se da el ser a sí mismo porque lo posee en sí mismo, da el ser a un nuevo ser. Por tanto, al contemplar la creatura humana, además de afirmar que es ex nihilo, también se puede afirmar que es ex Deo,<sup>28</sup> el hombre es el único ser creado a imagen y semejanza de Dios, ahí está su fuente originaria como lo veremos en el siguiente capítulo

Resulta importante aclarar que esto no significa que el hombre sea “algo” de Dios, evitando caer en un pensamiento emanantista panteísta<sup>29</sup>. Ya que entre Dios y el hombre, entre el Creador y la creatura, hay una discontinuidad. La creatura no compite con la gloria del ser del Creador. Pues la creatura recibe la totalidad de su ser del Creador – su ser y su esencia –. Entre Creador y creatura se da una relación entre distintos. Dios crea un ente distinto de sí mismo, pero que procede de sí mismo – la contingencia de la creatura – el hombre no se auto-funda, no se da el ser a sí mismo, el ser le es dado como un don de Dios – participación –.

Una vez que se ha intentado dar luz a los orígenes del hombre, resulta mucho más fácil, plantearse el interrogante sobre el destino del hombre. Y ahora incluso parece una pregunta justa y llena de significado. Partiendo del pensamiento tomista, que se interroga por el fin último del hombre se puede llegar a la idea de que *“es aquello que persigue el hombre con su libre albedrío como facultad de la voluntad y de la razón”*<sup>30</sup>. Es decir, que busca el bien en sí mismo. Aquel bien último o Sumo Bien, es el único capaz de saciar todos los deseos del hombre.

Dice santo Tomás: “Porque el fin se corresponde con el principio del ser, en el que se halla toda la perfección del ser, y cuya semejanza buscan todos según su capacidad”. El fin último es “la misma fuente universal del ser” (...) Tomás sitúa el destino del hombre en el orden de la esencia, es decir, en el fin propio de la naturaleza humana, que consiste precisamente, en el conocimiento y el amor de Dios.<sup>31</sup>

El fin último del hombre, según santo Tomás, tiene hondas raíces desiderativas o apetitivas. Se halla en la línea del deseo, los afectos y la voluntad, es decir, en el orden del

---

palabras ya existían. Pero Dios hizo la totalidad del Universo; no existía materia a partir de la cual hacerlo, pero tampoco le hacía falta, porque su poder es ilimitado. S. Tomás, Summa theologiae, I, q. 45, a. 1.

<sup>28</sup> Cfr. Fuster, Ignasi, op. cit., p. 61.

<sup>29</sup> Un pensamiento de este tipo es totalmente absurdo, ya que Dios es inmutable e infinito y dejaría de serlo si tuviese partes y éstas pudieran separarse y convertirse en un ser humano.

<sup>30</sup> *Ibíd.*, p. 151.

<sup>31</sup> *Ibíd.*, p. 153.

bien; el conocimiento intelectual también juega un papel importante y necesario. Se trata del verdadero y auténtico bien del hombre, aquel Bien que puede ser calificado como el mejor de todos los bienes posibles, que tras encontrarlo el hombre se sienta saciado y no le falte absolutamente nada.<sup>32</sup> Santo Tomás concluye atribuyendo a Dios, la categoría de Bien Absoluto.<sup>33</sup> Por ello, podemos afirmar que Aquel que es nuestro origen, también es nuestro fin.

## 1.2 El drama de la muerte humana

La muerte es una fatalidad para cada hombre y como tal no permite ninguna escapatoria; que lejos de ser vivida en la forma del más sano e inteligente realismo, suscita sentimientos de rebelión que no pueden ser interpretados como simples reacciones instintivas a la muerte que contrasta el natural deseo de conservación, sino como una aversión profunda y consiente, situada en lo más íntimo de la existencia.

Es por ello que el drama de la muerte consiste propiamente en que algo que a primera vista aparece como natural, es decir, lo que se da juntamente con la naturaleza del hombre, en nosotros, lo que concuerda y armoniza con ella, y lo que a ella le corresponde. La muerte no puede ser un fenómeno natural, ya que *“tan natural como ella es la resistencia que brota empujada contra ella por todas las energías del ser humano, el miedo ante ella y la repugnancia que se siente contra el morir”*<sup>34</sup>

A diferencia del animal o de la planta, el hombre es el único ser consciente que debe morir, pero este conocimiento no será personal hasta que el hombre viva su muerte, mientras tanto la experiencia que tenga de la muerte vendrá de un otro, ya que nadie que esté vivo puede decir que ha muerto, y en ese sentido tan sólo la muerte del “otro” me permite tener un conocimiento de esta realidad, pero por el hecho mismo que se trate de la muerte de un “otro”, *“contiene el peligro de que se nos cierre el auténtico encuentro con la muerte y mantengamos lejos de nosotros lo que es verdadera experiencia de ella”*<sup>35</sup>. En

---

<sup>32</sup> Cfr. S. Tomás, Summa theologiae, I, q. 82, a. 1.

<sup>33</sup> Cfr. S. Tomás, Summa theologiae, I, q. 2, a. 3.

<sup>34</sup> Pieper, Josef, op. cit., p. 75.

<sup>35</sup> Ibíd., p. 29.

definitiva, sobre el plano de la experiencia humana la muerte parece introducirse dentro de un horizonte de irreversible ausencia que espontáneamente produce cólera y rechazo.

S. Freud, argumenta en clave psicológica, confirmando el estado de angustia hiriente, “el colapso total que todos nosotros sufrimos cuando la muerte golpea una de las personas que nos son mayormente cercanas: un padre o un cónyuge, un hermano, un hijo o un amigo. Allí enterramos nuestras esperanzas, aspiraciones y alegrías”. El hombre inteligente y libre no permanece indiferente de frente a la muerte, ni mucho menos la acepta con una estoica resignación, sino que se rebela.<sup>36</sup>

Esto quiere decir que la rebelión ante la muerte se realiza dentro de un nivel afectivo-existencial, que surge justo en el momento de experimentar la muerte de una persona amada, y es justo en ese momento que el hombre es capaz de experimentar que aquella muerte, no la puede sentir simplemente como la muerte de “otro”, sino que la experimenta dentro de sí mismo, descubriendo lo terrible del morir y de la realidad de la muerte.

Que la muerte y el hecho de morir es un final, o que es un tránsito; que es una calamidad, o que es una liberación; que es algo violento, o que es algo que madura por sí solo y se desprende; que es un acontecer inevitable, o que es obra de la propia mano; que es algo natural y producido por la naturaleza, o que es algo que contradice el deseo innato.<sup>37</sup>

En este sentido se puede decir que la muerte del hombre no consiste puramente en que se haya parado el corazón y la respiración, sino que es un fenómeno que trasciende el ámbito biológico y llega al plano existencial que es en definitiva en donde el hombre se interroga sobre el sentido de la muerte. Desconcierta siempre por sus paradojas y contradicciones, pues siendo lo más natural no deja de ser lo más violento, y siendo lo más obvio se convierte en lo más incomprensible.<sup>38</sup>

### 1.2.1 *El existencialismo filosófico*

La importancia del existencialismo reside en haber señalado la presencia y la acción continua de la muerte en el interior de la vida misma, es decir que se la personaliza, mostrándola no solamente como un término extrínseco hacia el cual nos dirigimos, sino

---

<sup>36</sup> Ancona, Giovanni, *La morte teología e catechesi*, Milano, Ed. paoline, 1993, p. 7. (La traducción es mía).

<sup>37</sup> Pieper, Josef, op. cit., p. 45.

<sup>38</sup> Cfr. Caamaño, José Manuel, *La Eutanasia*, Madrid, Ed. San Pablo, 2013, p. 178.

que la revela como una realidad que afecta nuestra interioridad; la muerte acompaña toda nuestra existencia desde el primer instante, el hombre muere en cada momento; en este sentido el existencialismo trasciende el ámbito biológico de la muerte.

Hoy en día, parece ser que el hombre ha perdido esa capacidad de ver y sentir la muerte como un acontecimiento existencial y personal, en la mayoría de los casos la niegan o la ocultan, deseando morir de una forma breve y silenciosa, por la noche y sin darse cuenta, de forma oculta. Hoy en día los niños aprenden rápidamente la fisiología del amor y del nacimiento, pero, cuando tienen que enfrentar la muerte de algún familiar, se les pretende ocultar la realidad, por ejemplo: en Francia se responde que se fueron de viaje a un lugar muy lejano, y en Inglaterra que están descansando en un bello jardín en el que crece la madre selva. Ya no son los niños que vienen de la cigüeña, sino los muertos quienes desaparecen entre bellos jardines.<sup>39</sup>

Sin embargo, esto no es nuevo, porque ya desde la antigüedad y modernidad grandes pensadores como Epicuro<sup>40</sup> y Schelling<sup>41</sup> trataban de negar la presencia de la muerte mientras el hombre se encuentra vivo, mostrándola como un acontecimiento de los demás hombres, nunca como un acontecimiento personal.

Por el contrario el existencialismo pondrá una idea totalmente diferente, afirmando que *“la muerte existe y acompaña todo instante de nuestra existencia. El hombre puede definirse como “ser para morir”; pero no sólo para morir una vez, sino que en cada instante se realiza como “ser que muere”.*<sup>42</sup> Ya que la reflexión del existencialismo va dirigida hacia el mundo de la experiencia vivida y hecha de actos concretos, ambiguos y contingentes. *“La conciencia encarnada está proyectada y volcada a las cosas, al mundo, nunca a un objeto atemporal o fuera del mundo”*<sup>43</sup>, así la muerte cae dentro del tiempo, siendo una realidad existencial que se desarrolla en el ser del hombre y no simplemente como un fenómeno anterior o posterior a la existencia.

---

<sup>39</sup> Cfr. Ibíd., p. 78.

<sup>40</sup> Lucas, Ramón, op. cit., p. 315. Epicuro para tratar de no pensar en la muerte, trata de negarla con el sofisma: “Sólo existe lo que se siente, y como la muerte no se siente, la muerte no existe”.

<sup>41</sup> Ídem. Schelling uniéndose al pensamiento de Epicuro, dirá más tarde: “Oh muerte, no debo temerte, porque cuando estás tú, no estoy yo; y cuando estoy yo, no estás tú”.

<sup>42</sup> Pozo, Cándido, *Teología del más allá*, Madrid, BAC, 3<sup>ra</sup> Edición, 1992, p. 33.

<sup>43</sup> Merino, José Antonio, *Hombre y Realidad*, Madrid, Ed. Marova, 1984, p. 20.

Para el existencialismo, el hombre se dirige de manera irremediable hacia un naufragio total, ante el cual no hay vuelta atrás, naciendo así una angustia (M. Heidegger) o, en terminología de J. P. Sartre, la náusea<sup>44</sup>.

M. Heidegger, la primera gran figura del existencialismo, profundiza y saca todas las consecuencias de este pensamiento. Hasta el punto que “*el ser para la muerte*”<sup>45</sup>, constituye uno de los ejes sobre los que gira su filosofía. La muerte actúa en el interior de la vida, apenas comienza a existir, el hombre se ve arrojado a esta posibilidad de morir, como algo que no atañe meramente al futuro, sino como algo que le está siempre presente. Jamás tiene el hombre la seguridad de su propio existir. Allí donde florece la vida se agazapa también el peligro y acecha la muerte.<sup>46</sup> M. Heidegger propone la aceptación de este naufragio total como camino de superación de la angustia, ya que solamente así se podrá alcanzar una existencia auténtica que le permita vivir responsablemente y hacer de cada instante un compromiso serio.<sup>47</sup>

Jean Paul Sartre, dirá, en cambio, que son la suerte y la casualidad las que deciden sobre nuestra muerte<sup>48</sup>; la muerte es absurda, es un evento inaceptable, que opone la objetividad de la anulación a cada proyecto de subjetividad. Por ello, no se la puede aceptar como una posibilidad de nuestro ser, ya que es la anulación misma de cada posibilidad propia y auténtica.<sup>49</sup>

Miguel de Unamuno por su parte no satisfecho con una aceptación del naufragio propondrá una rebeldía en contra de la tragedia, basándose principalmente en un sentimiento de repugnancia a la idea de dejar de existir. “*Hagamos que la nada, si es que nos está reservada, sea una injusticia; peleemos contra el Destino, y aun sin esperanza de*

---

<sup>44</sup> Dicha “náusea” surge en Sartre al mirar como los hombres se empeñan en sus hábitos y rutinas, para de esta manera hacer evidente hacia los demás su existencia. Con estos actos el hombre lo único que consigue es olvidarse de su existencia. Todo es un absurdo que el hombre trata de colorear con las normas de una sociedad, el hombre desde siempre se ha mantenido dentro de un esquema de vida. Sartre plantea una visión oscura de la vida, mi yo solo existe a través de los actos que realizo.

<sup>45</sup> Heidegger, Martín, *El ser y el tiempo*, Madrid, 1993, p. 272.

<sup>46</sup> Sayés, José Antonio, *Escatología*, Madrid, Ed. Palabra, 2<sup>da</sup> Edición, 2011, p. 18.

<sup>47</sup> Cfr. Heidegger, Martín, op. cit. p. 274-275.

<sup>48</sup> J. P. Sartre afirmará de la muerte: “No puedo ni descubrirla ni esperarla ni tomar ante ella una actitud, porque es precisamente lo que se me revela como indescubrible, lo que desarma todas las esperas, lo que se infiltra en todas las actitudes..., para transformarlas en comportamientos exteriores. La muerte es un puro hecho como el nacimiento, viene a nosotros desde fuera y nos transforma en exterioridad”.

<sup>49</sup> Cfr. Sartre, Jean Paul, *El ser y la nada*, Barcelona, 1993, p. 562-563.

victoria; peleemos contra él quijotescaamente”<sup>50</sup>. Basado principalmente en la voluntad del hombre de no querer morir, valora la resistencia instintiva del hombre a la idea de la total desaparición, “la cabeza niega el más allá y el corazón lo afirma; en esta oposición entre corazón y cabeza, ¿por qué habría de ser la cabeza quien tuviera la razón?”<sup>51</sup>. M. De Unamuno sentía una profunda contradicción entre el deseo y la razón.

La idea de morir si bien contrasta con el natural deseo de conservación del hombre como lo afirma M. De Unamuno, va más allá y es por ello que suscita sentimientos de rebelión que no pueden ser interpretados como simples reacciones instintivas a la muerte sino como una aversión profunda y consiente, situada en lo más íntimo de la existencia.<sup>52</sup>

La muerte, en cuanto amenaza permanente para la vida, produce angustia, miedo y sufrimiento. Si bien, la existencia del hombre se encuentra marcada por varias experiencias negativas, la muerte representa el centro de todas ellas; aquí el hombre se encuentra con el momento más crítico de su existencia porque la muerte destruye todos sus proyectos, lo separa de los afectos más tiernos y de aquellas cosas que le significan amor, seguridad y sentido de realización. El rechazo de la muerte no es tanto y solamente el rechazo de la descomposición del propio cuerpo, sino más bien una revuelta contra lo que es “separación violenta del mundo y en particular de los hombres por los cuales vivimos”, obstáculo al proyecto global de la existencia.<sup>53</sup>

Este es el horizonte de la muerte humana, que no se puede esconder, negar o ignorar. Si se quiere respetar el dato existencial, la muerte puede asumir un sentido para el hombre, pero solo a partir de la realidad de la vida. Sobre la base de la irreversibilidad de la vida ocurre probablemente valorizar la “dimensión conclusiva” del evento terminal: la muerte puede ser el sello de una vida “orientada”. No es la muerte la que da sentido a la vida, al contrario es el significado producido por la vida misma que “contagia” la muerte, último acto. En la muerte no hay más tiempo porque la muerte irrumpe las elecciones y los proyectos históricos. Siendo honestos con la muerte tiene como consecuencia la valorización de la praxis histórica: nosotros somos nuestra vida y en ella nos jugamos todo.<sup>54</sup>

---

<sup>50</sup> Pozo, Cándido, op. cit., p. 36-37.

<sup>51</sup> *Ibíd.*, p. 38.

<sup>52</sup> Cfr. De Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, Salamanca, 1965, p. 40; 91.

<sup>53</sup> Ancona, Giovanni, op. cit., p. 6.

<sup>54</sup> Cfr. Tortolone, Gian Michele, *Il corpo tentato, per un discorso sull'uomo*, Genova, Ed. Marietti, 1988, p. 219-220. (La traducción es mía).

### 1.2.2 *Más allá de la muerte*

La aportación filosófica del existencialismo al tema de la muerte permite comprender de una mejor manera muchas de las actuales posturas – inmortalidad, encarnación o resurrección – que el hombre propone como camino de rebelión hacia la idea de una total desintegración. Sin embargo, el hombre que por medio de una sana antropología conoce su “origen y destino”, su ser – cuerpo y espíritu – como una totalidad, sabe que solamente la Resurrección responde de una manera total y definitiva a su necesidad de trascendencia sin afectar a su ser, ya que en ella es el individuo total quien por medio de los méritos de Cristo es capaz de vencer la muerte.

Por otro lado, se puede mencionar aquellas personas que al anular una diferencia ontológica entre los animales y el hombre, tienden a reducir a este último, mostrándolo como un ser más de la naturaleza, sin nada de especial que le lleve a trascender, conduciendo automáticamente a la idea de que con la muerte todo termina y con ello elimina cualquier intento de reflexión sobre una vida después de la vida.

El hombre sensato, reflexionando sobre su existencia e incluso sobre su propia muerte puede preguntarse ¿Qué me es permitido esperar? ¿Qué es lo que sucede después de la muerte? ¿Pereceré como cualquier otro animal? ¿Qué sentido tiene el amor, la justicia y otros sentimientos, si al final no hay un más allá?

Un primer intento de respuesta es aquel que sostiene que con la muerte, el alma se separa del cuerpo y alcanza la morada de los dioses, la muerte es vista como un acontecimiento positivo, ya que libera al alma del obstáculo que le impedía levantar su vuelo. Platón, no solo aseguró dicha inmortalidad, sino que alimenta una esperanza de que el alma de los hombres no será destruida el mismo día en que muere el hombre, sino que ahí encontrará los mayores bienes. Esta visión tiende a considerar que el alma es el hombre, y en ese sentido se sirve del cuerpo como un simple instrumento.

Fácil es suponer todo lo que esto implica para la interpretación de la muerte; incluso está casi ya dicho. Lo que la muerte separa son dos cosas que ya eran dos y no una sola antes de

separarse. En la muerte sucede que el trabajador de la herramienta; el navegante abandona la embarcación que ya no necesita después de haber llegado al puerto.<sup>55</sup>

Esta creencia avanza incluso hasta el racionalismo kantiano, que propone la inmortalidad del alma como un “postulado” exigido por la razón, es decir, como algo que se impone, no por la evidencia ni por la demostración (E. Kant rechaza la posibilidad de demostrar que exista el alma humana), sino por exigencias de tipo práctico. “*Si hago lo que debo, ¿qué está permitido esperar?, pregunta, y responde: <<Una justa recompensa que sólo la inmortalidad me puede garantizar>>.*”<sup>56</sup> Será principalmente una cuestión sobre la justicia, la que conduzca a E. Kant a la formulación de una supervivencia del alma más allá del tiempo, en donde Dios dará a cada uno lo que se merece. Al mirar que el hombre virtuoso no siempre recibe su recompensa y que la maldad a menudo no recibe castigo, E. Kant se siente obligado a formular una inmortalidad que mantenga en pie el edificio moral y para que la existencia no se vuelva absurda. Finalmente, se puede mencionar el pensamiento de Marx, quien afirma que es el individuo el que muere, pero subsiste la especie humana, y esto último es lo que importa.<sup>57</sup>

Una segunda manera de considerar la muerte es aquella propia del pensamiento budista, el cual se caracteriza por tener presente la idea de una reencarnación, en donde “*la realidad material y la realidad del cuerpo representan algo ficticio, de poca importancia: la única cosa verdadera que existe en el hombre es su conciencia que puede llegar a ser iluminada.*”<sup>58</sup> Según esta creencia, los seres vivos están todos comprometidos en un ciclo de nacimientos y de muertes. En el momento de la muerte no se destruye todo, sino que cada ser renace a una vida nueva. La existencia actual está determinada por la calidad adquirida en una existencia anterior, y la existencia por venir está determinada por la calidad de la vida presente.<sup>59</sup> Parte de la idea de una justicia, en donde el sufrimiento actual, puede ser atribuido a faltas cometidas en una vida anterior – *Karma* – ya que todo lo bueno o malo que hagamos en la vida, trae consecuencias buenas o malas en esta vida o en las siguientes, es decir, que es una marcada consideración de causa-efecto.

---

<sup>55</sup> Pieper, Josef, op. cit., p. 52-53

<sup>56</sup> Neusch, Marcel, *El mal*, Bilbao, Ed. Mensajero, 1992, p. 109.

<sup>57</sup> Cfr. Sayés, José Antonio, op. cit., p. 18.

<sup>58</sup> Dziewiecki, Marek, *L'uomo il corpo la sessualità*, Pessano con Bornago, Ed. Mimep – Docete, 2015, p. 12. (La traducción es mía).

<sup>59</sup> Neusch, Marcel, op. cit., p. 110.

La reencarnación ha sido capaz de ejercer una significativa fascinación dentro del mundo occidental, principalmente porque responde a sus esperanzas: necesidad de explicar injusticias, apego a la realidad corporal, resistencia a creer que una sola vida pueda agotar el deseo de vivir que se da en ellos, rechazo de un destino irreversible, etc.<sup>60</sup>

Finalmente, una tercera manera de ver la muerte es la proporcionada por el pensamiento cristiano, en donde el hombre que muere, no lo hace para quedar muerto dentro de un sepulcro, sino, que al igual que Cristo, es llamado a resucitar en su totalidad, no solo como espíritu o en otro cuerpo, y es que el hombre no ha sido creado para la muerte, sino para la vida, por ello no puede ser reducido a la simple materia. El cristiano sabe que con la muerte no sólo llega el momento de la destrucción, sino también el de la prueba final del ser hombre, de la madurez en el campo de la elección realizada. El hombre no está sólo sometido a la muerte, sino que en ella se define a sí mismo de modo definitivo.

La radicalidad de la muerte impone la necesidad de expresar una esperanza en la presencia, acción y promesa de Dios en la resurrección de los muertos, con la cual se da la superación de la “nada-anulación”.

La resurrección es “la recuperación de la nada”; es la posibilidad de la potencia liberadora de Dios, la reconstrucción de la unidad desintegrada, por un acto gratuito del Padre. La idea de resurrección, en cuanto metáfora, toma en serio la muerte integral, y la exigencia del hombre-cuerpo. Viene reconstruido como “carne”, y encuadrado en un horizonte de referencia: “nuevos cielos y tierra nueva”, “la vida del mundo que vendrá”. En la resurrección la “unitotalidad” del individuo es central, y en ella la corporeidad adquiere una dimensión plena y auténtica: la restitución de la individualidad es la superación de la desintegración, como un nuevo hecho corporal.<sup>61</sup>

### 1.2.3 Una visión cristiana de la muerte

Pero entonces, ¿Quién es el que muere? La respuesta a esta pregunta no puede ser más que esta: *“es el hombre, todo el hombre compuesto de alma y cuerpo, quien experimenta en sí la muerte; el hombre completo es el que sufre; él es el afectado y el interesado, en*

---

<sup>60</sup> Cfr. *Ibíd.*, p. 111.

<sup>61</sup> Tortolone, Gian Michele, *op. cit.*, p. 220. Es importante mencionar que para el propio autor, la “nada” es entendida en el sentido de vacío, desaparición, contrapuesto a la presencia y al fundamento metafísico. La nada es la percepción existencial de la disolución.

*cuerpo y alma.*”<sup>62</sup> No por ello se debe aceptar la idea materialista que afirma que el hombre se descompone y perece en la muerte como cualquier otro viviente. Por ello siguiendo el pensamiento de la Iglesia Católica es importante aclarar: Primero, que en la muerte no muere, tomada la cosa con rigor, ni el cuerpo del hombre ni su alma, sino el hombre en sí mismo; segundo, que el alma espiritual, afectada por la muerte se mantiene íntegra.

La muerte supone para la totalidad de la existencia, no solo para una de sus partes, es imposible que con la muerte existan en el hombre zonas neutrales de su ser, que permanezcan ajenas al hecho de la muerte. *“No puede decirse, por el hecho de que el alma siga viviendo, que el cuerpo muere mientras el hombre sigue en vida. Muere el hombre.”*<sup>63</sup> Y es que nadie puede afirmar que con la muerte es el cuerpo o el alma del hombre lo que muere, no se trata de decidir cuál de los dos elementos perece; ni tampoco se puede llegar a una conclusión que afirme la inmortalidad del alma. El hombre debe de ser entendido en su totalidad de alma y cuerpo, no puede ser dividido. (*Corpus et anima unus*).

Si alguien trata de hablar de inmortalidad dentro de la esfera del hombre, habría que atribuir tal significado no al alma, sino al hombre, es decir, a la totalidad del hombre. Así por ejemplo, el Nuevo Testamento nunca habla o menciona la idea de una “alma inmortal”; la palabra inmortalidad aparece tres ocasiones y nunca con referencia al alma, sino al Cristo resucitado y al hombre total.

Por ejemplo, santo Tomás de Aquino no llama al alma “inmortal”; habla más bien de su naturaleza imperecedera y de su incorruptibilidad (*incorruptibilitas*). Y cuando se pone a hablar de la “inmortalidad” como referida al hombre, no tiene otra cosa en su mente que al hombre de la consumación de los tiempos, en cuanto resucitado de entre los muertos y visto en el paraíso.<sup>64</sup>

Es la totalidad del hombre la que se ve afectada por la muerte, no es un acontecimiento que solamente afecta al cuerpo del individuo, la comprobación de lo dicho se comprueba en la angustia de un moribundo frente a la muerte, no se puede decir que es un fenómeno aparente que no afecta al Yo o al núcleo de la existencia humana. Por ello, habría que afirmar que es el hombre quien muere, y no su cuerpo; es el todo constituido por el cuerpo

---

<sup>62</sup> Pieper, Josef, op. cit., p. 54

<sup>63</sup> *Ibíd.*, p. 55.

<sup>64</sup> *Ibíd.*, p. 57.

y por el alma el sujeto de la muerte. “*Homo non est anima tantum,*”<sup>65</sup> sino que el hombre es un ser corporal por su misma naturaleza.

El alma no está unida al cuerpo como el navegante de su embarcación, sino que está en él a la manera como el acuñamiento de un trozo de plata caliente y maleable se inserta en ella para formar una única moneda, el alma es la forma del cuerpo, no se puede afirmar que después de la muerte, en estado de bienaventuranza, el alma que ha sido liberada del cuerpo se parece más a Dios, puro espíritu. Al respecto santo Tomás afirmará que el alma unida con el cuerpo es más semejante a Dios que la que está separa de él. El alma y el cuerpo son dependientes uno del otro, ordenados entre sí mutuamente y que su unión hace posible la vida del hombre, no se puede pensar en la muerte como un simple apartar, sin conflictos, dos elementos que no estaban realmente unidos y que vivían separados. La muerte ha de ser considerada, “*en cuanto que es la separación violenta de dos cosas que por naturaleza habían de estar unidas, como una destrucción, como una desgracia y como una catástrofe.*”<sup>66</sup>

El alma separada del cuerpo – *animam a corpore separari*<sup>67</sup> – no puede ser considerada hombre, y muchos menos que la incorruptibilidad del alma debe de ser pensada en el sentido de que, una vez separada por la muerte, esta parte de nosotros sigue “sin novedad” viviendo y existiendo, es decir, como si la muerte hubiera pasado por ella sin inmutarla para nada.

Es por ello que, la idea de resurrección implica la identidad del hombre resucitado con el hombre histórico. Es el mismo yo que ha muerto el que resucita de entre los muertos. Ahora bien, para que tal identidad sea real, y no meramente verbal, tiene que haber en ese yo algo que sobreviva a la muerte, que sirva de nexo entre las dos formas de existencia, sin lo cual no habría resurrección sino creación de la nada. Para que se dé verdaderamente lo que la Escritura llama resurrección, la acción resucitadora de Dios no puede ejercerse sobre el vacío absoluto, sobre la nulidad total del ser humano; ha de apoyarse sobre un elemento constitutivo del mismo. La muerte es fin del hombre entero, más no enteramente. Que el hombre, por la muerte, cese de ser no significa que sea succionado totalmente por la nada;

---

<sup>65</sup> *Ibíd.*, p. 60.

<sup>66</sup> *Ibíd.*, p. 65.

<sup>67</sup> *Ibíd.*, p. 48.

persiste en él un quid, que ciertamente no es el hombre, pero que se impone a la atención de Dios, que se graba en su memoria y a partir de lo cual el amor divino reconstruye al ser humano en su integridad.<sup>68</sup>

En caso de afirmar una aniquilación total, habría que decir que en el momento de la Resurrección es un nuevo ser el que vence a la muerte, Dios no puede crear por segunda vez a un individuo que es único e irrepetible, ya que esto supondría no sólo replicar una determinada entidad singular, sino también introyectarle un banco de recuerdos, sentimientos, vivencias, experiencias. Es por ello que la resurrección no sería crear a un mismo individuo por segunda vez, sino que se trata del mismo hombre.

#### 1.2.4 Gabriel Marcel y la dialéctica del amor

G. Marcel tratará de llegar a descubrir las profundidades de la realidad íntima del ser, por medio de una descripción fenomenológica de vivencias emocionales de la existencia subjetiva del ser – dimensiones existenciales del ser – de manera primordial, aquellas que son inherentes a la vida del espíritu. Una de estas dimensiones existenciales es el amor, que junto a la fidelidad y a la esperanza están llamadas a formar una unidad.

G. Marcel ha denominado al amor “*el dato ontológico esencial*”<sup>69</sup>, porque sin lugar a dudas está al centro de la comunicación intersubjetiva, pues la presencia del amor descubre la presencia del tú amado. “*El amor y la amistad me revelan al ser del otro, haciendo de él una presencia para mí, al tiempo que soy presencia ante él, un “yo” frente a “tú”.*”<sup>70</sup> El amor cuando se vuelve incondicional, porta en sí una orientación hacia la trascendencia, porque el amor busca y se dirige hacia el infinito, trata de inmortalizarlo. Es en esta interrelación y pensamiento que G. Marcel descubre lo trágico de la muerte, ya que en la experiencia de la desaparición del ser amado, su muerte no es vivida como la muerte de un “otro”, sino que es experimentada en carne propia, viviéndola por dentro.

---

<sup>68</sup> Cfr. Ruiz de la Peña, Juan, op. cit., p. 61. Cfr. Mt 25,12.

<sup>69</sup> Urdanoz, Teófilo, *Historia de la Filosofía VI*, Madrid, BAC, 1978, p. 735.

<sup>70</sup> García, José J., “*Amor, muerte y esperanza: reflexiones desde Gabriel Marcel*” [en línea]. *Vida y Ética*. 9.2 (2008). Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/amor-muerte-esperanza-reflexiones-marcel.pdf> [Fecha de consulta: 24-06-2015].

El dolor por la muerte de un ser querido es algo terrible, y en muchos casos insuperable. Sin embargo, G. Marcel descubre que solo dentro de una dialéctica del amor se puede trascender la muerte, y es que para él, *“amar a una persona es sentir que se le dice: “tú no morirás” (...) es la disposición interior que obliga a decir a una persona con toda sinceridad sobre otra: “¡Mi felicidad es que tú existas!””*<sup>71</sup>. La vida y el amor son algo tan grande y extraordinario que la muerte no puede eclipsarlas; los lazos de ternura, fidelidad y esperanza tras la muerte del ser querido no desaparecen, sino que se mantienen vivos.

“Hay una cosa que he descubierto después de la muerte de mis padres, y es que lo que llamamos sobrevivir en realidad es sub-sobrevivir, aquellos a quienes no hemos dejado de amar con lo mejor de nosotros mismos se convierte en una especie de bóveda palpitante, invisible, pero presentida e, incluso, rozada, bajo la cual avanzamos cada vez más encorvados, con más desapego de nosotros mismos, hacia el instante en que todo quedará sumido en el amor”.<sup>72</sup>

Y es que la convicción de G. Marcel incluso llegará a superar la rebelión de Unamuno, al punto de afirmar que el ser querido ausente vive presencialmente entre nosotros. Por tanto, hay un influjo recíproco entre vivos y muertos: la fidelidad se afirma más allá del triunfo de la ausencia absoluta, llamada muerte.

Pues bien el problema principal se centra en la relación entre amor y muerte, el verdadero amor no puede desaparecer tras la muerte, no puede ser vencido. La muerte no derrota la dialéctica del amor, sino que únicamente pone de manifiesto la autenticidad o falsedad del amor que ha existido entre los seres. G. Marcel renuncia a que el amor sea esclavizado por la muerte, ya que si se ha vivido en y para el amor, la muerte no puede tener la última palabra. El amor exige la permanencia ontológica, es por eso que el ser amado muerto no puede caer en el olvido; sería una grave falta a la fidelidad. La muerte borra la presencia física de la persona, pero no lo que nos ha unido y lo que hemos vivido.

La certeza de nuestro autor era que un mundo vacío de amor estaría condenado al agujón de la muerte, donde todo está perdido de antemano. El amor supera el abismo de la muerte, evitando que la persona quede reducida a una imagen; no se puede decir que se ha

---

<sup>71</sup> Pieper, Josef, op. cit., p. 30-31.

<sup>72</sup> García, José J., op. cit.

perdido al ser querido, ya que lo que se pierden son los objetos, y en ese sentido la persona no puede ser reducida a un objeto.

Es importante mencionar que la esperanza surge para G. Marcel no sólo como una protesta dictada por el amor, sino como una suerte de apelación, de recurso perdido a un aliado que es el amor mismo.<sup>73</sup> La esperanza – memoria del futuro – evita caer en la desesperación de ciertos existencialismos radicales, “*quien espera sólo se fija en el fin y busca cómo alcanzarlo, ¿Podría ser que la esperanza fuese otro nombre de la exigencia de trascendencia?*”<sup>74</sup> La esperanza es una anticipación del futuro y se presenta como abierta a través del tiempo, mientras que la desesperación muestra un tiempo cerrado.

La esperanza nos permite aceptar ciertos obstáculos, no para rendirnos ante ellos, sino para hacer de los mismos un medio de mejorar nuestro ser y construir nuestra personalidad. Es la fuerza interior que impulsa al hombre a la afirmación de la vida y del triunfo en medio de las mayores dificultades, aprovechando justamente aquellas mismas condiciones que deberían conducirle a la ruina y a la desesperación.

### **1.3 El enigma del mal**

El mal no es para nadie un desconocido, al punto de que parece adherido a la existencia como su sombra. El problema del mal reside cuando el hombre se vuelve su víctima, cuando experimenta en carne propia sus consecuencias, sintiendo que no hay ninguna respuesta lógica a su situación concreta

La existencia del mal en el mundo ha aparecido a lo largo de los siglos como un obstáculo para creer en un Dios todopoderoso y bueno. El conjunto del mundo, por el orden y la belleza que en él se manifiestan, parece revelar la obra de una Inteligencia Superior que lo ha creado todo de la nada, para manifestar su amor a toda la creación; pero esta perfección se ve contrastada con el dolor, desgracias, enfermedades, destrucción y el sufrimiento.

---

<sup>73</sup> Cfr. Urdanoz, Teófilo, op. cit., p. 740.

<sup>74</sup> García, José J., op. cit.

En principio, la intención del rebelde metafísico no es negar o eliminar a Dios, sino sólo rechazar la obra divina de la creación, por considerarla injusta e insolidaria desde el punto de vista humano, al tiempo que no acorde con la bondad y la justicia divinas e incompatible con su poder omnímodo.<sup>75</sup>

Epicuro plantea el problema del mal con toda su crudeza: O Dios – dice – quiere suprimir los males, y no puede, y en ese caso no es omnipotente (o sea, decimos nosotros, no es Dios); o puede suprimirlos y no quiere, y entonces no es bueno (y por consiguiente tampoco es Dios), o no quiere ni puede suprimirlos. Pues, si quiere y puede suprimirlos, ¿por qué hay tantos males?<sup>76</sup>

El espesor del enigma crece todavía cuando se cree que es Dios quien da la existencia. El mal pone entonces en peligro la existencia misma de Dios. No es tan sólo la existencia humana la que se encuentra en un callejón sin salida, sino ese Dios del que se nos ha dicho por otra parte que es bueno y omnipotente. Ahora bien, el mal coge en falta sea a su bondad, puesto que parece tolerar que la existencia sea aplastada, sea a su omnipotencia, puesto que el mal parece más fuerte que Dios.<sup>77</sup>

Frente a este panorama de rechazo hacia la bondad de Dios, el hombre siente la necesidad de depositar su confianza en la idea de un “hombre bueno”, capaz de conquistarlo todo, se cree en una nueva aurora de la humanidad que libre de ataduras religiosas conseguirá el advenimiento del superhombre. Sin embargo, esta idea del hombre es la que ha fracasado, pronto, nombres como Auschwitz e Hiroshima mostrarán que incluso la libertad del hombre puede actuar en complicidad al mal que se busca desterrar.

Sin lugar a dudas el mal es lo más absurdo e incomprensible que se pueda descubrir dentro de la realidad. Muchos interrogativos surgen: ¿De dónde viene? ¿Por qué existe? ¿Cuándo terminará? ¿Tiene sentido? etc. A pesar de que la realización del mal puede ser justificada por quien la realiza, el mal en sí mismo no tiene justificación alguna para existir, ya que es algo que no tiene razón de ser. No puede ser justificado en ningún caso, nadie se atrevería a realizar una apología del mal.

---

<sup>75</sup> Grison, Michael, op. cit., p. 210.

<sup>76</sup> Cfr. Domenge, Enrique, op. cit., p. 10.

<sup>77</sup> Neusch, Marcel, op. cit., p. 6

### 1.3.1 ¿Qué es el mal?

El mal desde Platón hasta san Agustín ha sido definido no como “ser”, sino como “no ser” o ausencia de ser o disminución de ser. Pues bien, al decir que el mal es “no ser”, no se quiere decir que es algo insignificante o que no es nada, sino que no tiene una realidad autónoma. Lejos de ser una cualidad positiva como el color o la temperatura, es una carencia, y no se puede comprender sino en relación al ser y al bien, *“no tiene ser propio, sino que vive como parásito, es la ausencia de un bien en un ser que es bueno en sí mismo y en el que este bien debería subsistir.”*<sup>78</sup> Así, un agujero supone algo agujereado, en que esté el agujero; una rotura supone algo que se haya roto; una herida, a un ser herido.

Esta definición de mal, permite a san Agustín comprender que Dios no puede estar implicado en el mal, puesto que el mal “no existe” en cuanto ente, Dios es el creador de todo lo que “es”, ya que cada vez que Dios crea, es algo positivo, es decir que da el ser. Por el contrario, el mal es un gesto de des – creación. Mientras que el movimiento de creación va de la nada al ser, el movimiento de des – creación va del ser hacia la nada, tiende a herir al ser, disminuyéndolo, degradándolo, etc.

Ahora bien, si el bien puede ser definido como ser; y que en los seres creados, el ser es orden, unidad, perfección, fin, y lo que todos apetecen. El mal al ser “falta de ser”, no puede ser visto como una cosa o una substancia. Es comparable a un agujero que puede tener una pared, si bien el agujero existe, no es una cosa, no es pared, sino una falta de pared. Además el mal al tener “falta de ser”, tendrá “falta de perfección”, así por ejemplo la pared que tenga un agujero será menos perfecta respecto a una pared que no lo tenga. Dicha perfección en algunos casos puede ser cuantificable, así por ejemplo un ser que padezca un mal, puede tener menos o más, de lo que debería tener. Por ejemplo un hombre puede tener demasiada o insuficiente azúcar en su sangre.<sup>79</sup>

Siguiendo este razonamiento se podría decir en segundo lugar que esa “falta de ser y perfección”, afectan directamente al orden que es un bien. La falta y el exceso de algún elemento que debe existir en una determinada porción o medida, o sea dentro de un orden,

---

<sup>78</sup> *Ibíd.*, p. 38.

<sup>79</sup> Cfr. Domenge, Enrique, *op. cit.*, p. 120.

todo eso desemboca en un “desorden”, que es mal. La falta de orden, implica una falta de unidad, que impide que las diversas partes operen coordinadamente, unas en relación con las otras, para el bien del todo. *“El desorden entre las partes, implica una falta de ordenación al fin o sea el bien del ser en cuestión.”*<sup>80</sup> Así por ejemplo el exceso de azúcar en la sangre, va contra el bien – salud y vida – del individuo, ya que en lugar de existir y operar en la medida en que conviene al bien del organismo, rompe con esa unidad al existir en una cantidad excesiva para el bien del organismo.

En tercer lugar se debe decir que el mal es “falta de fin”, es decir, fracaso en el intento de llegar a la meta apetecida, buena, en que está la plenitud de la perfección. Por ejemplo: Será un mal que un ojo padezca un desorden por el que no realice su fin, que es ver. Finalmente el mal al ser un “no ser”, no es querido por nadie, es completamente rechazado, nadie quiere enfermarse, sufrir una mutilación, miseria, muerte, etc.<sup>81</sup>

Santo Tomás veía el mal como una privación de un bien debido, privación de lo que es debido a un sujeto. Se puede y se debe tener la perfección que corresponde a cada naturaleza. Esta carencia de ser, sería una privación, que es la que constituye el mal.<sup>82</sup> Es por ello que se puede concluir que el mal es privación del grado de ser, de la perfección, del orden, de la unidad, del fin, que cada cosa, según su naturaleza debe de tener. Así por ejemplo la fealdad no se comprende en sí, sino que puede ser entendida cuando es comparada con la idea de la belleza. En ese sentido se puede entender que un mal motor es aquel que es incapaz de dar movimiento a las maquinas; un mal reloj es aquel que no puede dar una hora correcta e incluso un mal cocinero es aquel que no sabe o no quiere cocinar bien. La privación puede referirse a los medios que no están adaptados al fin propuesto.

---

<sup>80</sup> *Ibíd.*, p. 121.

<sup>81</sup> *Ibíd.*, p. 122. Cfr. S. Tomás, *Summa theologica*, I, q. 49, a. 1.

<sup>82</sup> *Ibíd.*, p. 123.

### 1.3.2 *Las tres máscaras del mal*

Tras haber explicado que el mal es privación del grado de ser, de la perfección, del orden, de la unidad, del fin, que cada cosa, según su naturaleza debe de tener. Es importante ahora aclarar que dicha privación de ser afecta en primer lugar al hombre, en cuanto organismo viviente; en segundo lugar a su libertad, entendida como inteligencia y voluntad encaminadas al bien; y finalmente a la realidad del mundo.

Es importante tratar de descubrir cuál es la relación que existe entre el mal y Dios, ya que de ello dependerá una posible solución, explicación o indignación frente al mal que constantemente ataca al ser humano. Una reflexión en orden a una teodicea la realizó Leibniz, para quien la creación divina es el mejor de los muchos mundos posibles. Su reflexión se basará en identificar tres máscaras con las cuales el mal suele presentarse: el mal físico (sufrimiento), el mal moral (pecado) y el mal metafísico (finitud).

En una primera aproximación al origen del mal, parecería ser que proviene del hombre, su libertad, la tradición cristiana lo identifica con el pecado, por ejemplo: alguien concreto puede ser imputado por un crimen. Sin embargo, a partir de la definición de mal como una disminución de ser, es lógico pensar que el mal moral, resulta ser un fallo de libertad, el mal en este caso respondería al rechazo de la libertad de introducir un bien en el mundo, mientras tiene el poder de hacerlo. El mal no se puede identificar con la misma libertad, pues la libertad es buena, sino que es una deficiencia de una libertad que, en vez de mantenerse a la altura del bien que conoce y que se siente llamada a realizar, se sustrae o se compromete en un sentido contrario.<sup>83</sup>

Una segunda aproximación al mal, lo revela como un sufrimiento, según San Agustín, es la defección de Adán la que ha provocado el sufrimiento y la muerte, el mal físico que hiere nuestra naturaleza de hombres, en muchos de los casos está ligado al mal moral, a las enfermedades, fenómenos naturales, etc. Además el mal físico está unido a la condición corporal del hombre, de su vulnerabilidad, de su precariedad y fragilidad. Es por razón de su contingencia en primer lugar por lo que el hombre está condenado al sufrimiento, expuesto a la muerte. Su ser corporal sufre una suerte de fatalidad que como

---

<sup>83</sup> Neusch, Marcel, op. cit., p. 39.

vimos constituye un elemento natural del hombre. El sufrimiento es nuevamente una disminución del ser físico.

Finalmente una tercera visión mira el mal metafísico, que sería definido como la imperfección propia del ser creado, a causa de su finitud constitutiva. Por más alto que sea el grado de perfección del universo, es finito, limitado, y no infinito como el grado de perfección de Dios. El universo al poseer un alto grado de perfección, es más propenso a sufrir un mal, ya que a medida que aumenta lo que se tiene, es más lo que se puede perder, aumenta la posibilidad de sufrir un mal. Además el universo al no ser completamente perfecto, muestra que cada ser posee un grado de perfección limitada que le es propia. Es por ello que cuando un ser actúa lo hace de manera limitada, produciendo accidentalmente ciertos males.<sup>84</sup>

### *1.3.3 Una ontología sobre el origen del mal*

Una vez que un mal se ha producido, puede originar otros males. Así por ejemplo una cosa que padece un mal realiza una acción imperfecta, mala, que puede producir otros males, sin embargo, esto no basta para saber por qué se produce un primer mal que impide a la cosa operar con toda la perfección que corresponde a su naturaleza.

El origen profundo del mal, es doble. Radica, por una parte, en el alto grado de perfección del universo; y, por otra parte, en que ese alto grado de perfección, por elevada que sea, es finito, limitado, y no infinito como el grado de perfección de Dios. Se trata de una perfección muy elevada, pero limitada.<sup>85</sup>

Al decir que el mal tiene su origen en primer lugar en el alto grado de perfección del universo, se quiere decir que: A medida que aumenta lo que se tiene, es más lo que se puede perder, es decir, aumenta la posibilidad de sufrir un mal, que consiste en verse privado de algo. Por el contrario, el que nada tiene nada puede perder, el que tiene mucho puede perder mucho. Un pobre no puede sufrir un revés económico, o una piedra no puede perder la vida. El grado de perfección de los distintos seres juega un papel importante, ya que mientras más alto se encuentre el ser tendrá más cosas que puede perder.

---

<sup>84</sup> Cfr. Tamayo, Juan José, op. cit. p. 42; Domenge, Enrique, op. cit. p. 129-145

<sup>85</sup> Ídem, Domenge Enrique.

En segundo lugar, al decir que el origen del mal, consiste en que a pesar de existir un grado de perfección, todas las cosas son finitas, limitadas. El universo y las cosas que lo componen no pueden tener una perfección infinita, ya que dicha perfección solo le corresponde al Ser Increado, que no necesita de otro para existir, para seguir existiendo y obrar.

Cualquier cualidad, de cualquier cosa, que puede cuantificarse, se expresará por una cifra limitada, finita, no es infinita. Es limitada la velocidad de un veloz vehículo espacial; es limitada la potencia del motor que le da tan poderoso impulso; es limitado el peso que puede sostener un puente; es limitada la resistencia de un edificio a un temblor de tierra; es limitada la capacidad de trabajo de un hombre; es limitada la fortuna del hombre más rico.<sup>86</sup>

La limitación entre un ser y otro, consiste incluso en que la perfección de cada cosa está limitada a uno o varios tipos de perfección, con exclusión de otros tipos de perfección que otras cosas sí tienen. Así por ejemplo: un mineral es más duro que otro, un árbol puede producir peras, un animal puede ser más veloz que otro, ser capaz de volar, etc.

Si el obrar sigue al ser, se podrá decir, que si es limitada la perfección del ser, será limitada la perfección de su obrar. El ser dentro de su perfección limitada buscará la manera de alcanzar su finalidad, producirá males accidentales, no buscados. El grado limitado de perfección con que obra un ser, puede no ser suficiente para que llegue a su fin ante las circunstancias que encuentra.

Además, al ser limitada la cantidad de cada cosa que se encuentra en un determinado tiempo y lugar, esa cantidad, puede no ser suficiente para las necesidades de los seres. La limitación de la perfección con que las cosas actúan, puede no ser suficiente para evitar que la cosa, al actuar produzca, sin intentarlo, el mal de otras cosas. Así por ejemplo el hombre, ser dotado de libertad, puede elegir un bien que lo aparte de su fin último y perfección.

---

<sup>86</sup> *Ibíd.*, p. 134-135.

## CAPÍTULO II

### LA SALVACIÓN CRISTIANA

Es importante iniciar aclarando que tras el pecado de Adán, Dios no se aleja del hombre sino que se mantiene cercano a él. En el A.T. se muestra como Dios por medio de intervenciones humanas se mantiene cercano de su pueblo. Así por ejemplo vemos cómo por medio de Moisés, Dios libera a Israel de la esclavitud; además por medio de Jonás revela ya la universalidad de la salvación, Dios llama a la conversión al pueblo pagano de los ninivitas, quienes por creer en Dios, ayunado y vistiéndose de sayal, alcanzarán el perdón de Dios. (cfr. Jon 3,5.10)<sup>87</sup>

En el N.T. sucederá algo mucho más sorprendente, porque ya no será Dios que habla por medio de los profetas, sino que lo hará por medio de su propio Hijo (cfr. Hb 1,1-2), quien por medio de un rostro totalmente humano traerá la salvación definitiva al ser humano, permitiendo que *“la tristeza básica de la humanidad se transforme en una esperanza fundada para los cristianos”*<sup>88</sup>.

Según san Pablo, Él, “siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte de cruz.” (Flp 2,6-8). No es un Dios que puede ser comparado con los dioses de las mitologías griegas quienes asumen la condición humana para tener un amorío – *“un eros”* – con mujeres mortales<sup>89</sup>; sino que es un Dios que se revela cercano, dispuesto a asumir la condición humana para amarnos con un amor descendente y oblativo – *“un ágape”* – que nos da vida y nos la da en abundancia (cfr. Jn 10,10).<sup>90</sup> Juan resume

---

<sup>87</sup> Los textos bíblicos citados en este ensayo son extraídos de la Biblia de Jerusalén, edición 1998.

<sup>88</sup> Schillebeeckx Edward, *Los Hombres Relato de Dios*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1994, p. 31.

<sup>89</sup> Se trata de dioses que abandonando su morada divina – el Olimpo – asumen la condición humana, pero de una manera “aparente”, es decir, sin afectar su naturaleza divina. Así por ejemplo: en el mito de Alcmena, quien es la esposa de Anfitrión y madre de Hércules, se cuenta como Anfitrión parte a la guerra contra los telebeos. En su ausencia, Zeus (dios de los dioses) se hace pasar por él y convence a Alcmena para tener amores con él.

<sup>90</sup> El Papa Benedicto XVI en su encíclica *Deus Caritas Est*, muestra una clara diferencia entre el *eros* y el *ágape*; el primero si bien quiere remontarnos « en éxtasis » hacia lo divino, llevarnos más allá de nosotros mismos, necesita seguir un camino de ascesis, renuncia, purificación y recuperación. El segundo por el contrario, expresa la experiencia del amor que ahora ha llegado a ser verdaderamente descubrimiento del otro, superando el carácter egoísta que predominaba claramente en la fase anterior. Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la

esta idea al afirmar que nosotros somos capaces de amar a Dios porque Él nos amó primero (1Jn 4,19).

La acción de Dios llega a la escena antes que la acción del hombre empiece. Dios pone el primer paso. Sobre este primer paso libre, gratuito, se basa lo demás. La acción del hombre siempre es un acoger lo que Dios ofrece gratuitamente. Esto es lo más específico y escandaloso – el secreto del Reino – aceptar la vida como don. De ahí que la acción del hombre, por indispensable que sea, se empequeñece. Lo importante es lo que Dios hace.<sup>91</sup>

A lo largo de la historia de salvación será Dios quien tome la iniciativa de acercarse al hombre, que se encuentra extraviado, despojado, golpeado y medio muerto a causa del pecado (cfr. Mt 18, 12-14; Lc 10, 30-37).

Dios que “busca que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1Tim 2,4) da a todos las mismas posibilidades de salvación, llama a todos a la misma vida, ofrece a todos el mismo amor. Pero el amor, por encima de todas sus propiedades, es el acto de una persona que busca a otra persona. “*La gratuidad del amor no excluye tampoco la espera de una respuesta*”<sup>92</sup>.

Pero qué cosa es, en fondo, la idea de salvación? Esencialmente es creer que las cosas pueden ser reintegradas, que nada se pierde, de modo permanente. Todo puede siempre recomenzar, nada es inexorable (mentalidad griega), básicamente todo puede ser salvado.<sup>93</sup>

Pues bien, habría que decir que la salvación cristiana no puede ser entendida en términos políticos o económicos, Jesús huye cuando ve que el pueblo se acerca para hacerlo rey (cfr. Jn 6,15); ni mucho menos se la puede ver como un abandono de nuestra condición humana para convertirnos en Dios (Gn 3, 4-5), y peor aun pensarla como un acontecimiento que por arte de magia nos saca de nuestra realidad, para insertarnos en un “cuento de hadas” (Jn 1,14).

La salvación traída por Cristo debe de ser entendida en un sentido de reintegrar en Él a toda la humanidad que ha visto desfigurada su imagen por el pecado, es por ello que esta salvación no es algo extrínseco al hombre, ya que Cristo no sólo es la última palabra

---

felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca. Benedicto XVI, *Carta Encíclica Deus caritas est*, n. 6.

<sup>91</sup> Meis, Anneliese, *Antropología Teológica*, Santiago, Ed. Universidad Católica de Chile, 1997, p. 188.

<sup>92</sup> Barsotti, Divo, *La revelación del amor*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1966, p. 366

<sup>93</sup> Gesché, Adolphe, *Il male*, Milano, Ed. San Paolo, 1996, p. 117. (La traducción es mía).

del hombre, sino también la primera, es su origen (alpha) y su destino (omega); la salvación tiene que llevar al hombre a su plenitud intrínseca. (cfr. Col 1,15-16) *“Nos puede salvar y llevar a la plenitud quien está en el origen de cuanto somos, y a la vez este origen está pensado desde siempre con la mirada puesta en la perfección final del Resucitado”*.<sup>94</sup> Es por ello que Jesucristo constituye el modelo en cuyo seguimiento y conformación la humanidad alcanza su plenitud, porque desde el principio es el modelo a cuya imagen el hombre ha sido creado desde el primer instante.

## 2.1 Fuimos Hechos a su Imagen y Semejanza

El hombre es el único ser que por antonomasia posee ciertas semejanzas con su Creador, todo esto principalmente por un acto supremo de amor de Dios hacia nosotros, es decir que ninguna otra criatura, excepto la racional, se dice hecha a imagen y semejanza de Dios. *“La Biblia nos enseña que el hombre ha sido creado "a imagen de Dios", con capacidad para conocer y amar a su Creador, y que por Dios ha sido constituido señor de la entera creación visible para gobernarla y usarla glorificando a Dios”* (G.S. 12). El ser imagen de Dios implica tener la capacidad de relacionarnos con Él, el hombre es interlocutor de Dios. Esto no es un añadido a un ser ya constituido, sino su dimensión esencial.

El hombre no es una figuración fugaz de lo sin imagen, sino “lo que Dios mismo con libertad inaudita ha puesto ante él”, capaz de conocerlo, capaz de responderle libremente y aceptarlo con amor. La luz plena de la revelación mostrará que este riesgo por parte de Dios, sólo es posible porque en Dios mismo hay un eterno cara a cara de amor vivo: la doctrina bíblica de la imagen solo es comprensible, en último término, a partir de la trinidad divina<sup>95</sup>

Por tanto, Dios va a manifestarse en un primer momento como un ser que crea por amor, ya que siendo Omnipotente, Omnipresente y Omnisciente va a permitir que aparte de Él algo más sea, otorgándole de esta manera la facultad de poder ser y existir. Es así como dentro de este proceso creador Dios irá viendo que cada elemento que va formando es algo bueno, ya que en sí toda su obra tendrá las huellas de su presencia.

---

<sup>94</sup> Ladaria, Luis F., *Jesucristo, salvación de todos*, Madrid, Ed. San Pablo, 2007, p. 16.

<sup>95</sup> Meis, Anneliese, op. cit., p. 142.

Tras ir formando así cada elemento dentro de la gran obra creadora, como algo bueno; finalmente en el último día de la creación, “dijo Dios: Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra” (Gen 1,26), por medio de lo cual el autor sagrado trata de manifestarnos que fuimos hechos para parecernos a Dios. La persona humana no puede ser considerada un elemento más de la naturaleza, ya que posee una dignidad superior al resto de la creación, que consiste precisamente en ser la única criatura creada por las manos del Creador como su imagen.

Dios al crearnos, nos crea para que seamos felices, para que por medio de la creación seamos capaces de reconocer su amor y podamos entablar una relación personal con Él y hacernos así sus amigos; pero la amistad necesariamente implica una libertad de elección, ahí entra la libertad con la que Dios nos crea, dándonos así dos posibilidades de “*que el hombre no lo elija o que lo elija y lo rechace. Ya que sin elección no hay amistad, y sin libertad no hay elección.*”<sup>96</sup> El hombre al inicio fue creado en un sentido de amistad hacia su Creador.

Entonces es en los primeros capítulos del Génesis en donde logramos descubrir toda la concepción bíblica del hombre, el cual fue creado como un ser racional con voluntad propia; en otras palabras, con la capacidad de poder razonar y elegir, este es el reflejo de la inteligencia y de la libertad de Dios puesta en nosotros desde un principio.

La “imagen de Dios”, por consiguiente, parece indicar a un ser capaz de dialogar con Dios, es decir, de entrar en relación “personal” con Él, relación de *conocimiento* y de *amor*, relación que supone escuchar una llamada y responder a ella mediante un compromiso libre.<sup>97</sup>

Al ser creados a su imagen podemos acceder a una relación de diálogo con Dios, el mismo que estará marcado por un profundo sentido de amistad, amor, conocimiento y unidad hacia Él; con todo esto lo que Dios hace es dejar en manos del ser humano la capacidad de buscarlo y de relacionarse consigo, eliminando así cualquier posibilidad de que este dialogo-encuentro sea entendido como algo que nos viene impuesto por Dios. Su único deseo es que podamos responder a su llamada desde nuestra propia elección.

---

<sup>96</sup>Golub, Ivan, *El Último día de la Creación*, Salamanca, Ed. Sígueme, 2004, p. 36.

<sup>97</sup>Gastaldi, Italo, *Aproximaciones Filosófico Teológicas al Misterio del Hombre*, Cuenca, Don Bosco, 1979, p. 152.

La verdad de la relación personal con Dios es la definición del hombre, el modo en el cual el hombre es. El es un hecho existencial de relación y comunión, es persona (prósopon); esto significa que tiene el rostro hacia alguien o hacia algo, está de frente a alguien o a algo (“en relación”). La naturaleza humana creada en su realidad personal está de frente a Dios, existe en relación a Dios. El hombre tiene, con su Señor un íntimo, vital, natural vínculo que Dios ha grabado en él. Esto significa que este último permanece en vida en la medida en que permanece unido a su Señor, alimentándose de Él.<sup>98</sup>

### 2.1.1 *La auténtica libertad como imagen de Dios*

Ordinariamente la libertad ha sido entendida como aquella capacidad que tiene el ser humano de elegir entre dos opciones, esta opción de elección principalmente se encuentra marcada por nuestro querer y gusto, es decir, que inclinamos la balanza por lo que más nos gusta, por lo que se nos presenta como más apetecible.

Esta idea de libertad aparece como bastante limitada, y por tanto se hace necesario acudir a un concepto mucho más amplio y preciso de libertad que sería entenderla como aquella “*facultad entitativa consistente en la amplitud que posee la persona para disponer de sí en orden a su realización*”<sup>99</sup>. La libertad no quiere decir que puedo hacer lo que quiera; en el sentido pleno de la palabra, significa más bien que debo llegar a ser lo que soy. Poder alcanzar mi autenticidad, es decir, llegar a mi verdadera identidad de hombre.<sup>100</sup>

Por lo tanto, se deja a su mano el realizar las diversas posibilidades históricas de sí mismo, para encontrar ahí la acuñación de su esencia. Renunciar a esta libertad sería renunciar a ese constitutivo esencial del hombre y, en último término, renunciar a sí mismo.<sup>101</sup>

La auténtica libertad, consiste en esa orientación fundamental del ser humano hacia el Bien Absoluto, el cual abarca dentro de sí todas las propiedades del ser – orden, unidad,

---

<sup>98</sup> Cfr. Mariani Andrea, *Agire morale e vissuto spirituale L'uomo: nuova creatura in Cristo*, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 2004, p. 178. (La traducción es mía).

<sup>99</sup> Ruiz de la Peña, Juan Luis, *Imagen de Dios*, Santander, Sal Terrae, 4ª edición, 1988, p. 187.

<sup>100</sup> El Catecismo de la Iglesia Católica resume la esencia de la libertad diciendo: 'La libertad es el poder, radicado en la razón y en la voluntad, de obrar o de no obrar, de hacer esto o aquello, de ejecutar así por sí mismo acciones deliberadas. Por el libre arbitrio cada uno dispone de sí mismo. La libertad es en el hombre una fuerza de crecimiento y de maduración en la verdad y la bondad. La libertad alcanza su perfección cuando está ordenada a Dios, nuestra bienaventuranza' (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1731).

<sup>101</sup> Rahner, Karl, *Diccionario Teológico*, Barcelona, Ed. Herder, 2ª edición, 1970, p. 387.

perfección, fin, y ser apetecible – solamente en la orientación hacia ese Bien podremos comprender que *“la verdadera libertad es signo eminente de la imagen divina en el hombre”* (G.S. 17). Esta imagen del hombre llegará a ser verdadera cuando finalmente libre de cualquier atadura pueda amar infinitamente, optando de entre todos los bienes existentes Aquel (Dios-Amor) que le permita plenificarse, en palabras de Santo Tomás: *“la espiritualidad del hombre le abre hacia el horizonte de la posesión del bien total, del bien Sumo: Dios, por el conocimiento y el amor”*.<sup>102</sup>

Una de las características de los seres vivos es la tendencia a crecer y desarrollarse hasta alcanzar su *telos*, que significa al mismo tiempo fin y perfección. Es por eso que el hombre podrá llegar a ser lo que es, cuando por medio de su libertad opte por aquel bien que lo complete, lo desarrolle y lo lleve a su plenitud. Por tanto, en la medida en que el hombre se acerque a su Bien final, más perfecto y más hombre será.

Es por ello que para alcanzar nuestra perfección es necesario que nuestra libertad tienda hacia aquello que nos humaniza. Es por esto que la salvación traída por Cristo no suprime nuestra condición humana, sino que busca devolver *“una comunión intensa con Dios, que nos sitúe en nuestra verdadera condición, condición que el pecado nos está invitando continuamente a dejar”*<sup>103</sup>. El pecado de Adán revela con crudeza esta realidad, en donde el hombre trata de llegar a ser algo que no es, trata de llegar a ser Dios pero sin optar por su Bien final.

*“No se llega a Dios desapareciendo como hombre para parecerse a lo que es Dios. Se acerca uno a Dios pareciéndose cada vez más a su propia humanidad, profundizando en ella”*<sup>104</sup>. Jesucristo, el Verbo de Dios, al encarnarse muestra con exactitud esta idea. Es por eso que nuestra auténtica libertad no debe buscar eliminar aquello que nos hace hombres, ni mucho menos puede caer en una dicotomía del ser humano; una auténtica

---

<sup>102</sup> La verdadera felicidad del hombre se encuentra en la contemplación de Dios por la inteligencia y el amor a El mismo, por la voluntad. Es por ello que en la vida mortal el hombre jamás alcanzará la felicidad completa – su fin último –. Sin embargo, el hombre ya en esta vida puede alcanzar a un anticipo de esa felicidad perdurable. Labake, Julio Cesar, *El hombre, la libertad y los valores*, Buenos Aires, Ed. Bonum, 1989, p. 81.

<sup>103</sup> Le Du, Jean, *Salvación y Lenguaje*, Madrid, Ed. Marova, 1975, p. 47.

<sup>104</sup> *Ibíd.*, p. 56.

libertad debe de ser aquella que afirmando nuestros límites nos permita ser verdaderamente hombres.

La libertad es el poder de obrar bien, lo mismo que el entendimiento es la voluntad de conocer la verdad. La posibilidad de obrar mal no es de la esencia de la libertad, lo mismo que la posibilidad de engañarse no es de la esencia del entendimiento, lo mismo que la posibilidad de estar enfermo no es de la esencia de la salud.<sup>105</sup>

Finalmente habría que decir que la libertad es un don de la creación, y que pertenece a la existencia espiritual del hombre. Porque no hemos sido organizados y predeterminados según un modelo concreto. Sino que *“la libertad existe para que cada uno pueda diseñar personalmente su vida y, con su propia afirmación interna, recorrer el camino que responda a su naturaleza.”*<sup>106</sup> La libertad auténtica del ser humano se encuentra en la obediencia al Plan de Dios; no puede haber libertad fuera de esta, sino solo dentro.

Los 10 mandamientos nos orientan hacia el amor. Porque la verdadera libertad está en el amor, en el vivir amando. Esta es la suprema libertad. Quizás los mandamientos del Antiguo Testamento no son aun plenamente orientados hacia el amor – Jesús los resumirá con el “mandamiento del amor” – pero ya están en la línea del amor, son orientados hacia el amor (...) El mandamiento, que aparentemente parece delimitar, circunscribir, incluso en cualquier caso sofocar la libertad – en realidad se revela como amigo de la libertad.<sup>107</sup>

Y esto es así, al punto de poder afirmar que cada nueva ley que aprendemos no es que nos haga menos libres, sino todo lo contrario nos hace plenamente libres. Por ejemplo: Para conseguir volar, primero es necesario aprender las leyes de la gravedad, de las corrientes de aire y de los cuerpos. Es por ello que tanto leyes físicas como leyes morales están dirigidas a mantener una armonía dentro de la creación.

### 2.1.2 *La caída y la deformación de nuestra imagen*

En el libro del Génesis se narra cómo el primer hombre – creado a imagen y semejanza de Dios – fue no solamente bueno, sino también constituido en amistad con su

---

<sup>105</sup>Evely, Louis, op. cit., p. 85.

<sup>106</sup> Ratzinger, Joseph, *Dios y el mundo*, Stuttgart, Ed. Círculo de Lectores, 2000, p. 88-89.

<sup>107</sup> Mariani Andrea, *Dieci Parole per un camino di gioia*, Bologna, Ed. Dehoniane Bologna, 2007, p. 25. (La traducción es mía).

creador y en armonía consigo mismo y con el resto de la creación; amistad y armonía que solo serían superadas por la gloria de la nueva creación en Cristo.

Sin embargo, esta armonía originaria de la cual nos habla el relato del Génesis pronto se verá trastocada en su interior a causa de la irrupción del mal dentro de la historia, “*presentándose esencialmente como lo que no había estado previsto. Como una sorpresa.*”<sup>108</sup> El mal es lo más irracional que pueda existir, no tiene razón de ser dentro de la obra de Dios bueno.

El relato bíblico no identificará el origen de este mal ni en Dios ni en el hombre, sino en un personaje nuevo, la serpiente. El engaño de este personaje es notable, ya que no ataca de frente, sino que acusa al Creador esperando una reacción en el hombre. La serpiente se encarga de mostrar una idea errónea de Dios, lo revela como un ser mentiroso y envidioso que en realidad se reserva los verdaderos bienes solo para Él.

Por su carácter demoníaco, el mal se revela de hecho como algo más que un simple “obstáculo”, como un *ordo desordinis*, un orden del desorden. El mal tiene este carácter metafísico (y no simplemente moral o estético) de concernir el destino: des-orienta al hombre nada menos que a propósito de su finalidad. Lo des-finaliza, porque intenta (en todos los sentidos de la palabra) de orientarlo de sorpresa en un orden que no es el de su destino divino.<sup>109</sup>

El Concilio Vaticano II reflexionando sobre la actual situación del ser humano, que tras el pecado de Adán siente una división en lo más hondo de su ser: “El hombre (...) cuando examina su corazón, comprueba su inclinación al mal y se siente inmerso en muchos males que no pueden tener origen en su buen Creador. Al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompe el hombre la debida subordinación a su fin último y también toda su ordenación, tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás y con el resto de la creación (...). Toda la vida humana, la individualidad y la colectividad, se presenta como una lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas” (G.S. 13).

Es a partir del primer pecado del hombre que podemos contemplar por primera vez cómo el ser humano, apenas traído a la vida por la acción creadora divina, quiere vivir en

---

<sup>108</sup> Gesché, Adolphe, op. cit., p. 47.

<sup>109</sup> Gesché, Adolphe, op. cit., p. 54.

modo autónomo, independientemente del Creador, incluso él quiere ser aquel que determina lo que es bueno y lo que es malo, rechazando su naturaleza humana como naturaleza creatural y erigiéndose como árbitro único de su destino.

En este pecado, el hombre dejó morir en su corazón la confianza hacia su Creador y abusando de su libertad desobedeció al mandamiento de Dios. En adelante todo pecado será una desobediencia a Dios y una falta de confianza en su bondad, es decir, el hombre se prefiere a sí mismo en lugar de Dios y por ello desprecia a Dios: hizo elección de sí mismo contra Dios. Contra las exigencias de su estado de criatura, y por tanto, contra su propio bien.

Además el pecado pone al hombre contra su Creador y en un cierto sentido contra sí mismo, contra su naturaleza. Para hacer esto, el hombre debe de recurrir a los mismos talentos que Dios le ha dado, a la inteligencia y a la voluntad, pero desfigurándolos. Se trata de un acto de rebelión a Dios, es un acto de desobediencia al mandato del Creador, es un acto de desconfianza hacia Dios.

La desobediencia es una ruptura de la alianza originaria con Dios, la cual aparece más fuerte aun cuando los mandamientos que Dios da al pueblo de Israel a través de Moisés son incumplidos y olvidados tantas veces durante la historia del pueblo elegido. Los mandamientos como subraya san Pablo (Rm 2, 14-15), reflejan las exigencias mismas del corazón del hombre, de su naturaleza. La ley natural (*lex naturae*) no es por esto una imposición limitante a la naturaleza humana que le viene de fuera para oprimirla. Ella es más bien la garante de su plena realización en la libertad.<sup>110</sup>

Con el pecado, el hombre se deshumaniza, desfigurando su imagen original: “El pecado es una disminución para el propio hombre, en tanto que ello le impide alcanzar su propia plenitud” (G.S. 13). Cuando el hombre se rebela contra Dios, él termina por perderse también a sí mismo. El pecado introduce en el alma del hombre la no verdad no solo sobre las cosas, sino sobre Dios y sobre sí mismo. El hombre en pecado no se conoce más con objetividad de la luz que emana del Creador sino con la subjetividad deformada del propio egoísmo. Esta es la verdadera alienación del hombre: el pecado.<sup>111</sup>

---

<sup>110</sup> *Ibíd.*, p. 128-129.

<sup>111</sup> Cfr. Barrajon, Pedro, *Il peccato originale*, Roma, Libreria Editrice Vaticana, 2005, p. 129-130. (La traducción es mía).

Antes de que el pecado entre en escenario el hombre poseía ciertos dones que, sin ser sobrenaturales, perfeccionaban la naturaleza humana y que han sido llamados dones preternaturales: el don de la impasibilidad o exención de sufrimientos; el don de la inmortalidad; el don de ciencia o conocimiento infuso de verdades, tanto naturales como sobrenaturales; y el estado de rectitud, o sea de exención de la concupiscencia.<sup>112</sup>

La Revelación enseña que el hombre, en virtud del pecado original, perdió la gracia santificante, y con ella los dones preternaturales que le estaban ligados: Quedó sujeto a los sufrimientos y a la muerte; su inteligencia se oscureció; despertó la concupiscencia, disminuyó así su libre albedrío.<sup>113</sup> (cfr. Sb 2,23; Rm 6,23). *“Por el pecado original el hombre se encuentra en un estado similar al que se encontraría si Dios hubiera creado al hombre sin el don sobrenatural de la gracia santificante y sin los dones preternaturales”*<sup>114</sup>

El hombre al perder los dones preternaturales no dejó de ser hombre. Sin embargo, sin el don de la impasibilidad, el hombre quedó sujeto al sufrimiento. Sin el don de la inmortalidad, el hombre quedó sometido a las garras del pecado. Sin el don de la ciencia, el hombre quedó solamente con los recursos propios de su naturaleza, para ir aprehendiendo y apoderándose de la verdad. Sin el don de rectitud o exención de la concupiscencia, el hombre quedó a merced de los impulsos desordenados de los sentidos.

Las consecuencias serán inmediatas y espantosas. El Catecismo de la Iglesia Católica lo expresa así: “La armonía en la que se encontraban, establecida gracias a la justicia original, queda destruida; el dominio de las facultades espirituales del alma sobre el cuerpo se quiebra; la unión entre el hombre y la mujer es sometida a tensiones; sus relaciones estarán marcadas por el deseo y el dominio. La armonía con la creación se rompe; la creación visible se hace para el hombre extraña y hostil. A causa del hombre, la creación es sometida a la servidumbre de la corrupción. Por fin, la consecuencia explícitamente anunciada para el caso de desobediencia se realizará: el hombre ‘volverá al polvo del que fue formado’. La muerte hace su entrada en la historia de la humanidad.”<sup>115</sup>

---

<sup>112</sup> Cfr. Ídem.

<sup>113</sup> Domenge, Enrique, *¿Por qué existe el mal?*, México, Ed. Jus, 1971, p. 148.

<sup>114</sup> Ibañez, Javier & Mendoza, Fernando, *Dios creador y enaltecedor*, Madrid, Ed. Palabra, 1984, p. 334.

<sup>115</sup> CCE 400

### 2.1.3 *En búsqueda del sentido de nuestra Libertad*

El hombre tras el pecado, no pierde su libertad, sino que se encuentra debilitada y confundida; es por eso que necesita de la gracia, que como veremos más adelante, permite elevar esta naturaleza debilitada. Pues bien, desde la creación el hombre ha estado llamado a plenificarse a partir de su libertad, es decir, desde aquellas decisiones que vaya tomando a lo largo de su vida. Cada acto que realice tendrá consecuencias en su esencia, entonces la libertad es una de las principales características otorgadas por Dios, la cual le permite al ser humano verdaderamente realizarse.

El hombre, ser-en-el-tiempo, no puede realizarse de golpe, en un único acto totalizante, sino que ha de ir haciéndose sucesivamente. Al ser humano le atañe la condición itinerante: es *homo viator* – el hombre que sigue un camino, designando con ello el estado dinámico de un ser que todavía no es, que aun está estructurado en una exigencia de consumación, de perfección y de total verificación.<sup>116</sup> “*La simbología del viaje-viajero humano es el deseo de redescubrir sus orígenes, la verdad de sí: el hombre es un caminante, un peregrino, un nómada*”<sup>117</sup> –. Para esto le es dada la libertad: para llegar a ser lo que tiene que ser. La libertad es, pues, ante todo, una facultad entitativa, que debe ser orientada a la construcción de la identidad personal.

Por eso, muy a menudo suele describirse la libertad como aquella capacidad de auto-conducirnos hasta nuestra propia perfección o plenitud; como el poder de llegar a ser mejores, de hacernos personas cabales, cumplidas, etc. Sin embargo, esta libertad incluye un riesgo ontológico: la posibilidad de una negación interna, porque traicionando a mi esencia original puedo llegar a ser lo que no soy.

Por tanto, la libertad es la realización de la persona. No se puede tomar como algo externo. Es la misma manera de esenciabilidad, es la experiencia de nuestro ser y que hacer, donde comprobamos su existencia y su calidad de capacidad humana. Es la libertad de realización personal en la que el proyecto que soy como persona se desenvuelve como tarea y que va orientando mi tensión del “deber ser”. Esta libertad es la autorrealización humana porque no es una facultad más sino la afirmación del carácter absoluto de la persona.<sup>118</sup>

---

<sup>116</sup> Cfr. Pieper, Josef op. cit. p. 134.

<sup>117</sup> Mariani, Andrea, *Uomo, dove sei?*, Roma, Ed. If Press srl, 2012, p. 20. (La traducción es mía).

<sup>118</sup> Santacruz, Efrén, *La Antropología Fundamental la Ética*, Quito, Ed. Tierra Nueva, 2001, p. 57.

Y es únicamente entonces, al darnos cuenta que con la libertad ponemos en juego nuestro propio ser, naturaleza, esencia y trascendencia; cuando empezamos a comprender la grandeza de este atributo otorgado por Dios, pero al mismo tiempo el enorme riesgo que lleva consigo. Pues si gracias a nuestra condición libre gozamos del privilegio de alcanzar la cumbre de nuestra condición humana, también por medio de ella podemos perder el verdadero sentido de nuestra auténtica libertad.

Es por ello que la vida, el mundo y cada uno de los actos realizados por el hombre dentro de su existencia, no son superficiales ni accidentales para el destino final del hombre. Sino que más bien se integran plenamente en el hecho básico de su caminar, y en la dirección fundamental de su peregrinar.<sup>119</sup>

El ser humano, por su condición de ser-en-el-cosmos, asocia su hábitat a su propia historia (de divinización) y deja en él las huellas de sus relaciones con Dios. La correspondencia hombre-mundo llegará a sus últimas posibilidades en la escatología, cuando los dos polos serán plenamente armonizados. Lo bueno que haya construido el hombre permanecerá, purificado y perfeccionado (cf. GS 39). En consecuencia, los cristianos, lejos de desentenderse de la construcción de un mundo digno, deben trabajar confiados en que sus obras permanecerán.<sup>120</sup>

Dios por tanto, creando al hombre libre, lo pone en grado de darle una respuesta, se trata del encuentro entre dos personas: Dios que llama y el hombre que responde. El hombre, entonces, es libre de unirse a la verdad y actuar bien: solo de esta manera la libertad se expresa en su plenitud; una elección es buena cuando contribuye a la realización de la persona, es decir, cuando corresponde al verdadero Bien que sacia el corazón del hombre que no puede ser satisfecho con bienes parciales y provisionarios.

En definitiva, el ser humano tal y como se presenta, se encuentra aún en proceso de realización personal, dicho proceso lo tendrá que descubrir y recorrer él mismo con la ayuda de la gracia que le es otorgada por Cristo, hasta llegar a alcanzar aquella verdadera finalidad (Dios) hacia la cual todo su ser tiende necesariamente. *“Dios quiere ser fin de una manera que trascienda radicalmente las fuerzas naturales del hombre: “la visión beatífica” cara a cara, amistad que se basa en una comunión de vida y bienaventuranza eterna por gracia”*<sup>121</sup>

---

<sup>119</sup> Cfr. Alcívar, José, *Escatología balance y perspectivas*, Madrid, Ed. Cristiandad, 2001, p. 40.

<sup>120</sup> *Ibíd.*, p. 46.

<sup>121</sup> Meis, Anneliese, *op. cit.*, p. 373.

## 2.2 Jesucristo como acontecimiento salvador del hombre

El ser humano, a causa del pecado ha desfigurado su imagen original, la cual se ha visto deformada, herida y ofuscada. El pecado viene a herir la naturaleza del hombre, provocándole una división en su interior entre cuerpo y espíritu, inteligencia y voluntad, razón y emoción; tan serio es el pecado que incluso su relación con Dios, consigo mismo y con el resto de la creación no será la misma. El pecado es el mayor atentado que se podía cometer a la humanidad, ya que nos desvía de nuestro proyecto original, de nuestra finalidad y perfección.

El pecado de Adán despojó al hombre de los dones preternaturales y de la gracia santificante con la que fue creado. Pues bien, *“Jesucristo Redentor nos devuelve el más importante de esos dones, esto es, la gracia santificante, pero no la inmortalidad, ni la inmunidad de la concupiscencia. Estas persisten aun después de haber sido perdonado el pecado original, aunque no ya como pena o castigo, sino como oportunidades para ejercitar la virtud.”*<sup>122</sup>

Lo que antes sólo era una barrera enigmática y un obstáculo insalvable, encuentra su respuesta en la fuerza del perdón divino. Ello hace que nuestras obras, nuestra vida, nuestro comportamiento no sean insignificantes, pero los sitúa en otro contexto, presentándonos con ello un modelo de vivir la fe que, al acompañar a Cristo por así decirlo, constituye también la forma de superar esas alteraciones.<sup>123</sup>

Es por ello que, nuestra naturaleza herida exigía ser sanada; desgarrada, ser restablecida; muerta, ser resucitada. Era necesario volver al bien, saliendo de las tinieblas en las que nos encontrábamos volver a la luz.<sup>124</sup> El hombre necesita ser salvado y recuperar su imagen original. Dios que ama al hombre, le ofrece tal salvación en su Hijo Unigénito Jesucristo, que con su muerte y resurrección ha vencido el pecado y la muerte comunicándonos su propia vida, *“Jesús no nos ha traído bienes, por grande que podamos pensarlos, que sean ajenos a su persona. Es él mismo el que, con su venida al mundo, trae toda la novedad”*<sup>125</sup>. La resurrección y glorificación de Cristo – verdadero Dios y verdadero hombre – muestran la perfección de la naturaleza humana asumida y por ello son causa de nuestra plenitud.

---

<sup>122</sup> Ibañez, Javier & Mendoza, Fernando, op. cit., p. 334.

<sup>123</sup> Ratzinger, Joseph, op. cit., p. 82

<sup>124</sup> Cfr. C.C.E. 457.

<sup>125</sup> Ladaria, Luis F., op. cit., p. 14.

Porque él ha muerto y ha resucitado podemos también nosotros pasar, con él y como él, de la muerte a la vida. La salvación y la plenitud del ser humano son la participación en la gloria de Cristo, la que posee en la humanidad que ha asumido en su Encarnación y de la cual no se ha desprendido ni nunca se desprenderá. Para toda la eternidad el Hijo de Dios existe como Dios y hombre, como Hijo eterno del Padre y como Cabeza de la humanidad.<sup>126</sup>

La mancha que el pecado imprimió en la “Imagen de Dios”, con sus inevitables consecuencias negativas en la vida personal e interpersonal, es borrada por la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. Resurrección que será atestiguada por medio de las numerosas apariciones del Resucitado a sus discípulos, testimonio que de no ser real hubiera sido impensable e imposible. ¿Se hubieran atrevido los discípulos a anunciar semejante cosa tan llena de riesgos (el retorno a la vida de un Maestro que ha sido traicionado), tan desafiante (la rehabilitación del Mesías condenado por las autoridades), con tal audacia y esperanza, incluso contagiosa, si todo hubiera terminado efectivamente en el fracaso absoluto de la cruz y si, además, el cuerpo del difunto, a no ser que se lo hubieran llevado (lo que hubiera terminado por saberse y no podría fundar la esperanza pascual), estuviera descansando siempre en la tumba?<sup>127</sup>

La resurrección de Jesús no significa un simple retorno a la vida presente, a la manera de las “resurrecciones” que relatan los evangelios. Éstas son más bien “reanimaciones” portadoras de esperanza, pero efímeras. Lázaro, la hija de Jairo y el hijo de la viuda de Naím retornaron a esta vida por un tiempo, porque luego volverán a morir. La resurrección de Cristo es diferente. Su resurrección es una entrada definitiva en una condición nueva y gloriosa de vida. “Sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, no vuelve a morir, la muerte no tiene ya dominio sobre él” (Rm 6,9).

Además, es gracias a la humanidad de Jesús que el Espíritu se acostumbra a habitar entre los hombres: “Por esta razón descendió el Espíritu Santo también sobre el Hijo de Dios hecho hijo del hombre: con él se habituaba a habitar en el género humano y a reposar sobre los hombres y a habitar en la criatura de Dios. Realizaba en ellos la voluntad de Dios y los renovaba haciéndolos pasar de la vejez a la novedad de Cristo.” El Espíritu que se ha habituado en Cristo a habitar en la humanidad ahora puede habitar también en nosotros.<sup>128</sup>

---

<sup>126</sup> *Ibíd.*, p. 14.

<sup>127</sup> Léonard, André-Mutien, *Juntos por los caminos de Europa*, Ciudad del Vaticano, Consejo Pontificio para Laicos, 1999, p. 142.

<sup>128</sup> Cfr. Ladaria, Luis F., *op. cit.*, p. 108-109.

Se trata, a este punto, de recomponer en el Espíritu Santo, aquella imagen destruida por el pecado introduciendo de nuevo el hombre en Cristo. *“El Espíritu Santo es el vínculo entre la “salvación” de Jesús y la nuestra.”*<sup>129</sup> Es gracias a la unidad del Espíritu que podemos ser introducidos en los misterios de Cristo resucitado: para poder así morir con él, ser sepultados con él, resurgir con él y vivir como él. El cristiano se convierte en Cristo en un “hombre nuevo” (Col 3,9-10; Ef 4,21-24), que habla con sus palabras, ama con su amor, perdona con su perdón, consuela con su consolación.

A través de Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, Dios nos “dice” – y realiza – la Alianza definitiva entre Dios y el hombre, la unión indisoluble de Dios con la humanidad. Es como si nos “dijera”: “Yo, tu Dios, me he vuelto lo que tú eres, un hombre, para que tú, simple criatura humana, tengas parte en la vida misma de Dios. Me he hecho hombre para que tú te vuelvas Dios. Mi amor te abre una esperanza loca. Pues formas parte de mí para la eternidad. Ya no puedo ser feliz sin ti. Ten confianza: el hombre tiene todas las posibilidades de triunfar, pues él y yo somos una sola cosa en Jesús”.<sup>130</sup>

### 2.2.1 *Gracias a Jesucristo somos justificados*

Dios por medio de la pasión de Cristo, nos ha hecho justos y ha puesto de nuevo a nuestro alcance la gracia santificante y las gracias actuales ampliamente suficientes para que podamos salvarnos. Con su vida y obras nos ha enseñado lo que debemos hacer, para nuestro bien y el de los demás. Nos ha dejado además a su Iglesia, cuya finalidad consiste en anunciar a Jesucristo, muerto y resucitado, quien está vivo y presente en medio de nosotros aquí y ahora (Kerigma cristiano). *“La justificación entraña, por tanto, el perdón de los pecados, la santificación y la renovación del hombre interior.”*<sup>131</sup> Tenemos pues de nuevo todos los medios para llegar a nuestro fin último que es Dios, en quien encontraremos la felicidad.

Pues bien, es difícil pensar un proyecto de auto-justificación del hombre por el hombre, ya que al encontrarnos en situación de pecado, somos culpables, *“nuestra libertad humana es siempre una libertad situada”*<sup>132</sup>, es decir que aun se encuentra sometida a condiciones económicas, psicológicas, sociológicas, etc. A esto se le puede añadir nuestra

---

<sup>129</sup> *Ibíd.*, p. 109.

<sup>130</sup> Léonard, André-Mutien, *op. cit.*, p. 147.

<sup>131</sup> C.C.E. 1989.

<sup>132</sup> Kasper, Walter, *El Dios de Jesucristo*, Salamanca, Ed.s Sígueme, 2011, p. 189.

finitud, *“la muerte es un signo de que todas las tentativas humanas de acabar con la desgracia son fragmentarias y están destinadas al fracaso.”*<sup>133</sup> El hombre que busque justificarse a sí mismo eliminando a Dios del escenario de liberación, terminará por convertirse en aquel fariseo que al ir al templo, ora de pie, confía en sus propias obras y menosprecia a los demás. El propio Jesús terminará esta parábola diciendo que con una actitud así nunca seremos justificados (Cfr. Lc 18,9-4).

El hombre al ser incapaz de purificarse por sí mismo y de merecer el perdón, solo puede purificarse en Dios, Él nos ama aun cuando somos pecadores; Él nos hace gratuitamente justos infundiendo en nosotros su justicia. Alcanzados por ese amor, actuamos, haciendo obras buenas pero no sin Dios ni para ponerle de nuestra parte; sino como expresión de un amor que nos sobreviene sin esperarlo. Hacemos obras buenas y combatimos las fuerzas del mal no tanto para que Dios nos ame, sino como efecto de que Dios nos ama y nos acepta incondicionalmente.

La justicia justificante de Dios es una actividad salvífica de Dios, que comunica a los hombres la justicia. Se trata pues de una poderosa intervención en nuestra existencia pecadora que termina con un cambio total de nuestra situación. Somos justificados por la palabra eficaz de Dios. La Revelación según San Pablo no es una noción estática, sino una acción manifestativa, pues alguien, Dios, sale adelante y se manifiesta activamente; interviene en la escena donde está actuando el hombre haciéndose asequible al hombre.<sup>134</sup>

Gracias a la justificación somos arrancados de la oscuridad del pecado y podemos ver a Dios como un Padre y no como un juez, de la desconfianza pasamos a la confianza, es la experiencia cristiana de gracia. Cuando uno comprende que es amado y aceptado por Dios siempre, se siente querido, tiene valor y sentido su existencia; no necesita obras para justificarse, sino que actúa porque está justificado, porque le sale de dentro ser justo y hacer el bien más allá incluso de todo lo mandado.

Ahora bien, es necesario creer que somos justificados por Cristo, la fe del hombre es la prueba de que el Evangelio ha ejercido su poder en este hombre. Es el poder del Evangelio el que hace posible el creer; el poder salvador del Evangelio se despliega, entonces, suscitando la fe. *“La fe, pues, constituye al hombre en relación adecuada con*

---

<sup>133</sup> *Ibíd.*, p. 189.

<sup>134</sup> Meis, Anneliese, *op. cit.*, p. 208.

*Dios*<sup>135</sup>. La justicia de Dios queda determinada por la fe en Jesucristo, que es mirar a Cristo, encomendarse a Cristo, unirse a Cristo, conformarse a Cristo, a su vida, a su amor; además esta fe es universal, ya que en Él no hay diferencia entre judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer.

Los hombres son justificados por medio de la redención de Cristo, nosotros antes estábamos dominados por el mal y la muerte, pero ahora hemos sido rescatados por la sangre de Cristo. En el A.T. se realiza el rito de la expiación a través de la sangre, en la que está el alma, que se derrama. Cristo es “instrumento de propiciación” en este sentido: es el sacerdote y la víctima y, como tal, instrumento de propiciación por su propia sangre; y esto “mediante la fe”. Es importante tomar en cuenta la forma brusca de la frase: toda la eficacia de la muerte de Cristo se da a través de la fe. No puede haber un perdón de los pecados en forma mágica, sino que debe haber acogida en la fe.<sup>136</sup>

Por tanto, la justificación no puede ser una simple imputación exterior de los méritos de Cristo a los hombres pecadores, sino que es una íntima transformación en su unión, mística pero real, con Cristo. En la obra de la salvación todo es de Dios; y es de Dios, como primer principio de toda obra salvífica, incluso la misma cooperación del hombre, de modo que no es posible distinguir, en esta obra, una parte que sea exclusivamente de Dios y otra parte que sea exclusivamente del hombre.

La justificación del hombre se realiza en el don del Espíritu Santo que nos une con Cristo resucitado y nos hace partícipes de su misma vida. El hombre ya no está muerto, ya no es impotente. No es solamente objeto del amor divino. Sino que él mismo ama y vive en él. Es el impulso del amor mismo de Cristo el que nos empuja (2 Cor 5,14) y nos mueve; y precisamente porque somos hijos de Dios (Rom 8,14).<sup>137</sup>

### 2.2.2 *El amor como acontecimiento salvador*

“Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn. 4,16), con estas palabras de la *Primera carta de Juan* el Papa Emérito Benedicto XVI iniciaba su carta encíclica *Deus Caritas Est – Dios es amor –*, frase que sin lugar a dudas expresa con claridad el núcleo de la fe cristiana, la imagen de Dios e incluso nuestra propia

---

<sup>135</sup> *Ibíd.*, p. 209.

<sup>136</sup> *Ibíd.*, p. 211.

<sup>137</sup> Cfr. Barsotti, Divo, *op. cit.*, p. 306-309.

imagen.<sup>138</sup> Imagen que como vimos, a pesar de ser desfigurada por el pecado, no agotará la voluntad de amor de Dios hacia su creación.

El tema del amor de Dios ocupa un puesto central en el mensaje cristiano, su originalidad reside precisamente en el concepto y en la naturaleza de este amor; se trata de la manifestación del amor de Dios no se realiza por medio de una enseñanza, sino por medio de una entrega sin reservas.

De este amor nos dice el Nuevo Testamento cómo ha llegado a realizarse. Dios se ha hecho hombre, Dios se ha comunicado, se ha dado verdaderamente. Ya no promete nada para un futuro lejano, sino que se entrega inmediatamente y se entrega hasta el fondo.<sup>139</sup>

El conocido antagonismo, formulado por B. Pascal, entre “el dios de los filósofos” y el “Dios Viviente”<sup>140</sup> marca una irreconciliable distancia entre las especulaciones filosóficas de Aristóteles, por ejemplo, y la invención cristiana del Dios de amor, como designio salvífico. El Dios de los cristianos es un Dios que siempre está dispuesto a perdonar por amor, no es el Zeus de Prometeo – dios de los griegos – quien tras sentirse ofendido encadenará a Prometeo y lo castigará eternamente por haberse atrevido a robar el fuego a los dioses.

Precisamente gracias al lazo de amor que existe entre Dios y el hombre se hace posible que este último sea salvado de las garras de la muerte, parafraseando a G. Marcel se podría decir que es Dios, quien dice al hombre: tú no morirás. Un pensamiento similar se puede descubrir en el salmista que confía en el Señor, quien no abandonará su alma en el Sheol, impidiendo que vea la corrupción (cfr. Sal 16,10).

Y sobre todo el amor es más grande que el pecado, que la debilidad, que la «vanidad de la creación», más fuerte que la muerte; es amor siempre dispuesto a aliviar y a perdonar, siempre dispuesto a ir al encuentro con el hijo pródigo, siempre a la búsqueda de la «manifestación de los hijos de Dios», que están llamados a la gloria. Esta revelación del amor es definida también misericordia, y tal revelación del amor y de la misericordia tiene en la historia del hombre una forma y un nombre: se llama Jesucristo.<sup>141</sup>

---

<sup>138</sup> Cfr. Papa Benedicto XVI, *Carta Encíclica Deus caritas est*, n. 1

<sup>139</sup> Barsotti, Divo, op. cit., p. 240.

<sup>140</sup> Cfr. D'Eugny, Anne, *Pascal en prière*, París, Ed. Labergerie, 1962, p. 17. (Traducido por Francisco Sánchez)

<sup>141</sup> Papa Juan Pablo II, *Carta Encíclica Redemptor Hominis*, Milán, n. 9.

El hombre no puede vivir sin amor, ha nacido por y para amar, sin este *sentimiento* su ser se vuelve incomprensible, su vida carece de sentido, es por ello que el hombre debe encontrarse con el amor, experimentarlo y hacerlo propio, participando vivamente en él. *“El amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios”*<sup>142</sup>.

El amor de Dios ha intervenido de una manera extraordinaria. No se ha contentado ahora con palabras fuertes, vigorosas y severas, ni con palabras tiernas, consoladoras, llenas de consejos, de los profetas, del salvador, de los apóstoles. Ha hecho algo que es mucho más fuerte que cualquier palabra: una acción, un acontecimiento histórico. Es en la Encarnación y en la cruz donde se revela el misterio de Dios, mostrando la imagen de un Dios no como lo esperamos, sino como verdaderamente Él es: porque Dios es Dios a su modo y no a nuestro modo. Y su modo es el amor.

Es Dios el que se revela en Cristo, es Dios el que se entrega en Cristo; y esa entrega y esa revelación de Dios se agotan en la muerte de Cristo. Dios no podría amarnos más; el acto de su amor es su propia muerte. El amor es ante todo entrega de sí mismo; y Dios se despoja en la Encarnación, se anula y se vacía de sí mismo en la muerte de cruz (Cfr. Fil 2, 5-8). *““Dios es amor” (1 Jn 4, 8). Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar”*.<sup>143</sup>

La muerte de Cristo es el comienzo absoluto, la creación verdaderamente nueva, creación de un amor que lo saca todo de la nada, del caos de la muerte y del mal. *“En el misterio de la Redención el hombre es «confirmado» y en cierto modo es nuevamente creado. ¡Él es creado de nuevo!”*<sup>144</sup>, ya no hay diferencias entre los hombres, todos somos uno en Cristo.

Con el misterio de la Pascua de muerte y resurrección, para el creyente ha nacido una nueva posibilidad, una nueva vida, una nueva consolación: “La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se

---

<sup>142</sup> Papa Benedicto XVI, op. cit., n. 39.

<sup>143</sup> Papa Benedicto XVI, op. cit., n. 12.

<sup>144</sup> Papa Juan Pablo II, op. cit., n. 10.

acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo” (Jn 16, 21); el amor de Jesús crucificado y resucitado genera consolación y alegría, allí donde había dolor y llanto. Por medio del misterio del dolor se cumple la liberación del hombre, que a través de la fe en Jesucristo, crucificado y resucitado, tiene de nuevo acceso al Padre. Existe por tanto un nexo inseparable entre dolor y amor, sufrimiento y glorificación, humillación y exaltación.

El dolor humano sufre una profunda transformación y se convierte en máxima expresión de don y de amor sobre el ejemplo de Cristo crucificado. Caminar detrás de Cristo significa caminar en el amor, tener sus mismos sentimientos, amar como él ha amado, hasta dar la vida por sus hermanos. Cristo, comunicando su propio Espíritu al hombre, entra con todo el amor de su muerte y resurrección en su existencia y éste la vive con él, más bien en él. El creyente es así llamado a seguir a Cristo en la humillación y en la gloria, en la cruz y en la resurrección. Paradójicamente, entonces, el dolor, en toda su profunda crueldad y amargura, puede convertirse en instrumento de amor y de gracia, de consolación y de alegría se conecta al mensaje de la cruz.<sup>145</sup>

Dios es grande en el amor y su Hijo es la historia del amor infinito del Padre. Es el Amor que toma la iniciativa para encontrar al hombre. Aquí está lo específico del Dios de Jesucristo: es Dios-Ágape el primero en hablar y a participar a favor del hombre con una alianza y una promesa plenamente realizada en su Hijo unigénito. Todos los sentimientos del corazón del Hijo – misericordia y perdón, compasión y paciencia, mansedumbre y gratuidad total de sí – son el reflejo de un sentimiento infinito: el amor; aquel amor que no es solo de Dios, sino que es Dios mismo.<sup>146</sup>

### 2.2.3 *Jesucristo, frente a las tres mascararas del mal*

Son muchas las maneras, figuras y metáforas que se han elaborado a lo largo de la historia para demostrar cómo somos redimidos por Cristo. Principalmente nos enfocaremos en tres, las cuales están directamente relacionadas con las figuras del mal que fueron presentadas en el capítulo anterior.

La primera de ellas está unida al nombre de Ireneo de Lyon, dicha doctrina se caracteriza por la teología de la recapitulación y sobre el vínculo que existe entre la

---

<sup>145</sup> Cfr. Mariani Andrea, *Dieci Parole per un camino di gioia*, op. cit., p. 25. (La traducción es mía).

<sup>146</sup> *Ibíd.*, p. 101.

encarnación y la salvación; se puede resumir en la siguiente fórmula: “*Cuando (el Hijo de Dios) se encarnó y se hizo hombre, recapituló en sí a todos los hombres, procurándonos la salvación compendiada, de suerte que lo que habíamos perdido en Adán, es decir, el ser a imagen y semejanza de Dios, lo recobrásemos en Cristo Jesús.*”<sup>147</sup> Se trata de mostrar cómo Dios movido por su inmenso amor hacia nosotros, asume nuestra condición humana para que nosotros nos hagamos lo que él es.

Por tanto, en Jesucristo, imagen del Dios invisible y hombre perfecto, lo humano y lo divino se encuentran, haciendo posible nuestra divinización; el Hijo de Dios se hace hombre para que el hombre unido al Verbo de Dios y recibiendo la adopción se hiciera hijo de Dios. “*Porque, ¿de qué manera podríamos unirnos a la incorrupción y a la inmortalidad si antes la incorrupción y la inmortalidad no se hubieran hecho lo que somos nosotros?*”<sup>148</sup>, es por ello que Ireneo acentuará el papel de la Encarnación del Hijo de Dios, que hace posible nuestra salvación y plenitud.

Nos acercamos a Dios porque él nos conoce previamente, podemos ir en pos de él porque nos enseña cómo hacerlo, lo buscamos porque él ya ha puesto en lo más hondo de nuestros corazones el deseo de encontrarle.<sup>149</sup>

Pues bien, el hombre tras el pecado de Adán, viene en un estado de in-acabamiento. Ireneo resalta más la idea de esta humanidad in-acabada y menos sobre el pecado, es por ello que Cristo por medio de su Encarnación toma de la mano al hombre para ayudarlo a madurar su libertad y conducirlo a su madurez espiritual. Cristo viene a recapitular esta humanidad in-acabada y darle su plena semejanza con Dios. El pensamiento de Ireneo puede ser resumido en el himno a los Colosenses 1,12-20 y en la carta a los Efesios: “para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra” (Efesios 1,10).

La idea de la recapitulación está marcada por un profundo optimismo, al punto de reducir al mínimo la distancia entre la humanidad y Dios. Insistiendo sobre lo in-acabado de la creación, se privilegia en cierto modo el *mal metafísico*, que sería una imperfección provisional de la creación. Cristo, segundo Adán, hombre “perfecto”, termina al hombre

---

<sup>147</sup> Chopin, C., *El verbo encarnado y redentor*, Barcelona, Editorial Herder, 1969, p. 186.

<sup>148</sup> Ladaria, Luis F., op. cit., p. 37.

<sup>149</sup> *Ibíd.*, p. 83.

original, el primer Adán. El mal metafísico será superado por la humanidad gracias a que Cristo ya lo ha hecho.<sup>150</sup>

Una segunda manera de presentar esta redención la tomaremos de san Anselmo, quien recurre a la satisfacción. Centrada en una concepción mucho más dramática de la existencia humana y de la salvación, presenta el pecado al centro de la idea de salvación, mostrando la existencia humana de una manera mucho más dramática, explica como a causa del pecado original, el hombre se encuentra en una situación desesperada, pues la ofensa que ha infligido a la majestad de Dios es tal que le es imposible dar una satisfacción a medida de la ofensa. Solo Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, puede reparar la ofensa a la majestad divina, pues nadie “puede” repararla sino Dios, y nadie “debe” hacerlo sino el hombre.<sup>151</sup>

Cabe una objeción o advertencia inmediata: ¿y por qué no sirve un perdón gratuito e incondicional de Dios? Se puede contestar que porque la culpa y sus efectos negativos sobre todo el desorden causado por ella, continuarían intactos; y de lo que se trata es no sólo de no condenar, sino de arreglar, de recomponer la vida y su funcionamiento... Por otro lado, un Dios ávido de venganza con la sangre de las víctimas, e incluso con la de su Hijo, resulta demasiado macabro para creer en él... La idea de la muerte salvadora debe de ser purificada de todo aquello que tenga que ver con una justicia punitiva y sanguinaria... Salvando las estrictas dimensiones jurídicas de esta teoría, lo que sobresale en ella es la libertad y voluntariedad amorosa de Jesús ofreciéndose para esta operación.<sup>152</sup>

La teología de la satisfacción al estar centrada en la ofensa, ahonda al máximo la distancia entre el hombre pecador y el Dios justo. Es así que la teología de la satisfacción no centra su reflexión sobre el mal metafísico, como lo había hecho la teología de la recapitulación, sino que lo hará a partir del *mal moral*. Dramatiza la situación humana insistiendo sobre el “precio” del rescate. Retiene sobre todo el lado oneroso de la muerte de Cristo: “Y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia” (Heb 5,8).<sup>153</sup>

Una última visión será presentada a partir de la liberación. La salvación se comprende entonces como un éxodo fuera de la esclavitud hacia la tierra prometida. Es así que a partir de una toma de conciencia de la dimensión colectiva del mal, surge principalmente en América Latina la llamada teología de la liberación. La alienación que

---

<sup>150</sup> Cfr. Neusch, Marcel, *El mal*, Bilbao, Ediciones Mensajero, 1992, p. 76

<sup>151</sup> Cfr. Chopin, C., op. cit., p. 196.

<sup>152</sup> De Mier, Francisco, *Salvados y salvadores*, Madrid, San Pablo, 1998, p. 136-137.

<sup>153</sup> Cfr. Neusch, Marcel, op. cit., p. 76.

sufre la humanidad no es solamente interior. Si el pecado está en el corazón del hombre, está primero en las estructuras sociales. La liberación aportada por Cristo atañe pues igualmente a la dimensión sociopolítica. Apoyándose sobre la manera como Cristo fue llevado a la muerte, víctima del sistema sociopolítico, la teología de la liberación piensa que, si su muerte es liberadora, es respecto de este sistema y respecto de todo sistema sociopolítico opresivo. Su resurrección da testimonio del compromiso de Dios por los oprimidos de la historia.<sup>154</sup>

En nuestros días percibimos que de lo que hay que salvar a la sociedad no es tanto del mal permanente (pecado, sufrimiento, muerte), sino de las situaciones concretas donde se expresa; sólo cuando se remedian esas fuentes o causas, la persona y la sociedad están verdaderamente salvadas. La salvación, por tanto, empieza liberando al hombre de esas condiciones antihumanas nacidas de pecados estructurales.<sup>155</sup>

En el fundamento de la teología de la liberación, no se encuentra una opción política, como se dice a veces, sino una interpretación teológica: la opción de Dios por los pobres. Es sensible ante todo al *mal físico*, a todos los sufrimientos y a todas las opresiones de las que ha sido víctima Cristo y de las que son hoy víctimas los pobres. “Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes” (Lc 1,52). Esta teología, esencialmente complementaria de las precedentes, insiste, como la teología de la satisfacción, sobre el pecado. Si tiene peligro de olvidar a veces la dimensión del pecado personal, tiene el merito de señalar su dimensión colectiva e indicar claramente quiénes son los verdaderos beneficiarios de la salvación. Además, evita hacer de la salvación una obra mágica en la medida en que ve en la práctica de Cristo la exigencia para el cristiano mismo de una práctica de liberación (Mt 25,35).

### **2.3 Esperanza de nuestra salvación**

Solamente gracias a la esperanza es que se nos asegura que Dios realizará el misterio de la plenitud para su creación, a pesar de la contingencia y fragilidad de las creaturas. En la esperanza el hoy se abre al horizonte de la eternidad y la eternidad viene a poner su tienda en el hoy; gracias a la esperanza, el tiempo cuantificado (que no nos basta nunca,

---

<sup>154</sup> Ellacuría Ignacio, Sobrino, Jon, *Conceptos fundamentales de la Teología de la Liberación*, Madrid, Ed. Trotta, 1990, p. 18.

<sup>155</sup> De Mier, Francisco, op. cit., p. 189.

que siempre es demasiado poco) se convierte en tiempo cualificado, tiempo favorable, hoy de la salvación y de la paz.<sup>156</sup>

El Papa Benedicto XVI así lo entendió, y fruto de ello surgirá su carta encíclica *Spe Salvi facti sumus* – en la esperanza fuimos salvados –; en la cual muestra como la esperanza cristiana es diferente a todas las demás esperanzas que puede ofrecer el mundo, ya que la esperanza cristiana ofrece la unión con Dios, quien en último término es el único que puede saciar nuestra sed de infinito.

El propio Papa Benedicto XVI afirmará que la esperanza cristiana es fiable, y gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: aunque este sea fatigoso, y se lo puede vivir y aceptar porque nos lleva hacia una Meta.<sup>157</sup> Es esa esperanza la que protege de la desesperación cuando todo, humanamente considerado, parece derrumbarse. Es por ello que la esperanza cristiana otorga una certeza que es diferente a las inciertas seguridades del mundo, estamos en camino hacia nuestra patria celestial, ya que gracias a los méritos de Cristo somos ciudadanos del cielo.

Cristo que ha experimentado en carne propia el mal y la muerte; pero resucitando ha dado sentido a la existencia humana, demostrando que el mal por terrible que sea, en adelante no vencerá a la esperanza. Porque Cristo ha introducido la esperanza en el corazón mismo de la nada. Aunque está “entregada al poder de la nada (...) la creación conserva la esperanza” (Rm 8,20). “*La pasión de Cristo no ha puesto fin a la pasión de los hombres, pero ellos saben en adelante que cada vez que alguien sufre, vuelve a comenzar la pasión de Dios*”<sup>158</sup>

Nuestra esperanza halla toda su fuerza en el Resucitado, junto a Él somos capaces de luchar contra el mal, ya no estamos solos en este combate. “*Estamos ante una historia llevada por Alguien hacia un Dónde.*”<sup>159</sup> La muerte de Jesús no marca el fin de una historia, sino el comienzo de una historia de salvación, en donde el mal y la muerte ya no tienen la última palabra.

---

<sup>156</sup> Cfr. Martini, Carlo María, *Credo la vita eterna*, Milano, San Paolo, 2012, p. 131. (La traducción es mía).

<sup>157</sup> Cfr. Papa Benedicto XVI, *Carta Encíclica Spe Salvi*, n. 1.

<sup>158</sup> Neusch, Marcel, op. cit., p. 79.

<sup>159</sup> Alcívar, José, op. cit., p. 22.

La fe en la resurrección final nos ayuda a valorar y amar el tiempo presente y la tierra. La vigilancia cristiana, iluminada por el horizonte último, no se escapa del mundo, sino más bien capacita el vivir la fidelidad a la tierra y al tiempo presente en la fidelidad al cielo y al mundo que debe venir.

### 2.3.1 *Los milagros como signos de esperanza*

Jesucristo salvador absoluto del hombre, “pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos” (Hch 10,38) por medio de signos prodigiosos conocidos como milagros.<sup>160</sup> “*Es un rasgo que se ha retenido de la vida de Jesús en la tierra, y que le caracteriza como Salvador, como persona que restaura la bendición de Dios para su creación y que trae consigo la era mesiánica*”<sup>161</sup>. Los milagros no solo revelan la cercanía humana de Jesús y su calor en el encuentro con los que sufren, sino que muestran como el mal no puede ser justificado y menos aun querido por Dios; la única actitud es combatirlo. “*Jesús está en radical oposición al mal: si el mal está ahí en el mundo, está contra Jesús, y Jesús está contra él. (...) Él combate y elimina el mal*”.<sup>162</sup>

El mal al ser falta de ser, orden, unidad, perfección y fin, contradice el proyecto inicial-final de Dios, y por tanto debe de ser combatido y eliminado. Jesucristo así lo entendió y fruto de ello realizará muchas curaciones, cuyo objetivo principal será entre otras cosas reintegrar al hombre a su proyecto inicial; no son actos “sobrenaturales”, sino que son hechos bastante “normales-naturales”, porque restituyen a la Creación a su condición original-natural, verdadera y real. Por ejemplo: Jesús al devolver la vista al ciego hace que sus ojos recobren su “función natural”, ya que la esencia natural de los ojos es mirar; o en el caso del parálítico, devuelve a las piernas su movilidad, su poder caminar, que es lo propio de su naturaleza.

---

<sup>160</sup>Se llama milagro a un suceso que podemos encontrar en el horizonte de nuestra experiencia humana y que no puede explicarse esencialmente partiendo de las leyes propias de ese ámbito de experiencia, en principio conocidas. Es, por tanto, un suceso que interpela al hombre en ese fondo de su existencia que siempre acompaña y a la vez trasciende a todo el horizonte de su experiencia: en la característica apertura interna y en la patencia universal de su naturaleza espiritual, en virtud de la cual el hombre posee una fundamental receptividad para el “más allá” de su ámbito de experiencia, posee una vecindad permanente con Dios. Aunque aquí no se lo tomara en el sentido estricto del término. Rahner, Karl, *Diccionario Teológico*, Barcelona, Herder, 1970, p. 427

<sup>161</sup>Schnackenburg, Rudolf, *La Persona de Jesucristo*, Barcelona, Herder, 1998, p. 50

<sup>162</sup>Torres Queiruga, Andrés, *Recuperar la Creación*, Santander, Sal Terrae, 1996, p.131

Jesús, “movido a compasión”, realiza milagros para comunicar vida, para promover la libertad, para dignificar a todos, y para perfeccionar a la humanidad. La opresión, el hambre, la enfermedad y la muerte de los indefensos impactan mucho a Jesús.<sup>163</sup>

Sus milagros consisten, justamente, en traer la buena noticia de que Dios está presente y cercano, con su amor y su poder, para salvar a todos. Jesús movido por el amor busca dar esperanza al mundo que se encuentra sometido al hambre, la enfermedad y la muerte.

Por ejemplo en el relato de la curación del endemoniado de Gerasa (Mc 5, 1-20), se nos muestra, efectivamente, a un hombre desposeído de todo (sin esperanza): de su equilibrio somático y psíquico, de su dignidad humana y de su vinculación positiva con la sociedad, alienado de sí mismo y de la vida comunitaria. De ahí la peculiar significación que adquiere el acto realizado por Jesús, que no sólo devuelve al hombre su plena integridad humana y lo reincorpora a la sociedad, sino que hace de él un testigo de la misericordia divina en el mismo territorio donde antes había vivido como marginado e impuro, mostrando así que la salvación ya está presente y que inclusive el príncipe de la tinieblas puede ser derrotado.<sup>164</sup> “Pero si yo expulso los demonios por el dedo de Dios, es señal de que ha llegado a vosotros el Reino de Dios” (Lc. 11, 20).

Es así como los milagros realizados por Jesús se convertirán en signos visibles de la llegada del Reino de Dios, que ha irrumpido en la historia del hombre y del mundo. (Lc. 7, 11-17; Mc. 4, 37-41: 6, 45-52: 5, 12-19, 25-34, 41-42; Mt. 4, 23: 8, 3; Jn. 2, 11: 11, 41-44). En ese sentido resulta iluminadora la respuesta que Jesús hace a Juan el Bautista cuando éste mandó a preguntar desde la prisión si era Él, quien había de venir: “Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva” (Mt. 11, 4-5).

### 2.3.2 El “ya” pero “todavía no”

La fe de la comunidad primitiva se extiende en la espera del regreso inminente de Jesucristo, que lleno de gloria y majestad derrotará a todos sus enemigos, instaurando así el

---

<sup>163</sup> Espeja Jesús, *Creer en Jesucristo*, Madrid, BAC, 1997, p. 56.

<sup>164</sup> Cfr. Levoratti, Armando, *Milagros de Jesús y Teología del Milagro*, Revista Bíblica Virtual, 1988, p. 7.

plan de Dios sobre el hombre y sobre la creación de una manera definitiva. Sin embargo, este retorno glorioso de Cristo – Parusía – al tardar en llegar, suscita serios problemas a la comunidad que vive en actitud de espera. Es por esto que la comunidad decide volver a las fuentes, a Cristo, para a partir de ahí leer la historia.

Por ello partiendo del pensamiento de O. Cullmann, se descubre que hay una contraposición en la manera de entender el tiempo entre la tradición griega y la hebrea. El primero tiende a ver la historia de una manera cíclica, “*el tiempo es un círculo cerrado y, por consiguiente, retorno constante. Eso lleva a que el tiempo se tenga que tomar como esclavitud, como maldición.*”<sup>165</sup> Es por ello que una salvación dentro del tiempo no sería posible. La única forma de encontrar la salvación sería escapar de esa historia circular e introducirnos en la eternidad atemporal. Por su parte, el pensamiento hebreo mira la historia de una manera lineal, “*y más concretamente una línea ascendente*”<sup>166</sup>, que inicia con la creación y está ordenada hacia una meta que manifestará la plenitud de la salvación – parusía –. Es decir, que la salvación no debe de ser buscada fuera del tiempo, sino en el.

Para O. Cullmann, en el pensamiento judío existe sólo un hito fundamental en el tiempo después de la creación: la parusía, con la que comienza el nuevo eón. Este “centro” que separa los eones se sitúa en el futuro. Pero con su mensaje Jesús cambió de modo decisivo ese concepto fundamental de la partición de los tiempos, de modo que, ahora (...) El centro del tiempo ya no se sitúa ya en el futuro, sino en el pasado o en el presente de Jesús y de los apóstoles.<sup>167</sup>

Para el judío el tiempo puede ser dividido en dos eones, el que se ubica entre la creación y la parusía y el que se ubica después de la parusía. El eón segundo deja atrás al primero para introducir al judío en su plenitud, sin olvidar con ello que ambos forman una unidad cronológica.

La novedad del cristianismo consiste precisamente en afirmar que la irrupción de lo definitivo tiene lugar en la mitad de los tiempos y no al final. La muerte y la resurrección de Jesús, acontecimientos en los cuales se manifiesta el amor de Dios en plenitud, no cierran la historia humana, sino que la dejan abierta en espera de una manifestación definitiva, en donde Dios por fin será todo en todos. O. Cullmann para aclarar su pensamiento elige el ejemplo de la guerra. En la cual puede pasar largo tiempo entre la

---

<sup>165</sup> Ratzinger, Joseph, *Escatología*, Barcelona, Ed. Herder, 2008, p. 72.

<sup>166</sup> Cullmann, Oscar, *Cristo y el Tiempo*, Madrid Ediciones Cristiandad, 2008, p. 20.

<sup>167</sup> Ratzinger, Joseph, op. cit., p. 73-74.

batalla decisiva y el *Victory Day*, la batalla decisiva puede haber sido librada al inicio de la guerra, y sin embargo las hostilidades pueden continuar por un largo tiempo.<sup>168</sup>

La parusía, la manifestación acabada del designio divino, no es, pues, única, sino doble: la que tuvo lugar en la vida terrena de Jesús – en la humildad y en la entrega hasta culminar en la resurrección – y la que tendrá lugar cuando Jesús vuelva en plenitud de luz, poder y majestad para juzgar la totalidad de los tiempos. La tensión, que implican la fe y la esperanza cristianas, no es menor que la tensión que presuponen los textos veterotestamentarios. Pero es una tensión que no se expresa en un “todavía no” a la vez ansioso y confiado, sino en un actitud más rica y compleja; concretamente, en un “ya” acompañado de un “todavía no”, porque la victoria sobre el mal y sobre el pecado han efectivamente acontecido, aunque esa victoria no se manifieste todavía en la totalidad de sus implicaciones<sup>169</sup>

La línea ascendente hacia la plenitud, está constituida por el transcurso de los diferentes *kairoi* divinos, que son intervenciones oportunas salvíficas decididas libre y gratuitamente por Dios. Todas estas intervenciones de Dios a favor de su creación no son independientes, sino que forman una unidad llamada historia de salvación. “*En la serie de los kairoi, el kairós de Cristo Jesús ocupa, en efecto, un lugar especialísimo, ya que en él se desvela el sentido del designio divino.*”<sup>170</sup> Gracias a Cristo se ha hecho ya presente la meta final. Se trata de una nueva manera de ver el tiempo, el “ya” pero “todavía no”, una salvación que ya se dio, y de un final que se aguarda.

Desde Cristo hasta el final de los tiempos reina una única economía o disposición divina. Nos encontramos pues – y nos seguiremos encontrando en los años y siglos que sigan – en los tiempos dominados por el *kairós* de Cristo, en el tiempo de Cristo o, en otros términos, en el tiempo de la Iglesia, comunidad concreta, cuerpo terrestre que hace presente a lo largo de los años y de los siglos la soberanía de Cristo.<sup>171</sup>

El “ya”, debe de ser acogido en la fe y vivido en el amor, para poder después proyectarlo hacia el “todavía no” de la promesa gracias a la esperanza; “*fe es la aceptación de la historia realizada, la cual se traspone al presente mediante el amor, renovándose en la esperanza de lo que ha de venir.*”<sup>172</sup> Se trata de una Escatología que interesada por el transcurso de la historia, ve en el pasado-futuro un estímulo para el presente, como impulso que lo compromete en la historia. Finalmente quisiera mencionar al Cardenal Carlo Maria Martini, quien consciente de que la salvación cristiana se mueve dentro de este “ya” pero “todavía no”, afirmaba:

---

<sup>168</sup> Cfr. Ídem.

<sup>169</sup> Cullmann, Oscar, op. cit., p. 21

<sup>170</sup> *Ibíd.*, 23.

<sup>171</sup> Ídem.

<sup>172</sup> Ratzinger, Joseph, op. cit., p. 75.

Es verdad que en el nuevo horizonte derivado de la resurrección de Cristo está aun presente el sufrimiento, la hostilidad, el cansancio, la violencia, las guerras, así que uno se pregunta: pero ¿dónde está el cambio que habría realizado el resucitado? La respuesta es simple: la Pascua de Jesús no nos transfiere automáticamente en el reino de los sueños; llega al corazón para dejarnos ir con alegría y esperanza el camino de la purificación y de la autenticidad, de la verificación de nuestro comportamiento, que tiene como meta la certeza de una vida que no muere nunca más. La Pascua no nos regresa a un mundo irreal; sino a una existencia auténtica, una existencia de fe, de esperanza, de amor: una fe que es fuente de alegría y de paz interior, una esperanza que es más fuerte que las desilusiones, un amor que es más fuerte que el egoísmo.<sup>173</sup>

### 2.3.3 *Signos de esperanza hoy*

Los signos salvíficos no se cierran en un acontecimiento pasado, sino que por la eficacia de la muerte redentora de Cristo se prolonga a lo largo de toda la historia humana, mostrando así que la salvación iniciada por Cristo sigue operando y ya no podrá ser detenida hasta que todos sus enemigos incluida la muerte sean sometidos bajo sus pies (cfr. 1Cor 15,25-26). Es por ello que el cristiano por medio de la fe está llamado a descubrir en el aquí y ahora de su historia concreta, signos auténticos que den fe de su salvación.

La fe cristiana afirma que la eternidad, la vida nueva, verdadera y definitiva ha entrado ya con la Pascua de Cristo en mi experiencia, siendo vivida por mí aquí y ahora en la indestructibilidad de los gestos que hago: de fidelidad, paz, amor, perdón, amistad, honestidad, libertad responsable. Son gestos en los que, en el tiempo, el hombre supera el tiempo alcanzando la eternidad del Crucificado resucitado que ha vencido la muerte.<sup>174</sup>

Es decir, que no solo los milagros deben de ser vistos como signos que verifican nuestra salvación, sino que también hay que saber descubrir el amor y la cercanía de Dios en todos aquellos sucesos ordinarios que revelan el amor divino la creación, de forma que todo lo que sucede en favor nuestro manifiesta de alguna forma su cercanía paterna.

Cuando tratamos de encontrar la presencia salvadora de Dios, parece que es más fácil encontrarlo en los milagros, en lo sorprendente, en los acontecimientos sobrenaturales, etc. Si bien Dios se revela por medio de estos hechos, no hay que olvidar que también lo hace por medio de lo ordinario, en lo sencillo, en lo que ocurre cada día, y es importante encontrarlo ahí: en las horas tranquilas, en los gestos simples, en un amanecer, en un gesto de perdón, en la vida familiar, en las pequeñas alegrías, en las

---

<sup>173</sup> Martini, Carlo María, op. cit., p. 101.

<sup>174</sup> Martini, Carlo María, op. cit., p. 117-118.

relaciones cotidianas, en nuestra propia vida y la de los demás. *“Justo porque no hay milagros aislados e intervencionistas, todo puede ser percibido como “milagro” por la mirada iluminada por la fe”*.<sup>175</sup>

Muchos de los santos hacen eso, encuentran a Dios en su vida cotidiana, decididos a vivir el evangelio en serio y movidos por el amor, empiezan por hacer bien aquello que tienen que hacer; descubren la providencia y el amor de Dios en las maravillas de la Creación (San Francisco); en las cosas ordinarias que son hechas con amor extraordinario (Beata Teresa de Calcuta); en un gesto de perdón al agresor (San Juan Pablo II); en una entrega apasionada por el otro – jóvenes – (San Juan Bosco), y así muchos otros.

Cuando un mero gesto restablece una relación; cuando una simple palabra confiesa o perdona un error; cuando la bondad ilumina un rostro que más bien debería irradiar desprecio; cuando se acepta hablar, en lugar de atrincherarse en el mutismo; cuando se “re-comienza” a pesar de los fracasos; cuando se lucha contra la injusticia; cuando se asumen, por desquiciante que resulte, los propios errores...: todos éstos son momentos de reconciliación, de participación real en la salvación otorgada por Dios. Son un modo de dar cabida en nuestra humanidad a la reconciliación fundamental, de ajustarnos a la verdad de Dios.<sup>176</sup>

*“La salvación es humilde y realista: no niega la libertad ni suprime voluntaristicamente el sufrimiento de la historia”*<sup>177</sup>, es una realidad de la cual ya somos partícipes, a pesar de los avatares de la vida que tratan de confundirnos constantemente, por eso no nos podemos mostrar indiferentes frente a los diversos signos que dan fe de ello y que en definitiva nos revelan el amor de Dios hacia su creación.

Donde se restaura la comunión con Dios, donde se implanta el Reino de Dios, “las cosas vuelven a enderezarse”, el mundo vuelve a estar salvado. La creación vuelve a recuperar su imagen original.<sup>178</sup> Si lo pensamos bien, todas las vivencias cotidianas son en realidad algo grande, son signos visibles de una salvación de la cual ya somos partícipes; porque *“podríamos decir “en germen”... ya están presentes en nosotros las realidades que se esperan: el todo, la vida verdadera”*<sup>179</sup>

---

<sup>175</sup> Torres Queiruga, Andrés, *Repensar el mal*, Madrid, Trotta, 2011, p. 285.

<sup>176</sup> Du Charlat, Régine, *La Reconciliación, piedra de toque del Cristianismo*, Santander, Sal Terrae, 1997, p. 70-71.

<sup>177</sup> Torres Queiruga, Andrés, *Recuperar la salvación*, Santander, Sal Terrae, 1995, p. 208.

<sup>178</sup> Cfr. Kasper, Walter, *Jesús, El Cristo*, Salamanca, Ed. Sígueme, 2002, p. 160.

<sup>179</sup> Papa Benedicto XVI, op. cit., n. 7.

## CAPÍTULO III

### IGLESIA, MUNDO Y SALVACIÓN

El Papa Francisco en su exhortación apostólica “*Evangelii Gaudium*” – La alegría del Evangelio – muestra con toda claridad el papel de la Iglesia frente a los nuevos retos pastorales que se presentan en medio de la sociedad contemporánea, en la que factores culturales como el secularismo y la indiferencia religiosa, pretenden reemplazar el anuncio gozoso de la salvación cristiana traída por Jesucristo y el de una vida bienaventurada por un bienestar simplemente terreno que encierra al hombre dentro de un individualismo que le impide ir en búsqueda del “otro”; el consumismo ha esclavizado al hombre, induciéndole a comprar, no aquello que necesita, sino aquello que el mercado o la moda le proponen. La autenticidad del hombre ya no se realiza “siendo plenamente hombre”, sino en la medida de los bienes materiales que posee.

Este materialismo que busca expulsar a Dios-trascendencia y su anuncio gozoso del escenario de salvación, sin darse cuenta termina por reducir al hombre a la materia. Negando la ley trascendente, se niega al hombre abierto al Absoluto, al hombre particular, concreto, a la persona humana, que lleva inscrita en su naturaleza esa misma ley. *“Humillado, generalizado, reducido a pura materia o expresión lingüística, el hombre ha llegado a ser de este modo más manipulable, más expuesto a ser víctima de ideologías totalizantes.”*<sup>180</sup> La “muerte de Dios” que aparecía como condición necesaria para la gloria del hombre, lo único que ha conseguido es asesinar al propio hombre.

Las dificultades aumentan cuando nos preguntamos por el sentido del culto cristiano. ¿Por qué he de ir a la iglesia para encontrar a Dios? ¿Está él ligado a un rito y a un espacio? ¿Puede comunicarse lo espiritual a través de lo material y ritual? Si le indicamos al hombre de hoy que muchos están de acuerdo con esta tradición y se adaptan a ella, nos responderá que, si les resulta necesario, puede concedérseles; pero que él se sabe en la cumbre de la conciencia actual y que, además, está convencido de que en nuestros días existen hombres con grados de conciencia medieval, antiguo e incluso primitivo. Pero él no se deja prender de estos estadios de conciencia que considera reliquias del pasado, con las que acabará el futuro, aunque nunca consigue eliminar por completo las contracorrientes de lo primitivo, de forma que en la humanidad se dará siempre, en la práctica, la coexistencia de diversos grados de conciencia.<sup>181</sup>

---

<sup>180</sup> Lucas, Ramón, *El Hombre, Espíritu Encarnado, Compendio de Antropología Filosófica*, Salamanca, Ed. Sígueme, 2013, p. 12.

<sup>181</sup> Ratzinger, Joseph, *Ser Cristiano*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1967, p. 60.

Finalmente, el hombre creado por y para amar tiene sed del “agua viva”, pero al momento de buscar saciar esta sed se encuentra con tantas ofertas de salvación que son ofrecidas por religiones, por ejemplo el budismo con su idea de reencarnación; ideologías, por ejemplo el marxismo que busca alcanzar una salvación terrena; o filosofías de vida, por ejemplo el dualismo platónico contemporáneo que conduce al hombre a una división, así por ejemplo es común observar personas que siguen rutinas alimentarias, de belleza y de ejercicio con la única finalidad de buscar un bienestar corporal; o ya sea por medio de la administración de sustancias que son perjudiciales para la salud – alcohol, tabaco, drogas, productos para adelgazar –. *“Lo que hace tan atrayentes estos cultos a la gente hoy, especialmente a los jóvenes, es sustancialmente la misma cosa que el cristianismo ofrece desde hace veinte siglos, es decir la salvación y la autorrealización.”*<sup>182</sup>

Es por ello que frente a esta situación actual de la sociedad, que piensa que, *lo cristiano no es otra cosa que una avalancha de palabras piadosas que únicamente creen los ingenuos, tomándolas como un sustituto de la realidad.*<sup>183</sup> Es necesario presentar con mayor razón una doctrina y enseñanza pastoral de una manera clara, articulada, llena de testimonio de vida y hecha con caridad pastoral. San Pedro lo recomendaba al decir: “estad dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza, pero con delicadeza y respeto” (1P 3,15-16).

### 3.1 Signos sacramentales de salvación

Al igual que Cristo, la vida de la Iglesia también se encuentra acompañada de signos concretos que la acreditan como continuadora del mensaje de salvación. El poder nacer a una vida nueva y sentir el alivio del perdón, son solo dos de las muchas gracias que pueden ser concedidas para quien se acerca a la gracia sacramental. Los sacramentos<sup>184</sup>

---

<sup>182</sup> De Mier, Francisco, *Salvados y salvadores*, Madrid, San Pablo, 1998, p. 32.

<sup>183</sup> Ratzinger, Joseph, *Escatología*, Barcelona, Editorial Herder, 2008, p. 43.

<sup>184</sup> Los sacramentos de la Nueva Ley fueron instituidos por Cristo y son siete, a saber, Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Penitencia, Unción de los enfermos, Orden sacerdotal y Matrimonio. Los siete sacramentos corresponden a todas las etapas y todos los momentos importantes de la vida del cristiano: dan nacimiento y crecimiento, curación y misión a la vida de fe de los cristianos. Hay aquí una cierta semejanza entre las etapas de la vida natural y las etapas de la vida espiritual. (CEC 1210). Aquí he decidido hablar de manera especial del sacramento del Bautismo y de la Reconciliación, ya que si bien todos los sacramentos otorgan la gracia santificante (amistad con Dios): el Bautismo la inicia y la Reconciliación la restaura; además reflejan una Iglesia que está comprometida con ser instrumento de paz; llamada a sembrar amor

otorgan un sinnúmero de dones a quien los recibe, desde el nacimiento hasta su muerte el hombre tiene la oportunidad de alegrar su corazón por medio del encuentro comunitario con Jesucristo que se revela en la vida sacramental.

El que va a la Iglesia y recibe sus sacramentos con ideas claras, no lo hace porque crea que el Dios espiritual necesita medios materiales para acercarse al espíritu del hombre. Lo hace, más bien, porque sabe que, en cuanto hombre, solo puede encontrar a Dios humanamente, es decir comunitaria, corporal e históricamente. Y lo hace porque sabe que, en cuanto hombre, no puede disponer por sí mismo cuándo, cómo y dónde se le ha de mostrar Dios; sabe que lo recibe todo, que depende de las fuerzas que se le han concedido, representativas de la soberana libertad de Dios, que determina por sí mismo la forma de hacerse presente.<sup>185</sup>

La Iglesia movida por el amor de Cristo busca por medio de signos sacramentales introducir al cristiano en una vida sobrenatural para ponerlo en contacto con el Amor salvador de Dios, y para que sintiendo la alegría de esos dones sobrenaturales, sea capaz de dar frutos espirituales tales como: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí. (cfr. Ga 5,22-23). Estos frutos por ser invisibles e impalpables no pueden ser despreciados, y menos aun ser considerados de menor importancia que el alimento, el vestido o la bebida, ya que el hombre al ser “cuerpo y espíritu” necesita atender su vida corporal, pero también debe preocuparse por incrementar su vida espiritual.

El signo sacramental valiéndose de elementos de una realidad material permite transportar al hombre más allá de sí mismo para introducirlo en el mundo del significado, en donde el agua, el pan, el vino, etc. llegan a ser lugar de expresión de la acción de Dios que busca santificar a los hombres, pero también de un hombre que busca dar culto a Dios. Y es que el verdadero Amor siempre está acompañado de signos que hacen creíble aquel amor, así por ejemplo: en la vida de enamoramiento de una pareja será común ver “gestos” y “signos” – cartas, flores, chocolates – que hagan visible ese amor que se dicen tener.

El ramo de flores que el esposo regala a su esposa el día de su aniversario. Un pequeño manojito de flores, que la botánica define sin problema, con precisión científica, y les da un nombre que las distingue de cualquier otra, tan flor como ellas. Pero que, a partir

---

donde haya odio, perdón donde haya ofensa, unión donde haya discordia, verdad donde haya error, fe donde haya duda, esperanza donde haya desesperación, luz donde haya tinieblas y alegría donde haya tristeza. (cfr. Oración franciscana por la paz).

<sup>185</sup> Ratzinger, Joseph, *Ser Cristiano*, op. cit., p. 82.

del momento en que se ha convertido en regalo, se convierte en “mediación”, es decir, lo que sirve de canal a otra cosa. En este caso, el ramo se convierte en “mediación” del amor que el esposo siente por su esposa. Cada flor, todas las flores juntas, siguen siendo lo que son: resultado de la evolución de la naturaleza, en su materialidad; pero para la esposa, pueden conmovérsela hasta las lágrimas. Gracias a la actitud que mueve al esposo a hacerle un regalo, el ramo ha llegado a ser algo que “trasciende” las flores: que va más allá de las flores, pero imposible de ser expresado sin las flores. El ramo ha dicho lo inefable y lo ha dicho de manera comprensible y significativa para su esposa y para él. Se ha convertido en un “signo”.<sup>186</sup>

Otro ejemplo puede ser: el agua que es encontrada en un oasis por alguien que está muriendo de sed, no será vista como simple H<sub>2</sub>O, sino que será sentida como una fuerza restauradora que es capaz de infundir nueva vida. *“Las cosas son más que cosas. No las conocemos a fondo cuando sabemos su condición físico-química, porque nos falta una nueva dimensión de su realidad: su transparencia del poder creador de Dios, del que proceden y hacia el que conducen.”*<sup>187</sup>

En ese sentido se entiende que el sacramento no es inútil, sino que a partir de “gestos humanos” y “realidades naturales” Dios introduce al hombre dentro de su originalidad característica. El sacramento es el puente entre Dios y el hombre; es la mediación de su Amor hacia la humanidad, que por medio de “gestos sencillos” invita al hombre a creer en su Palabra, para que siendo capaz de abrirse a la fe pueda ser salvado por la justificación de Jesucristo. (cfr. Mc 8,22-26).

Los sacramentos muestran cómo Dios no se revela según la sabiduría del mundo, sino que siendo motivo de escándalo y necedad para muchos (1Cor 1,23) da a conocer su fuerza restauradora a través de lo sencillo, lo natural, en medio de su creación. Tan grande es la misericordia divina, inimaginable su sabiduría e infinita su fuerza que para otorgar la salvación al hombre se vale de lo más sencillo; aquello “común-corriente” es transformado en una fuente inagotable de su gracia.

---

<sup>186</sup> Cfr. Suau, Teodor, *Los sacramentos*, Barcelona, Ed. Centre de Pastoral Litúrgica, 2014, p. 14.

<sup>187</sup> Ratzinger, Joseph, *Ser Cristiano*, op. cit., p. 74.

Así por ejemplo el libro de los Reyes relata cómo Dios valiéndose de un gesto tan “sencillo” como lavarse siete veces en un río, es capaz de curar de la lepra. Tan “sencillo” resulta el mandato hecho por el profeta Eliseo a Naamán, el sirio, que este último se irrita y se marcha diciendo: “Yo que había dicho: ¡Seguramente saldrá, se detendrá, invocará el nombre de Yahveh su Dios, frotará con su mano mi parte enferma y sanaré de la lepra! ¿Acaso el Abaná y el Farfar, ríos de Damasco, no son mejores que todas las aguas de Israel? ¿No podría bañarme en ellos para quedar limpio?” (2R 5,11-12). Sin embargo, cuando Naamán renuncia a su sabiduría y orgullo para acoger con fe y humildad las palabras del profeta, realizando aquello que Dios le pedía, queda curado. (cfr. 2R 5,1-15)

Por otro lado, el sacramento es el signo de la certeza de saber que Dios se relaciona con los hombres de una manera humana, son señales de su compañía divina a lo largo del viaje de la vida, no es un Dios que se quedó en las “nubes”, sino que vino a poner su morada entre nosotros para acompañarnos hasta el fin de los tiempos. Las primitivas formas sacramentales por medio de la poetización de lo “biológico” eran capaces de revelar todo como un don; aquello que le es propio al hombre, permite ver lo espiritual y divino.<sup>188</sup>

Es por ello que los sacramentos valiéndose de “elementos naturales” y “gestos humanos” introducen al cristiano no solo en una creación divinizada que permite ver todo como don de un Amor creador, sino que lo insertan en una comunidad y en una historia que tiene su inicio en Jesucristo, salvador absoluto, que abre al hombre a un mundo nuevo y lo conduce a lo más auténtico de sí mismo: hacia la unión con Dios, que es su futuro eterno.

Los sacramentos ante todo, expresan la dimensión vertical de nuestra existencia; nos ponen en contacto con la llamada de Dios, que es la que nos convierte en verdaderos hombres. Pero también nos indican la dimensión horizontal de la historia de la fe que parte de Cristo, ya que la existencia humana, en su forma concreta, descansa sobre este elemento horizontal, está condicionada históricamente, y sólo se realiza en este condicionamiento histórico.<sup>189</sup>

Gracias a los sacramentos el hombre puede sentir dentro de su historia agitada, una comunidad histórica que lo introduce en comunión con Aquel hombre que es Dios. “*Las*

---

<sup>188</sup> Cfr. *Ibíd.*, p. 67.

<sup>189</sup> *Ibíd.*, p. 76.

*cadena de lo horizontal, que aprisionan a los hombres, las ha convertido Cristo en la maroma de la salvación que nos saca a la orilla de la eternidad de Dios.*”<sup>190</sup>

### 3.1.1 *El sacramento del Bautismo*

El sacramento del Bautismo que concede la justificación al hombre, debe recuperar su verdadero y auténtico sentido; no puede ser visto como algo “tradicional”, que se realiza por compromiso social u otras finalidades, sino que tiene que ser percibido como algo “bueno” que le permite al hombre acercarse a Dios para estrechar lazos de amor y amistad con Él. *“En efecto, el bautismo es mucho más que la socialización en el seno de una comunidad, como hoy lo conciben algunos. Es un proceso de nacimiento que abre una nueva dimensión vital.*”<sup>191</sup>

La humanidad que se encontraba despojada de sus dones preternaturales, privada de su santidad y justicia original, se encontraba en un estado de muerte, necesitaba nacer del agua y del Espíritu para poder entrar en el Reino de Dios (cfr. Jn 3,5). En este sentido, San Pablo dice a los romanos: “Cuanto hemos sido bautizados en Cristo Jesús (...), con Él hemos sido sepultados por el bautismo para participar en su muerte, de forma que, como Él resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva” (Rm 6, 3-4).

Además el Bautismo conviene entenderlo como un don gratuito de Dios que permite al hombre morir al pecado para renacer a una vida nueva, de su condición de creatura mortal pasa a ser heredero de una condición sobrenatural; el hombre que ahora es capaz de la naturaleza divina pasa a convertirse en “hijo de Dios”; es decir, que se le otorga una naturaleza similar a la de Dios su Padre. *“Al preparar el bautismo, tratemos de dar a entender que este sacramento es insertarse en la familia de Dios, que Dios vive y se preocupa de nosotros hasta el punto de que asumió nuestra carne e instituyó la Iglesia.*”<sup>192</sup>

---

<sup>190</sup> *Ibíd.*, p. 77.

<sup>191</sup> Ratzinger, Joseph, *Dios y el mundo*, Stuttgart, Ed. Círculo de Lectores, 2000, p. 379.

<sup>192</sup> Stenico Tommaso, *Benedicto XVI: Cari Sacerdoti*, Bari, Ed. Di Marsico Libri, 2009, p. 98-99. (La traducción es mía).

La adopción divina va mucho más allá de lo que sería una adopción humana, dado que nos diviniza. Ella implica una vida totalmente nueva. “La filiación divina es una verdad gozosa, un misterio de consolación. Llena toda nuestra vida espiritual porque nos enseña a tratar, conocer y amar a nuestro Padre del Cielo, llena de esperanza nuestra lucha interior, dándonos una confianza propia de los hijos más pequeños. Más aún: desde el momento que somos hijos de Dios, esta realidad nos lleva también a contemplar con amor y admiración todas las cosas que son salidas de las manos de Dios, Padre y Creador. De este modo, es amando el mundo que nos convertimos en contemplativos en medio del mundo”<sup>193</sup>

Gracias al Espíritu Santo el hombre es lavado de sus pecados y convertido en justo por la fe en Jesucristo (cfr. Rm 3,22). Por este don divino el ser humano participa en la Pasión de Cristo, muriendo al pecado, y en su Resurrección, naciendo a una vida nueva; además se incorpora a la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo (cfr. Ef 4,25). Es por ello que con razón se puede afirmar que el primer nacimiento generó a la humanidad para la muerte, mientras que la segunda lo restituye a la vida.

Por todo esto, los padres que se acercan a la Iglesia para pedir el bautismo tienen que hacerlo convencidos de que lo que ha sido bueno para ellos, tiene que serlo seguramente también para sus hijos e hijas; es necesario recuperar la conciencia de que el niño no sólo necesita alimento y vestido, sino también vida espiritual que lo acerque a la fe en Jesucristo, salvador del hombre; algo que trascendiendo lo meramente biológico sea capaz de elevarlo a la comunión con Cristo.

El bautismo es novedad de vida en el sentido de que, más allá del don de la vida biológica, necesitamos el don de un sentido para la vida que sea más fuerte que la muerte y que perdure aunque los padres un día desaparezcan. El don de la vida biológica sólo se justifica si podemos añadir la promesa de un sentido estable, de un futuro que, incluso en las crisis que se presentarán y que no podemos conocer, dará valor a la vida, de forma que valga la pena vivir, ser criaturas.<sup>194</sup>

Es por esto que resulta necesaria e indispensable una pastoral de este sacramento, la cual le permita al hombre durante su bautizo o el de sus hijos o ahijados conocer y vivir aquello que está recibiendo, así como también los compromisos y gracias que de ello derivarán o los numerosos signos que se hacen presentes.

La eficacia sacramental al depender en gran medida de su receptor, exige una evangelización adecuada del mismo; así por ejemplo: quien sabe y utiliza el lápiz para escribir le dará un mejor uso de quien lo utiliza como regla, quien utilice sus dientes para

---

<sup>193</sup> Moliné, Enric, *I sette sacramenti*, Milano, Edizioni Ares, 2002, p. 25. (La traducción es mía).

<sup>194</sup> Stenico Tommaso, op. cit., p. 99.

masticar comida en lugar de utilizarlos para abrir botellas cumplirá con la finalidad de sus dientes. Es por eso que quien tenga claro el objeto y la finalidad del sacramento podrá aprovecharlo de una mejor manera.

La preparación para el Bautismo y el esfuerzo por dar continuidad a los compromisos bautismales no deben ser una simple actividad para conservar la cristiandad o para enseñar a los padres y padrinos “lo que tienen que responder”, sino que se trata de un encuentro evangelizador con personas que tal vez raramente van a la Iglesia. El esfuerzo por preparar el bautismo, es una oportunidad para abrir las almas de los padres, de los familiares, de los padrinos y las madrinas, a la realidad salvadora del bautismo; es una maravillosa ocasión para evangelizar.

Creo que en la preparación de este sacramento, o hablando con los padres que no aprecian el bautismo, tenemos una situación misionera. Es un mensaje cristiano. Debemos hacernos intérpretes de la realidad que comienza con el bautismo... En el Ritual clásico, herencia de la Iglesia antigua, el bautismo comienza con la pregunta: “¿Qué pedís a la Iglesia de Dios?”<sup>195</sup>

La respuesta tradicional es “el Bautismo”, una respuesta muy sencilla que es capaz de englobar tantas necesidades que serán saciadas; heridas que serán sanadas y dones que serán repartidos gracias a este pedido. Hoy en día los padres del niño que piden el bautizo para su hijo pueden ser comparados con Jairo, quien movido por la fe le suplico a Jesús con insistencia: “Mi hija está a punto de morir; ven, impón tus manos sobre ella, para que se salve y viva” (Mc 5,23). Incluso tras la muerte corroborada de su hija, Jesús no lo abandona sino que le hace una exigencia: “No temas; solamente ten fe” (Mc 5,35), que hoy en día es la misma exigencia que se les hace a los padres del niño.

Los padres que piden el bautismo para su hijo o hija, deben saber que están obligados a educarlos en la fe, para que después de un cierto tiempo el niño o la niña pueda conocer y corresponder al Amor salvador de Dios de una manera libre y consciente, es decir, que la misión de los padres y padrinos – colaboradores de esta tarea – no termina con la administración del bautizo, sino que más bien empieza. Los padres y padrinos transmitiendo su experiencia de fe al bautizado, deben de permitirle tener una experiencia de salvación, de amor y perdón; solo así el bautizado será capaz de confesar a Jesucristo como su salvador absoluto. Esta transmisión o educación de la fe, más que una

---

<sup>195</sup> Stenico Tommaso, op. cit., p. 99.

“obligación” debe de ser vista como algo “necesario”, ya que un padre que vive la alegría de la fe no podrá guardársela para sí, sino que buscará compartirla con aquellos que más ama, es decir, con su familia.

El sacramento del Bautismo debe de ser entendido como un encuentro con el Resucitado, encuentro que realizado dentro de una comunidad que vive la alegría de la fe, llevará al bautizado a la vivencia auténtica del cristianismo, ya que *“no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva.”*<sup>196</sup> El nuevo cristiano ayudado por la comunidad de fe es llamado a conocer a Jesucristo, su Salvador;

### 3.1.2 *El sacramento de la Reconciliación*

Este sacramento, al ser capaz de restituir la relación rota entre Dios y el hombre a causa del pecado, constituye unos de los mayores retos pastorales para la Iglesia que anuncia la salvación. El pecado que es uno de los mayores males que la humanidad puede sufrir, ya que lleva al hombre a donde no quiere ir y lo convierte en algo que no quiere ser, desfigurando su imagen original y alejándole del Padre misericordioso hace que el hombre “no haga el bien que quiere, sino que obre el mal que no quiere” (cfr. Rm 7,19).

Mientras vivimos, seguimos expuestos a las tendencias que se encuentran en nosotros y que nos empujan a absolutizar lo que, sin embargo, no es absoluto: nuestro egoísmo, la fascinación del Tener, del Poder; de los falsos Prestigios; sobre todo, la tentación de huir del único Dios Vivo y Verdadero, el Dios Amor sin límites, y substituirle por los ídolos que nos prometen con insistencia falsos paraísos de sentido.<sup>197</sup>

El cristiano que en el Bautismo ha recibido una vida nueva, puede debilitarla-enfermarla e incluso perderla por el pecado. Jesucristo, que perdonó los pecados al paralítico y le devolvió la salud del cuerpo (cfr. Mc. 2,1-12), quiso que su Iglesia continuase con su obra de curación y salvación por medio de la fuerza del Espíritu Santo.<sup>198</sup> De esta cercanía restauradora de Dios el hombre tiene gran necesidad, ya que por

---

<sup>196</sup> Papa Benedicto XVI, *Carta Encíclica Deus caritas est*, n. 1.

<sup>197</sup> Suau, Teodor, op. cit., p. 66.

<sup>198</sup> Cfr. CEC 1420-1421

mucho que podamos desear hacer el bien, la fragilidad que nos caracteriza a todos, nos expone continuamente al riesgo de caer en la tentación. (cfr. Rom. 7,18-20).

A ella responde de modo especial el sacramento del perdón, que ofrecido dentro de la Iglesia, viene a aliviar y a socorrer siempre de nuevo al hombre que se encuentra herido por el pecado, alcanzándole con la potencia sanadora de la gracia divina el perdón de sus pecados. *Por el sacramento se nos concede la alegría de encontrar y palpar el don y el perdón de Dios.*<sup>199</sup> Es en esa experiencia que el hombre es capaz de sentir una gracia que es más grande que su pecado, un amor que es más fuerte que la muerte y una misericordia que es infinita, es decir, que es propio en la experiencia del perdón divino que el hombre se puede sentir verdaderamente salvado, amado y acogido.

Sin embargo, Dios que siempre da el primer paso, espera paciente que el hombre enfermo y debilitado por el pecado logre dar el segundo paso, para que reconociéndose pecador pueda acceder a su gracia que siempre lo ha estado esperando, ya que “si decimos: No tenemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros” (1Jn 1,18). El hombre que sea incapaz de reconocer su culpa, corre el riesgo de endurecer su corazón, enfermarse por dentro y eliminar la necesidad de ser salvado. En la parábola del hijo pródigo, el hijo que se aleja de la casa paterna solo al reconocer su culpa podrá emprender el camino de regreso a la casa del Padre misericordioso (cfr. Lc 15,11-32).

Todo el proceso de perdón parte de la toma de conciencia del pecado, es darse cuenta de estar en el exilio, lejos de la patria del amor: se advierte malestar, dolor, porque se comprende que el pecado es una ruptura de la alianza con el Señor, un rechazo de su amor, es un «amor no amado», y por ello es también fuente de alienación, porque el pecado nos aparta de nuestra verdadera morada, la casa del Padre, en donde tras un largo caminar nos sentiremos seguros, amados y sobre todo salvados. Es entonces cuando hace falta recordar la casa en la que nos esperan: sin esta memoria del amor no podríamos nunca tener la confianza y la esperanza necesarias para tomar la decisión de volver a Dios.

---

<sup>199</sup>Du Charlat, Régine, *La Reconciliación, piedra de toque del cristianismo*, Santander, Sal Terrae, 1997, p. 50.

Todo esto se hace evidente en el concepto de penitencia, que es otro nombre que se le da a este sacramento, en donde el cristiano reconociendo su pecado es llamado a un cambio profundo de vida y corazón, se trata de una *metanoia*, en donde “*el esfuerzo concreto y cotidiano del hombre, sostenido por la gracia de Dios, para perder la propia vida por Cristo*”<sup>200</sup> le permiten distanciarse de ciertas comodidades, placeres o bienes con la finalidad de orientar su caminar hacia algo mucho mejor; la ascesis cristiana permite al cristiano una conversión del corazón y de las obras, es decir, de su vida.

Una niña que tiene que hacer la primera comunión se acerca también por primera vez al sacramento de la Reconciliación. El sacerdote le pregunta: “¿Ya sabes qué es confesar-se?”. “¡Sí, responde ella, es reconocer que yo no soy perfecta!”. He aquí una cautivadora manera de decir lo que a veces nos cuesta tanto formular.<sup>201</sup>

El camino espiritual del “Homo Viator” no es algo que se hace en un solo instante, sino que es algo de cada día; es un camino que el cristiano debe de recorrer en compañía de la misericordia y de la gracia de Dios que no lo abandonan a la muerte y al pecado. “*El sacramento de la Reconciliación hace posible para nosotros el perdón de Dios, nos capacita para continuar el camino del seguimiento y nos conduce cada vez más intensamente a la comunión con la Trinidad.*”<sup>202</sup>

La vida humana, en un cierto modo, es un continuo regreso a la casa del Padre. Regreso mediante la contrición, la conversión del corazón, que presupone el deseo de cambiar, la firme decisión de mejorar la vida, y se manifiesta por tanto en obras de sacrificio y de dedicación.

El cristiano debe descubrir el Amor de Dios no solo como un sentimiento pasajero sino como una constante de su verdad: es la ternura de un Padre que se hace perdón, fiel e inmutable; basta con mirar el comportamiento de Jesús hacia el hombre culpable: el nunca comienza denunciando frontalmente su pecado, sino que acogiendo al pecador con misericordia lo invita a, ya no pecar más (Jn 8,11). Los encuentros de Jesús con la mujer pecadora, con la adúltera, con Zaqueo revelan su estilo; su vida es revelación de la

---

<sup>200</sup> Papa Juan Pablo II, *Exhortación Apostólica Reconciliatio et Paenitentia*, n. 4.

<sup>201</sup> Suau, Teodor, op. cit., p. 63.

<sup>202</sup> *Ibíd.*, p. 71.

voluntad de amor del Padre y deseo divino de salvar el hombre de la muerte para conducirlo a la vida.

El sacramento de la Reconciliación es uno de los tesoros más preciosos que dispone la Iglesia, ya que permite al hombre sometido por el pecado reencontrar la paz, su verdadera imagen y la serenidad en la vida. El hombre que siente la misericordia divina vuelve a recuperar el derrotero de su camino, *“sin las cargas ni las hipotecas que hasta ayer había acumulado sobre sus frágiles hombros; acogido por el Amor más allá de cualquier merecimiento suyo”*<sup>203</sup> camina seguro hacia la Tierra Prometida del amor total y radical con Dios y en Dios, *“cuando Él lo será todo en todos”* (cfr. 1Co 15,28).

### **3.2 El tiempo de la Iglesia**

Entre el *“ya”* y el *“todavía no”* se ubica el tiempo de la Iglesia, la misma que impulsada por la acción del Espíritu Santo no se revela como una realidad estática o encerrada dentro de sí misma, sino que por el contrario, movida y apremiada por el amor salvador de Cristo (Cfr. 2Co 5,14) busca transmitir todo aquello que ha recibido (cfr. 1Co 15,3). *“El bien siempre tiende a comunicarse. Toda experiencia auténtica de verdad y de belleza busca por sí misma su expansión”*<sup>204</sup>, una experiencia que llena de gozo el corazón del hombre no puede ser guardada, escondida o detenida por ningún límite de tiempo, lugar o lengua, sino que debe de ser anunciada y proclamada sin ningún temor (cfr. 1Jn 4,18).

La salvación cristiana tiene que ser vivida con alegría dentro de la Iglesia y de manera especial debe ser capaz de poner al hombre moderno en contacto con Dios, con su amor salvador y su infinita misericordia; la acción pastoral de la Iglesia debe estar abierta a la preocupación integral de la persona humana, por la justicia, por la dignidad, por la paz y por la fraternidad; ella es la encargada de guiar y conducir al ser humano por aquellos valles de oscuridad, muerte y desolación por los cuales puede estar atravesando, de esta manera sigue el ejemplo del Buen Pastor, quien es capaz de arriesgar su propia vida con tal de salvar y hallar a aquella oveja que se encontraba extraviada. (Cfr. Mt. 18, 12-14).

---

<sup>203</sup> *Ibíd.*, p. 75-76.

<sup>204</sup> Papa Francisco, *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium*, n. 9.

El tiempo de la Iglesia debe ser aquel signo visible en medio de los pueblos, capaz de ofrecer a todos los hombres la orientación de su camino hacia la verdad y la vida. Ella no se distancia de las vivencias diarias de los hombres de su tiempo, sino que todo lo contrario trata de entenderlos mejor, compartiendo con ellos sus sufrimientos y alegrías, dándose a conocer como una Iglesia cercana al hombre.

Porque, desde la finalidad claramente encomendada por su fundador, es sembradora de esperanza en el callejón sin salida de la existencia humana; porque, como continuadora de quien se auto-presentó como la “luz del mundo”, ella tiene por misión proyectar luz vivificadora sobre la pantalla negra en que se sumerge nuestra vida en su etapa final.<sup>205</sup>

Por lo tanto, la Iglesia que sigue el ejemplo de Jesús que luchó contra el mal, está llamada a afrontar los principales problemas del mundo, *“ciertamente su papel debe ser siempre espiritual y sobrenatural, pero debe permanecer implicada profundamente en los aspectos materiales y físicos que envuelven esos problemas”*<sup>206</sup>. Tiene que dar una formulación positiva de la doctrina de la fe, buscando un lenguaje adecuado por medio del cual consiga llegar a la gente de hoy.

Sin embargo, su anuncio debe de tener cuidado de contaminarse con el pensamiento actual, que cerrándose a la experiencia del Absoluto tienden a buscar una salvación “material”. La Iglesia no puede ser identificada solo como una ONG, ya que si bien el anuncio salvífico debe estar acompañado de obras de caridad, no puede quedarse en ello; la misión de la Iglesia trasciende cualquier salvación material, ya que al conducir al hombre hacia el Padre misericordioso, le está transportando hacia su perfección, identidad, origen, unidad, verdad, vida, etc.

Es necesario por tanto presentar un anuncio salvífico que yendo más allá de teorías o doctrinas, pueda convertirse en testimonio de vida para que haciéndose propio por medio de la experiencia de la fe y de la caridad, sea capaz de difundir esperanza al hombre que busca encontrarse con Dios, *“la salvación está en íntima relación con la vida humana, que oscila entre la desesperación trágica y la esperanza de salvación.”*<sup>207</sup>

---

<sup>205</sup> Fernández Ramos, F., *Sois Iglesia*, Madrid, Cristiandad, 1983, p. 46-47.

<sup>206</sup> Madrigal, Santiago, *Unas lecciones sobre el Vaticano II y su legado*, Madrid, San Pablo, 2012, p. 100.

<sup>207</sup> De Mier, Francisco, *Salvados y Salvadores*, Madrid, Ed. San Pablo, 1998, p. 19.

Para que la salvación cristiana sea capaz de interrogar al hombre de hoy y decirle algo a su vida, es necesario que sea vivida en medio de la alegría que produce la certeza de saberse salvado y amado; *“la Iglesia que no crece por proselitismo, sino por atracción”*<sup>208</sup> no puede anunciar un hecho pasado o futuro, sino que lo tiene que hacer presente a partir de la caridad, benignidad, amabilidad y misericordia pastoral. No se puede expresar una salvación de una manera fría, oscura y desentendida de la realidad; y peor aun ser presentada por un evangelizador triste y con cara de funeral.<sup>209</sup>

Una de las características de la Iglesia de los primeros siglos fue precisamente aquella capacidad de interrogar al hombre de su tiempo, por medio de su ejemplo y alegría. El famoso “mírenlos como se aman”, nace precisamente por el testimonio de una comunidad que tenía un solo corazón, una sola alma y que lo compartían todo. (cfr. Hch 4,32-37). El mensaje cristiano de la primera comunidad experimentaba continuamente su propia realidad, lo cristiano era realidad, una realidad por la que incluso se podía vivir y morir.

### 3.2.1 *Un sacerdote que ora, cura y anuncia*

En un ambiente con múltiples ofertas de salvación, la vida pastoral eclesial debe estar impregnada de la alegría de la salvación y de calidez humana, la misma que caracterice a los cristianos como “luz y sal” en medio de la tierra (cfr. Mt 5,13-16). Además tiene que estar empapada por la caridad-misericordia pastoral, ya que “de nada le sirve a la Iglesia tener el don de profecía, conocer todos los misterios, tener plenitud de fe o administrar los sacramentos sino tiene caridad-misericordia” (cfr. 1Co 13,1-3).

Dentro de este contexto resulta oportuno iluminar la labor pastoral del sacerdote, quien lejos de ser *“un burócrata de lo sagrado,”*<sup>210</sup> es pastor del pueblo que el Señor le ha encomendado, y por tanto está llamado a cuidarlo, apacentarlo, guiarlo, etc. El Papa Benedicto XVI en su encuentro con los sacerdotes de las diócesis de Belluno –Feltre y

---

<sup>208</sup> Papa Benedicto XVI, *Homilía en la Eucaristía de inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en el Santuario de « La Aparecida »* (13 mayo 2007): AAS 99 (2007), 437.

<sup>209</sup> Cfr. *Ibíd.*, n. 10.

<sup>210</sup> Stenico Tommaso, *op. cit.*, p. 217.

Treviso resumía con exactitud en tres breves pasos – orar, curar y anunciar – la actitud pastoral del sacerdote frente a los retos contemporáneos que dificultan el anuncio de Jesucristo como salvador universal.

Lo primero es orar, una Iglesia que deje de orar, de tener contacto con Dios será incapaz de transmitirlo, de comunicarlo y de hacerlo presente en medio de los hombres. Es por ello que el sacerdote que busca dar a conocer la alegría de la salvación de Dios, sea por medio de “signos”, palabras o hechos no podrá hacerlo si deja de orar y de tener ese contacto íntimo con el Amor de Dios que siempre desborda su existencia.

Jesucristo, maestro de oración muestra cuán importante resulta para el discípulo orar todo el tiempo sin desfallecer (cfr. Lc 18,1); los evangelios muestran un Jesús que ora en diversos momentos del día y de la noche y en varias circunstancias: “De madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se levantó, salió y fue a un lugar solitario y allí se puso a hacer oración” (Mc 1,35); “Después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar; al atardecer estaba solo allí” (Mt 14,23); “y sucedió que, mientras oraba, el aspecto de su rostro se mudó, y sus vestidos eran de una blancura fulgurante” (Lc 9,29). Toda la vida de Jesús está acompañada por la oración, y por tanto, el sacerdote, en cuanto discípulo de Cristo, no puede olvidar este rasgo esencial de su vida.

Orad, es decir: sin una relación personal con Dios todo el resto no puede funcionar, porque realmente no podemos llevar a Dios, la realidad divina y la verdadera vida humana a las personas, si nosotros mismos no vivimos una relación profunda, verdadera, de amistad con Dios en Cristo Jesús. Por eso cada día celebramos la santa Eucaristía como encuentro fundamental, donde el Señor habla con nosotros y nosotros con el Señor, que se entrega en nuestras manos. Sin la oración de las Horas, por la que entramos en la gran plegaria de todo el pueblo de Dios, comenzando por los Salmos del pueblo antiguo renovado en la fe de la Iglesia, y sin la oración personal, no podemos ser buenos sacerdotes, pues se pierde la sustancia de nuestro ministerio. Por eso, el primer imperativo es ser hombres de Dios, es decir, hombres que tienen amistad con Cristo y con sus santos.<sup>211</sup>

Al amar solo aquello que se conoce, la Iglesia está llamada a orar, para que siendo capaz de encontrarse con la fuente de la vida pueda dar de beber Dios a la humanidad que tiene sed de Él, es decir, que tiene que hacer experiencia personal del Amor de Dios, para que haciéndolo parte de su vida y llenándose de Él, pueda transmitirlo a aquellos con quienes tiene contacto.

---

<sup>211</sup> *Ibíd.*, p. 192-193.

Un segundo punto importante dentro de la misión pastoral es curar, la Iglesia que descubre su vocación y misión por medio de la oración, no puede mostrarse alejada y desinteresada de los sufrimientos del hombre, es por ello que dentro del mundo está llamada a hacer visible el amor de Dios a sus hermanos. *“Es el amor de la Iglesia a los marginados, a los que sufren. Incluso las personas ricas pueden estar interiormente marginadas y sufrir. “Curar” se refiere a todas las necesidades humanas, que son siempre necesidades que van en profundidad hacia Dios.”*<sup>212</sup>

Debemos curar los cuerpos, pero sobre todo —este es nuestro mandato— las almas. Debemos pensar en las numerosas enfermedades, en las necesidades morales, espirituales, que existen hoy y que debemos afrontar, guiando a las personas al encuentro con Cristo en el sacramento, ayudándoles a descubrir la oración, la meditación, el estar en la iglesia silenciosamente en presencia de Dios.<sup>213</sup>

El curar permite al sacerdote salir de sí mismo, para ir en búsqueda de aquel hombre hambriento, sediento, necesitado, desnudo, enfermo, preso, muerto – obras de misericordia corporales; e incluso lo lleva a enseñar, aconsejar, corregir, perdonar, consolar, rogar a Dios y sufrir con paciencia – obras de misericordia espirituales. Estas son las obras de misericordia que permiten a cualquier cristiano *“reconocer al otro, sanar las heridas, construir puentes, estrechar lazos y ayudarnos «mutuamente a llevar las cargas» (Ga 6,2)”*.<sup>214</sup>

Finalmente un tercer punto importante es el anuncio de la Salvación, que lejos de ser una utopía o ilusión de un mundo mejor, se presenta como una realidad, en donde la cercanía de Dios se puede experimentar. El anuncio de la Salvación no es realizado únicamente por medio de las palabras – anunciar –, o de las obras – hacer –, sino que encuentra toda su fuerza en el testimonio de vida – vivir –, que es lo que en verdad da fuerza para proclamar con autoridad (Mt 7,29). *“Pero continuando en este sentido, llevar a Dios implica sobre todo, por una parte, el amor y, por otra, la esperanza y la fe. Es decir, la dimensión de la vida: el mejor testimonio de Cristo, el mejor anuncio, es siempre la vida auténtica de los cristianos.”*<sup>215</sup>

---

<sup>212</sup> Ídem.

<sup>213</sup> *Ibíd.*, p. 194.

<sup>214</sup> Papa Francisco, *op. cit.*, n. 67.

<sup>215</sup> Stenico Tommaso, *op. cit.*, p. 212.

Este anuncio de la cercanía de Dios en la actividad pastoral de hoy debe tener múltiples formas. Sin duda, la homilía es una de ellas, ya que no sólo permite al sacerdote acercarse a su pueblo, sino que al mismo tiempo consiente que Dios hable, *“es el diálogo de Dios con su pueblo, en el cual son proclamadas las maravillas de la salvación y propuestas siempre de nuevo las exigencias de la alianza.”*<sup>216</sup> Es el sacerdote que apoyándose sobre la acción del Espíritu Santo prepara su homilía, permitiendo así que la Palabra de Dios se actualice y sea capaz de decirle algo al hombre de hoy, es Dios que habla al hombre de “su” parroquia.

Además, la preparación sacramental, catequesis, seminarios o talleres, charlas con grupos y movimientos apostólicos, etc. constituyen espacios propicios para el anuncio salvífico de Dios. No hay que olvidar que este anuncio debe estar acompañado de pequeños gestos que revelen la alegría de la salvación, como por ejemplo: un sacerdote cercano y alegre, una iglesia digna, una celebración decorosa, calidez humana, buen trato, etc. en palabras del Papa Francisco sería una Iglesia *“«en salida» (...) con las puertas abiertas.”*<sup>217</sup>

Anunciar el reino de Dios quiere decir hablar de Dios hoy, hacer presente la palabra de Dios, el Evangelio, que es presencia de Dios y, naturalmente, hacer presente al Dios que se ha hecho presente en la sagrada Eucaristía. Uniendo estas tres prioridades, y teniendo en cuenta todos los aspectos humanos, nuestros límites, que debemos reconocer, podemos realizar bien nuestro sacerdocio. También es importante esta humildad, que nos hace reconocer los límites de nuestras fuerzas. Lo que no podemos hacer nosotros, lo debe hacer el Señor. Y está también la capacidad de delegar, de colaborar. Todo esto siempre con los imperativos fundamentales de orar, curar y anunciar.<sup>218</sup>

### 3.2.2 *Misericordia Pastoral*

El Papa Francisco al anunciar un Año Santo de la Misericordia, muestra la necesidad que los hombres de hoy tienen del encuentro tierno con una misericordia divina que sea capaz de abrazar a la humanidad para amarla, salvarla, perdonarla y devolverle su verdadera imagen. Por tanto, es importante que la acción pastoral de la Iglesia se encuentre guiada por la misericordia, que es una actitud eminentemente humana y cristiana.

---

<sup>216</sup> Papa Francisco, op. cit., n. 137.

<sup>217</sup> *Ibíd.*, n. 46-47.

<sup>218</sup> Stenico Tommaso, op. cit., p. 195.

La pedagogía de Jesucristo en su trato con el hombre fue la de una gran misericordia, como se revela en los evangelios. La forma cómo Dios se comporta con el hombre es una enseñanza de cómo Dios quiere que el hombre se comporte con su hermano. “Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo” (Lc 6,36).

La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo. La Iglesia “vive un deseo inagotable de brindar misericordia”.<sup>219</sup>

San Juan XXIII en uno de sus orientamientos dados al Concilio Vaticano II decía: *“La Iglesia, esposa de Cristo, prefiere hacer uso de la misericordia y no de la severidad; en vez de fulminar con sentencias de condena, la Iglesia debe de mostrar la validez de su doctrina”*<sup>220</sup> Fruto de ese pensamiento surgirá el primer Concilio que lejos de condenar, muestra una Iglesia que guiada por la misericordia, se “actualiza”, y que además mirándose primero a ella misma es capaz después de mirar al mundo.

La Iglesia que mirándose a sí misma y descubriendo la misericordia de Dios, tiene como misión acercar la humanidad a esa misericordia divina. *“La Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio.”*<sup>221</sup> Por tanto, toda su acción pastoral debe transmitir misericordia, cada palabra, signo o gesto que realice debe de comunicar esa gracia especial que procediendo del amor salvador de Dios busca penetrar el corazón del hombre para motivarlo a un encuentro con Dios y sus hermanos.

El sacramento de la Reconciliación es el lugar privilegiado para el encuentro personal con la misericordia divina, las palabras: “Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”,<sup>222</sup> son palabras capaces de otorgar una fuerza liberadora al pecador arrepentido, que confiado abre su corazón al Dios rico en

---

<sup>219</sup> [http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost\\_letters/documents/papa-francesco\\_bolla\\_20150411\\_misericordiae-vultus.html](http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_letters/documents/papa-francesco_bolla_20150411_misericordiae-vultus.html) (Fecha de ingreso: 30-08-2015)

<sup>220</sup> Botero, Silvio, *La Benignidad Pastoral*, Bogotá, Paulinas, 2005, p. 74.

<sup>221</sup> Papa Francisco, op. cit., n. 114.

<sup>222</sup> Fórmula completa de la absolución: «Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». (*Ritual de la Penitencia*, 46. 55).CEC 1449

misericordia. Es el encuentro del Dios misericordioso con el pecador que confiesa su culpa sin ocultarla. El saberse perdonado se convierte, pues, en sinónimo de saberse amado por un Amor más que grande que uno mismo, más grande que el pecado y el mal.

El sacerdote que ejerce el ministerio de pastor y confesor es llamado a vivir y practicar la misericordia, porque él debe haberla sentido, experimentado y acogido en primer lugar (cfr. Mt 18,23-35). Solo aquel que hace experiencia de un acto o hecho concreto es capaz de transmitirlo, al no poder dar a nadie aquello que no posee, el sacerdote tiene que haber sentido misericordia divina frente a su vida, obras y actitud para poder dar misericordia a los otros hombres.

La reconciliación al ser encuentro personal con la misericordia de Dios, debe de ser vivida por el confesor con los mismos sentimientos de Cristo hacia el pecador arrepentido. Los ministros del perdón de Cristo no puede manifestarse con perfiles de dureza, rigor e inflexibilidad, como si el dolor de sus hijos no fuera percibido. *“El ministro de la reconciliación derrama oleo sobre las heridas y no sigue aquello de hacer el dolor más doloroso.”*<sup>223</sup> La labor del sacerdote debe de estar impregnada de misericordia para poder llevar la ternura de Dios a todas las personas.

El sacerdote, ministro del sacramento de la Reconciliación, debe considerar siempre como tarea suya hacer que en sus palabras y en el modo de tratar al penitente se refleje el amor misericordioso de Dios. Como el padre de la parábola del hijo pródigo, debe acoger al pecador arrepentido, ayudarlo a levantarse del pecado, animarlo a enmendarse sin llegar a componendas con el mal, sino recorriendo siempre el camino hacia la perfección evangélica. Todas las personas que se confiesan han de revivir en el sacramento de la Reconciliación esta hermosa experiencia del hijo pródigo, que encuentra en el padre toda la misericordia divina.<sup>224</sup>

Los sacerdotes deben tener siempre presente que *“el confesionario no debe de ser una sala de torturas sino el lugar de la misericordia del Señor que nos estimula a hacer el bien posible.”*<sup>225</sup> El sacerdote confesor por medio de un encuentro auténticamente humano, permite que el hombre acceda a la misericordia divina para retomar el camino del Bautismo, por tanto, el ministro del perdón, examinándose a sí mismo con honestidad, reconocerá su pecado, su debilidad y su necesidad de perdón; la fragilidad humana que es reconocida, permite que otra fragilidad acceda al encuentro con la misericordia.

---

<sup>223</sup> López, Alfonso, *Temas candentes de bioética y familia*, Madrid, Ediciones Palabra, 2006, p. 251-252.

<sup>224</sup> Stenico Tommaso, op. cit., p. 159.

<sup>225</sup> Papa Francisco, op. cit., n. 44.

Los confesores, tiene que ser conscientes que la gracia que están llamados a distribuir entre los fieles, no es un don propio, sino que procede de la acción misericordiosa de Dios y por tanto debe de ser dada a quien la pida con las debidas disposiciones, “*A menudo nos comportamos como controladores de la gracia y no como facilitadores.*”<sup>226</sup>; el penitente que busca encontrarse con Dios debe hallar un sacerdote que esté dispuesto a confesarlo, escucharlo, aconsejarle y en muchos de los casos acompañarle espiritualmente.

### 3.2.3 *El papel del cristiano frente al mal*

Jesucristo por medio de su obra redentora llena de sentido y fuerza el corazón del hombre en su lucha contra los poderes del mal y de la muerte. La salvación no viene a ahorrar esfuerzos en el hombre o a apartarlo de su realidad sino que lo compromete dentro de su realidad e historia concreta a ser signo visible del amor de Dios. Cristo con su muerte redentora hace por los hombres lo que los hombres no podían hacer, no lo que está en sus manos, lo que el hombre pueda hacer, debe hacerlo.

Jesús no ha elaborado una estrategia de lucha de cara a establecer el mejor de los mundos posibles. No ha cambiado el curso de la naturaleza, ni el de la historia. No ha vivido otra condición más que la humana. Pero ha tomado sobre sí luchar contra el mal, según sus medios, nos substituyendo mágicamente esta condición humana por otra condición que estuviese, desde ahora, al abrigo del mal. Si el mal tiene salida, esta salida depende a la vez de la lucha del hombre y de Dios, cuyos milagros dejan presagiar la victoria.<sup>227</sup>

Esta lucha es librada por el cristiano con la ayuda especial de las tres virtudes teologales, que corresponden principalmente a tres facultades espirituales del ser humano: conocer, desear y amar. San Pablo señaló expresamente estas tres virtudes: "Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres realidades. Pero la mayor de todas ellas es la caridad" (1Cor. 13, 13). El amor es sin lugar a dudas la pasión fundamental del hombre, es lo que lo impulsa a ser mejor, a buscar su perfección. Sin embargo, el amor exige la presencia de la fe y de la esperanza, ya que si el amor no tuviese confianza-fe, moriría; y si no tuviese esperanza, sus sufrimientos serian una tortura. San Pablo además,

---

<sup>226</sup> *Ibíd.*, n. 47.

<sup>227</sup> Neusch, Marcel, *El mal*, Bilbao, Ediciones Mensajero, 1992, p. 70-71.

revela estas tres virtudes como las condiciones esenciales y permanentes de toda vida cristiana. (Cfr. Hebr. 10, 22-24; Rom. 5, 1-5; Col 1, 4; 1Tes 1, 3; 5, 8).

El cristiano movido por estas virtudes, y de manera especial por el amor, no puede mostrarse impasible e indiferente ante el sufrimiento de sus semejantes, no puede tomar una actitud de encubrimiento del mal y peor aun de complicidad con el mismo. Situaciones límites de personas que mueren de hambre, asesinatos de inocentes que son vistos sin ninguna clase de asombro, niños que deambulan por las calles, miseria extrema, etc. contrastan con una sociedad que se jacta de sus constantes desarrollos y progresos tanto científicos como tecnológicos. El mundo de hoy poco a poco va perdiendo sensibilidad e indignación frente al mal, el hombre individualista comienza a vivir esclavo de sus propios intereses, deseos y necesidades; y cuando esto sucede *“ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien.”*<sup>228</sup>

Jesucristo que libera al hombre para que viva libre en la ley del amor (cfr. Ga 5,1), muestra al cristiano cómo debe de ser su actitud frente al mal. Así por ejemplo el evangelio revela a un Cristo que *“cada vez que se enfrenta al mal, en vez de disertar sobre él, lo afronta como su enemigo personal”*<sup>229</sup> es por ello que frente a la muerte de una persona se presenta con una actitud de cercanía, preocupación y dolor (cfr. Lc 7,11-17; Jn 11,1-44; Mc 5,21-43); frente a aquellos que llevan ya tres días sin comer siente compasión (cfr. Mc 8,2-3; Mt 15,32), al igual de aquel que ha sido golpeado y dejado medio muerto (cfr. Lc 10,29-37); además trae misericordia a aquellos marginados y rechazados de su tiempo – publicanos y pecadores – (cfr. Mt 9,10-13), etc., es por todo esto que los cristianos, seguidores e imitadores de Cristo, están llamados a combatir el mal por medio de la compasión, cercanía y amor.

Frente al mal, incluso ineluctable, el cristiano no está condenado a la resignación, que trasluce una falta de esperanza, sino que lo combate hasta el fin, como Cristo, sin dejarse desarmar, teniendo la convicción de que Dios es más fuerte que el mal<sup>230</sup>

---

<sup>228</sup> Papa Francisco, op. cit., n. 2.

<sup>229</sup> Neusch, Marcel, op. cit., p. 66.

<sup>230</sup> *Ibíd.*, p. 84.

Si el cristiano pierde su capacidad de empatía frente al sufrimiento de sus semejantes se deshumaniza, corre el riesgo de caer o parecerse a aquellos seres humanos que frente al dolor de los hombres dejan de reaccionar. Así por ejemplo en los campos de concentración la llamada “raza superior” pierde su sensibilidad frente a un otro, un igual, un semejante; al punto de mirarlo como un objeto en el cual se puede realizar cualquier clase de experimentación; el sufrimiento y dolor del otro no es capaz de transmitirme ningún sentimiento de compasión. Es por ello, que el corazón humano que ha sido liberado por el amor de Cristo no puede ser un corazón de piedra incapaz de sentir, sino que debe de ser de carne capaz de compadecerse por el otro que sufre (cfr. Ez 36,26).

El hombre que prescindiera de la acción de Dios en esta lucha contra el mal, estaría librando una “*lucha sin cuartel*”<sup>231</sup>, en donde el mal y la muerte tienen la última palabra. El cristiano que combate contra el mal se diferencia del “súper hombre” porque lejos de confiar en sus propias fuerzas, hunde su fe, amor y esperanza en una Persona que ya ha vencido el mal y la muerte, Jesucristo, salvador absoluto; solamente de esta manera se conseguirá vivir un auténtico cristianismo que permita responder a las exigencias de los excluidos y marginados de la sociedad, el cristiano halla toda su fuerza en Aquel Amor que lo amó primero y es a partir de ahí que es movido en su lucha contra el mal.

---

<sup>231</sup> *Ibíd.*, p. 86.

## IV. CONCLUSIONES

Tras haber reflexionado sobre la salvación cristiana, podemos afirmar que de entre todas las ofertas de salvación – dualismo, materialismo, reencarnación, etc. – es la que mejor responde a los deseos y aspiraciones del corazón del hombre, ya que lejos de ser un “conjunto de palabras piadosas que solamente los ingenuos son capaces de creer”, descubrimos que es una salvación que permite al ser humano adentrarse dentro de su propio misterio para poder descubrirse, conocerse, identificarse y por lo tanto ser capaz después de realizarse, perfeccionarse y plenificarse.

En la medida en que el hombre sea capaz de reconocerse a sí mismo, podrá descubrir su auténtica imagen y además liberarse de todos aquellos elementos alienantes que no forman parte de su esencia, naturaleza, origen, perfección, y fin.

Resulta comprensible cómo dentro de una sociedad occidental atea y materialista, la salvación maravillosa ofrecida por el cristianismo deje indiferente o diga casi nada a la humanidad, ya que el hombre al encontrarse alienado por un pensamiento individualista y consumista va dejando un espacio muy pequeño en su corazón para Dios y los demás. No es de extrañar que el ser humano al buscar solo lo cómodo, lo fácil, lo inmediato, lo material, etc., busque también una salvación de similares características.

Pues bien, la salvación cristiana que confunde el pensamiento de los sabios de este mundo, no viene a sacar al hombre de su realidad para conducirlo a un mundo mágico; tampoco es el hallazgo de una clase oprimida como consuelo en la otra vida de las miserias presentes – “opio” que lo adormenta; ni mucho menos puede ser entendida como disminución o eliminación de la condición humana, ya que la misma gracia divina, que es una ayuda especial de Dios para que el hombre alcance su salvación, no busca eliminar la naturaleza humana sino que asentándose sobre ella la perfecciona.

La salvación traída por Jesucristo por medio de su propia persona lo demuestra con claridad, “Dios envió a su Hijo al mundo en carne semejante a la del pecado” (Rm 8,3) para que asumiendo nuestra condición mortal, se hiciera semejante en todo a nosotros menos en el pecado (cfr. Heb 4,15); Cristo que revela el hombre al propio hombre,

constituye el modelo en el que el hombre alcanza su plenitud porque desde el principio es el modelo a cuya imagen el hombre ha sido creado desde el primer instante. Además al ser la “imagen de Dios invisible” (Col 1,15) es el hombre perfecto que restituye a los hijos de Adán la semejanza divina, deformada desde el primer pecado.

Cristo ha hecho de la muerte de la humanidad caída, que sin la redención sería un hundirse en la solidaridad de la perdición, el acto supremo de la libertad, de la confianza en el Padre, del retorno al Padre y de entrega en sacrificio expiatorio por todos. En su amor salvador – núcleo del sacrificio expiatorio – Cristo fundó la nueva ley y la nueva alianza de la solidaridad salvífica haciéndose solidario en la perdición que abraza a toda la humanidad.

Nosotros la celebramos cada vez que anunciamos la muerte del Señor. No olvidemos que el mediador de la alianza, inclinándose hacia la humanidad pecadora, pasó personalmente, en sustitución vicaria, a través de los horrores de una muerte altamente innatural. Su sudor de sangre en el monte de los Olivos, y en particular el grito desgarrador emitido en la cruz: “¡Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27,46), son el impenetrable telón a través del cual guía a la plenitud de vida y al reino de la solidaridad salvífica a cuantos creen en él.

Para toda la eternidad el Hijo de Dios existe como Dios y hombre, y con ello alimenta la esperanza de saber que el mal y la muerte pueden ser vencidos por todo hombre que crea en Jesús. Cristo siendo Dios no busca eliminar o aparentar una naturaleza humana, sino que compartiendo la realidad de nuestra vida nos salva, así por ejemplo los evangelios demuestran un Jesús que nació de una madre humana, que creció, que tuvo hambre-sed, tentaciones, cansancio, alegría, tristeza, amor, ira, fatiga, dolores, que sintió el abandono de Dios y que además murió.

Jesucristo no viene a eliminar los sinsentidos de una manera “radical”, sino que “viéndolos a los ojos”, sintiéndolos profundamente en toda su crudeza, es capaz de luchar contra ellos para vencerlos y otorgar así a la humanidad un nuevo estado y una nueva condición. La Encarnación permite ver la imagen de un Dios cercano, que lejos de huir o esconderse de los sin sentidos los asume y los vive en carne propia, para que siendo

vencidos por su naturaleza humana-divina, el hombre por medio del Bautismo pueda ser partícipe de esa victoria que le otorga una vida sobrenatural. Jesucristo permite que el mal y la muerte lo golpeen de la forma más agresiva, salvaje e inhumana posible, para demostrar con esto que por más feas y espantosas que se revelen estas realidades, al final de esta batalla sangrienta será Cristo quien las destruya con su Resurrección Gloriosa.

Su resurrección da contenido a la esperanza para después de la muerte, pero es esencialmente una llamada a la responsabilidad. En el más allá, seremos semejantes a él, y, en cierto modo, nos es ya posible, gracias a su resurrección, tener una intuición de lo que será la condición del ser humano después de la muerte. Pero conocemos sobre todo la condición requerida para que se realice este destino. La resurrección nos impone el deber de trabajar al servicio de la vida y contra todas las fuerzas de la muerte.

Entonces, lo que la salvación cristiana viene a hacer es a revelar que el mal y la muerte no forman parte del proyecto inicial y final de Dios, no tienen razón de ser, no constituyen parte de la perfección del ser hombre, y por tanto, revelando su presencia, acción y consecuencias en la vida del hombre es capaz de vencerlas de una vez por todas. El hombre ayudado por la gracia divina combate contra el mal y la muerte, confiado que ya fueron vencidos por Alguien.

Jesucristo que ha desenmascarado las obras del mal y de la muerte, ya no les permite estar esperando de una forma escondida al hombre, ni mucho menos el hombre puede seguir viviendo como que estos fenómenos no existieran, ya que de hacerlo sería una imprudencia. La salvación cristiana revelando lo trágico de morir, y lo enigmático del mal, invita al hombre a la responsabilidad y a la urgencia de conversión; nos advierte que la vida del ser humano está bajo el signo de la fragilidad, está expuesta al sufrimiento y a la muerte.

El hombre tras la venida de Cristo sabe que ya no combate solo contra los sinsentidos, su esperanza es posible gracias a una persona: Jesucristo, el mismo que por medio de su Iglesia continúa repartiendo gracias especiales a todo hombre que reconociéndose pecador las busque. La Iglesia debe de ser capaz de dar Dios al mundo, sintiéndolo y experimentándolo está llamada a anunciar aquello que ha recibido; y más aun

debe de estar comprometida de hacerlo de la mejor manera, su anuncio hoy más que nunca debe de hacer visible la alegría de evangelizar. La Iglesia debe de llenarse de misericordia y alegría para después poder compartirla con el mundo.

Finalmente creo que resultaría interesante señalar que la salvación cristiana eficaz y operante, a pesar de ofrecer tantas cosas al hombre, está atravesando por una crisis, que en definitiva es una crisis del hombre moderno. Uno de los mayores retos pastorales que la Iglesia debe de realizar es, mostrar al hombre cual es su verdadera imagen, su identidad, su realización; por ello, la labor evangelizadora de la Iglesia debe mantenerse fiel a su fundamento y principio, Jesucristo, quien mientras anunciaba la obra de salvación traída por Dios oraba, curaba y acogía a todos aquellos hombres desfigurados a causa del pecado.

## V. BIBLIOGRAFÍA

1. BIBLIA DE JERUSALÉN, Bilbao, Ed. Desclée De Brouwer, 1998.
2. DOCUMENTOS DEL VATICANO II, Bilbao, Ed. Mensajero
3. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, Librería Espiritual, 4<sup>ta</sup> Edición, 1992
4. PAPA JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Redemptor Hominis*, Milán, Ed. Ancora, 1979
5. \_\_\_\_\_, *Exhortación Apostólica Reconciliatio et Paenitentia*, Città del Vaticano, Librería editrice vaticana, 1985
6. PAPA BENEDICTO XVI, *Carta Encíclica Deus caritas est*, Madrid, Ed. Encuentro, 2006
7. \_\_\_\_\_, *Carta Encíclica Spe Salvi*, Ed. San Pablo, Bogotá, 2008
8. \_\_\_\_\_, *Homilía en la Eucaristía de inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en el Santuario de « La Aparecida »* (13 mayo 2007): AAS 99 (2007), 437.
9. PAPA FRANCISCO, *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium*, Milano, Ancora Editrice, 2013
10. Santo Tomás, *Summa theologica*
11. ALCÍVAR, JOSÉ, *Escatología balance y perspectivas*, Madrid, Ed. Cristiandad, 2001
12. ANCONA, GIOVANNI, *La morte teología e catechesi*, Milano, Ed. Paoline, 1993
13. BARSOTTI, DIVO, *La revelación del amor*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1966
14. BARRAJÓN, PEDRO, *Il peccato originale*, Roma, Libreria Editrice Vaticana, 2005
15. BOTERO, SILVIO, *La Benignidad Pastoral*, Bogotá, Ed. Paulinas, 2005
16. CAAMAÑO, JOSÉ MANUEL, *La Eutanasia*, Madrid, Ed. San Pablo, 2013
17. CULLMANN, OSCAR, *Cristo y el Tiempo*, Madrid, Ed. Cristiandad, 2008
18. CHOPIN, C., *El verbo encarnado y redentor*, Barcelona, Ed. Herder, 1969
19. DE MIER, FRANCISCO, *Salvados y salvadores*, Madrid, Ed. San Pablo, 1998
20. DE UNAMUNO, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, Salamanca, 1965
21. D'EUGNY, Anne, *Pascal en prière*, París, Ed. Labergerie, 1962
22. DOMENGE, ENRIQUE, *¿Por qué existe el mal?*, México, Ed. Jus, 1971
23. DU CHARLAT, RÉGINE, *La Reconciliación, piedra de toque del Cristianismo*, Santander, Ed. Sal Terrae, 1997
24. DZIEWIECKI, MAREK, *L'uomo il corpo la sessualità*, Pessano con Bornago, Ed. Mimep – Docete, 2015

25. ELLACURÍA Ignacio, SOBRINO, Jon, *Conceptos fundamentales de la Teología de la Liberación*, Madrid, Ed. Trotta, 1990
26. ESPEJA JESÚS, *Creer en Jesucristo*, Madrid, BAC, 1997
27. FERNÁNDEZ RAMOS, F., *Sois Iglesia*, Madrid, Ed. Cristiandad, 1983
28. FUSTER, IGNASI, *El comenzar y el destinarse de la persona humana*, Barcelona, Ed. Balmes, 2013
29. GASTALDI, ITALO, *Aproximaciones Filosófico Teológicas al Misterio del Hombre*, Cuenca, Don Bosco, 1979
30. GESCHÉ, ADOLPHE, *Il male*, Milano, Ed. San Paolo, 1996
31. GOLUB, IVAN, *El Último día de la Creación*, Salamanca, Ed. Sígueme, 2004
32. GRISON, MICHAEL, *Teología Natural o Teodicea*, Barcelona, Ed. Herder, 1972
33. HEIDEGGER, Martín, *El ser y el tiempo*, Madrid, 1993
34. IBAÑEZ, JAVIER& MENDOZA, FERNANDO, *Dios creador y enaltecedor*, Madrid, Ed. Palabra, 1984
35. KASPER, WALTER, *El Dios de Jesucristo*, Salamanca, Ed. Sígueme, 2011
36. \_\_\_\_\_, *Jesús, El Cristo*, Salamanca, Ed. Sígueme, 2002
37. RAHNER, KARL, *Diccionario Teológico*, Barcelona, Ed. Herder, 2ª edición, 1970
38. LABAKE, JULIO CESAR, *El hombre, la libertad y los valores*, Buenos Aires, Ed. Bonum, 1989
39. LADARIA, LUIS F., *Jesucristo, salvación de todos*, Madrid, Ed. San Pablo, 2007
40. LE DU, JEAN, *Salvación y Lenguaje*, Madrid, Ed. Marova, 1975
41. LÉONARD, ANDRÉ-MUTIEN, *Juntos por los caminos de Europa*, Ciudad del Vaticano, Consejo Pontificio para Laicos, 1999
42. LÓPEZ, ALFONSO, *Temas candentes de bioética y familia*, Madrid, Ed. Palabra, 2006
43. LOSITO, MASSIMO, *Sulle orme di un principio di umanità*, Morolo, Ed. If Press, 2010
44. LUCAS, RAMÓN, *Antropología y problemas bioéticos*, Madrid, BAC, 2001
45. \_\_\_\_\_, *El Hombre, Espíritu Encarnado, Compendio de Antropología Filosófica*, Salamanca, Ed. Sígueme, 2013
46. MADRIGAL, SANTIAGO, *Unas lecciones sobre el Vaticano II y su legado*, Madrid, Ed. San Pablo, 2012
47. MARIANI ANDREA, *Agire morale e vissuto spirituale L'uomo: nuova creatura in Cristo*, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 2004
48. \_\_\_\_\_, *Dieci Parole per un camino di gioia*, Bologna, Ed. Dehoniane Bologna, 2007

49. \_\_\_\_\_, *Uomo, dove sei?*, Roma, Ed. If Press srl, 2012
50. MARTINI, CARLO MARÍA, *Credo la vita eterna*, Milano, Ed. San Paolo, 2012
51. MEIS, ANNELIESE, *Antropología Teológica*, Santiago, Ed. Universidad Católica de Chile, 1997
52. MERINO, JOSÉ ANTONIO, *Hombre y Realidad*, Madrid, Ed. Marova, 1984
53. MOLINÉ, ENRIC, *I sette sacramenti*, Milano, Ed. Ares, 2002
54. NEUSCH, MARCEL, *El mal*, Bilbao, Ed. Mensajero, 1992
55. PIEPER, JOSEF, *Muerte e inmortalidad*, Barcelona, Ed. Herder, 1970
56. POZO, CÁNDIDO, *Teología del más allá*, Madrid, BAC, 3<sup>ra</sup> Edición, 1992
57. RATZINGER, JOSEPH, *Ser Cristiano*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1967
58. \_\_\_\_\_, *Dios y el mundo*, Stuttgart, Ed. Círculo de Lectores, 2000
59. \_\_\_\_\_, *Escatología*, Barcelona, Ed. Herder, 2008
60. RUIZ DE LA PEÑA, JUAN, *La muerte destino humano y esperanza cristiana*, Madrid, Ed. Fundación Santa María, 1983
61. \_\_\_\_\_, *Imagen de Dios*, Santander, Sal Terrae, 4<sup>ta</sup> Edición, 1988
62. SANTACRUZ, EFRÉN, *La Antropología Fundamenta la Ética*, Quito, Ed. Tierra Nueva, 2001
63. SARTRE, Jean Paul, *El ser y la nada*, Barcelona, 1993
64. SAYÉS, JOSÉ ANTONIO, *Escatología*, Madrid, Ed. Palabra, 2<sup>da</sup> Edición, 2011
65. SCHILLEBEECKX EDWARD, *Los Hombres Relato de Dios*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1994
66. SCHNACKENBURG, RUDOLF, *La Persona de Jesucristo*, Barcelona, Ed. Herder, 1998
67. SGRECCIA, ELIO, *Manual de Bioética*, Madrid, BAC, 2014
68. STENICO TOMMASO, *Benedicto XVI: Cari Sacerdoti*, Bari, Ed. Di Marsico Libri, 2009
69. SUAUI, TEODOR, *Los sacramentos*, Barcelona, Ed. Centre de Pastoral Litúrgica, 2014
70. TAMAYO, JUAN JOSÉ, *Para comprender la crisis de Dios hoy*, Navarra, Ed. Verbo Divino, 1998
71. TORTOLONE, GIAN MICHELE, *Il corpo tentato, per un discorso sull'uomo*, Genova, Ed. Marietti, 1988
72. TORRES QUEIRUGA, ANDRÉS, *Repensar el mal*, Madrid, Trotta, 2011
73. \_\_\_\_\_, *Recuperar la Creación*, Santander, Sal Terrae, 1996
74. \_\_\_\_\_, *Recuperar la salvación*, Santander, Sal Terrae, 1995
75. URDANOZ, TEÓFILO, *Historia de la Filosofía VI*, Madrid, BAC, 1978

76. LEVORATTI, ARMANDO, *Milagros de Jesús y Teología del Milagro*, Revista Bíblica Virtual, 1988
77. [http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost\\_letters/documents/papa-francesco\\_bolla\\_20150411\\_misericordiae-vultus.html](http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_letters/documents/papa-francesco_bolla_20150411_misericordiae-vultus.html) (Fecha de ingreso: 30-08-2015)
78. <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/amor-muerte-esperanza-reflexiones-marcel.pdf> (Fecha de ingreso: 24-06-2015)